

BREVE HISTORIA de las...

CIUDADES DEL MUNDO MEDIEVAL

Ángel Luis Vera Aranda



Descubra la grandeza de las metrópolis del mundo medieval: Constantinopla, Córdoba, París, Angkor, Tenochtitlan, Bagdad, Chang An, El Cairo o Cuzco. Su evolución, riqueza cultural y sus monumentos más destacados



**BREVE HISTORIA
DE LAS CIUDADES
DEL MUNDO MEDIEVAL**

BREVE HISTORIA DE LAS CIUDADES DEL MUNDO MEDIEVAL

Ángel Luis Vera Aranda



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las ciudades del mundo medieval

Autor: © Ángel Luis Vera Aranda

Director de colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-209-0

Fecha de edición: Septiembre 2011

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Fareso

Depósito legal:

Índice

Introducción. El urbanismo medieval. Las grandes ciudades de la Edad Media

Capítulo 1. Del Bizancio griego a la *Nova Roma* de Constantino

- La ciudad de los ciegos y el almirante Byzas
- El Byzantion de los griegos
- El *Byzantium* romano
- La *Nova Roma* de Constantino
- Konstantinou Polis o Constantinopla, la ciudad de Constantino
- Las Triples Murallas de Teodosio II
- El embellecimiento de la urbe teodosiana
- Una ciudad en llamas

Capítulo 2. De la Constantinopla de Justiniano a la Estambul de los sultanes turcos

- La ciudad de Justiniano
- Del apogeo a la decadencia: los primeros grandes asedios
- La recuperación y el segundo auge
- La catástrofe: la Cruzada de 1204 y la destrucción de Constantinopla
- La agonía final de Constantinopla
- La Estambul de los sultanes turcos otomanos

Capítulo 3. Las ciudades islámicas:

Bagdad y El Cairo

Bagdad

- La fundación del Bagdad circular de al-Mansur
- La ciudad de *Las mil y una noches*
- Una gran metrópolis ingobernable
- La barbarie de la invasión de los mongoles

El Cairo

- De la Babilonia persa y romana

- a la Fustat de los omeyas
- De Fustat a la al-Qahira
- de los fatimíes
- La mayor ciudad del mundo:
- El Cairo mameluco
- La crisis de El Cairo hasta su recuperación actual

Capítulo 4. Las ciudades islámicas en Europa. Córdoba, capital del califato de al-Ándalus

- El asentamiento prerromano
- Corduba* romana
- La crisis de *Corduba* durante el Bajo Imperio y la época visigótica
- La llegada de los musulmanes:
- Qurtuba durante el emirato
- El esplendor bajo el califato de Abderrahman III
- El apogeo cultural con al-Hakam II
- El desastre: la *fitna* y la desaparición del califato

Capítulo 5. El urbanismo medieval en la Europa cristiana: París

- De aldea gala a Lutecia romana
- La capital de los francos
- La capital de los Capetos
- La gran transformación de Felipe Augusto
- La crisis bajomedieval

Capítulo 6. El desarrollo urbano en las civilizaciones del Extremo Oriente asiático: Chang Any Angkor Wat

- La tumba colosal del primer emperador
- Los hunos y los Sui
- Chang An durante la dinastía Tang
- Decadencia y sustitución por Xian
- Angkor Wat, la ciudad perdida en medio de la selva
- El mayor templo del mundo
- La aglomeración urbana más poblada antes de la Revolución Industrial
- Saqueos y sequías

Capítulo 7. Las ciudades americanas: Tenochtitlán y Cuzco

El águila sobre el nopal

Una ciudad en medio de un lago

Un conjunto urbano excepcional

El final de Tenochtitlán

Cuzco, la capital del imperio de los incas

La ciudad con forma de felino

De capital imperial a ciudad religiosa

Bibliografía

Introducción

El urbanismo medieval.

Las grandes ciudades de la Edad Media

La Edad Media supone un período de retroceso para la humanidad en casi todos los sentidos para muchas personas. La cultura, la ciencia, el arte, el conocimiento, la propia civilización en sí decayeron, refugiándose en el recuerdo de muy pocos o en el olvido. Según esa opinión, bastante generalizada, se trata de una época oscura para la historia, un paso atrás entre lo que fue la brillante civilización clásica y el refinamiento propio del Renacimiento.

Y más concretamente, cuando se habla de ciudades, como es el objeto principal del libro, este mismo argumento de una gran crisis parece ser el único que se puede utilizar con propiedad para explicar lo que sucedió en ese período. De este modo, se piensa que desde finales de la época romana, o al menos desde el siglo III de nuestra era, las ciudades comenzaron a ser abandonadas por diferentes causas y, con el tiempo, muchas languidecieron en medio de un paisaje arruinado, o simplemente acabaron por perder paulatinamente su vitalidad, hasta acabar muriendo e incluso desapareciendo para el resto de la historia.

Para explicar este fenómeno, se esgrimen una serie de argumentos, como son el desencadenamiento de agudas crisis económicas, la despoblación a causa de epidemias o de emigraciones hacia zonas rurales, los ataques y saqueos por parte de los pueblos bárbaros e incluso también se apunta a las repercusiones que tuvieron diversas calamidades naturales como terremotos, inundaciones, etc.

Según esta misma opinión, no es hasta el siglo XV o incluso el XVI, cuando el fenómeno urbano empieza a salir del marasmo en el que se encontraba desde hacía más de mil años. El Renacimiento sería pues el momento en el que se empieza a recuperar la pretérita grandeza perdida, aunque sería tras la Revolución Industrial, ya en el siglo XIX, cuando el proceso de urbanización se extiende de forma definitiva por todo el mundo hasta llegar al momento actual, en que nos encontramos, en pleno auge de la urbanización del planeta.

Pues bien, esta opinión bastante generalizada de decadencia o incluso de desaparición de las antiguas ciudades, no deja de ser, como en tantas otras ocasiones, una visión bastante sesgada que proviene fundamentalmente del estudio del pasado por parte de la civilización occidental, y más en particular, por parte de los especialistas de los países de Europa occidental.

Es indiscutible que tras la caída del Imperio romano, las ciudades del mundo mediterráneo, sobre todo en su mitad occidental, experimentaron una acusada decadencia. El caso de Roma, la monumental capital del imperio fue, sin lugar a dudas, el más llamativo de todos ellos.

Pero incluso esta afirmación tan parcial resulta errónea. Durante el extenso período que nos ocupa, la ciudad de Córdoba, situada en el sur de la península ibérica, llegó a transformarse en una floreciente metrópolis que en su momento de apogeo, hace unos mil años, se convirtió en la mayor aglomeración urbana de todo el mundo, y pudo incluso alcanzar una cifra cercana al medio millón de habitantes.

Y hay que añadir que Córdoba no fue la única en experimentar un auge considerable en el ámbito Mediterráneo. En el extremo opuesto de ese mar, pero también en el propio continente europeo, se hallaba otra gran urbe cuyas raíces se hundían en la antigüedad clásica. Su nombre tenía sonoras concomitancias con uno de los emperadores romanos más conocidos, Constantino, que fue su fundador y de quien tomó el topónimo. Cuando en la parte más occidental de Europa las ciudades sólo eran casi un recuerdo, Constantinopla brillaba con un esplendor que era el asombro y la admiración de quienes la contemplaron en aquel momento.

Este resurgir del fenómeno urbano no sólo afectó a la cuenca del Mediterráneo. Fuera de ella en sentido estricto, aparecían ciudades que, con el paso del tiempo, iban ganando prestigio, población y hasta un elevado nivel cultural. Es el caso de la capital de Francia, París, que si bien durante buena parte de este período medieval sobrevivió a duras penas entre invasiones, saqueos y enfrentamientos, cuando se sobrepuso a tanta adversidad, se mostró ante el mundo como uno de los centros principales del saber y del conocimiento.

Y si esta situación que hemos descrito anterior mente era sólo válida para una limitada parte del ámbito europeo (eso sí, ámbito que durante el siglo XIX y buena parte del XX, fue el que expandió su cultura por el resto del mundo, de ahí esa visión tan parcial y sesgada que antes comentábamos), en el resto del planeta carece de sentido aplicar esos mismos parámetros tan propios del eurocentrismo decimonónico. Pero este, a pesar de que cada vez está más obsoleto en nuestro mundo actual, todavía subsiste en la conciencia colectiva de muchas sociedades.

Así por ejemplo, mientras que la civilización en Europa se hundía entre las continuas luchas de los pueblos bárbaros, y mientras que estos imponían una sociedad y una cultura decadente, simple, ruda y tosca, allá por Oriente Próximo comenzaba a despuntar una nueva civilización que en pocos siglos se convertiría en el centro político, cultural y económico de su tiempo: el mundo musulmán.

Este, heredero en buena medida de la tradición grecorromana, bizantina y también persa, organizó su imperio basándose en una gran red de centros urbanos desde los que se facilitara tanto una mejor administración y control del territorio bajo su dominio, como una más fácil expansión de la religión a partir de la cual había surgido: el islam.

La civilización musulmana favoreció y propició el desarrollo urbano y a él, entre otros ejemplos, pertenece la hermosa Córdoba califal a la que anteriormente hacíamos mención. Pero fue sobre todo en el Próximo Oriente donde las medinas o ciudades musulmanas alcanzaron su mayor desarrollo.

Las grandes capitales islámicas fueron las residencias de los califas que sucedieron al profeta Mahoma tras su muerte y se convirtieron de esa forma en las mayores ciudades del mundo de su tiempo. La ciudad siria de Damasco, en época de los omeyas, fue la primera, pero no fue en modo alguno la mayor de todas.

En el siglo VIII se levantó uno de los conjuntos monumentales más grandiosos de toda la historia islámica y casi se podría decir que del mundo entero, fue el Bagdad de los califas abasíes, la inolvidable ciudad que hicieran eterna los cuentos de *Las mil y una noches*. Por desgracia, casi nada de aquel fascinante conjunto de cuentos de hadas ha llegado hasta nosotros, pero por la admiración que despertó entre sus contemporáneos debió de ser verdaderamente algo digno de contemplar.

No sólo fue Bagdad, aunque sin duda fue la medina islámica más conocida, también otra aglomeración urbana de nombre cambiante, pero que desde hace algo más de mil años conocemos como El Cairo, continuó con la tradición islámica de enormes ciudades una vez que Damasco, Bagdad o Córdoba entraron en crisis.



Calle medieval de El Cairo, obra del pintor escocés David Roberts, quien visitó Egipto durante la primera mitad del siglo XIX y plasmó en sus cuadros la imagen que todavía conservaba la ciudad en aquel momento.

Heredera de la gran tradición milenaria del país del Nilo, El Cairo fue un nuevo ejemplo de cómo hasta hace seis o siete siglos, la cuenca mediterránea era todavía el solar en el que se hallaban algunas de las mayores concentraciones de población que existieron en el mundo durante el período de la Baja Edad Media, es decir, durante los siglos XIV y XV.

Todo este panorama que hemos presentado está relacionado en realidad con el ámbito básico del mar Mediterráneo, porque de él casi no hemos llegado a salir con los ejemplos anteriores. En mayor o menor medida, todas las ciudades mencionadas hasta ahora están emparentadas de un modo u otro con las diferentes civilizaciones que surgieron en sus orillas o en zonas relativamente próximas al mismo.

Y es preciso recordar que a pesar de la gran transcendencia histórica que tuvieron y de que indiscutiblemente son las más conocidas para la civilización occidental, que todavía domina a grandes rasgos la cultura universal, no fueron sin embargo las ciudades más destacadas en el mundo durante la etapa que nos ocupa y a la que llamamos impropia *medieval*.

Por el contrario, y como ya había sucedido en el período al que en un libro anterior de esta

colección denominamos el Mundo Antiguo o el período antiguo, las grandes culturas del planeta, los mayores centros de civilización donde se ubicaron los conjuntos urbanos más poblados y ricos de todo el orbe no se desarrollaron en los lugares descritos anteriormente, sino por el contrario en la zona del continente asiático que conocemos como el Lejano Oriente o también como el Extremo Oriente.

Se trataba de una zona de la que en los tiempos medievales el mundo occidental euroasiático o africano casi nada sabía de ella, con la excepción de los territorios más al este del gran imperio islámico. Sólo en muy contadas ocasiones, alguna noticia aislada llegaba a occidente (por ejemplo, el libro del viajero italiano Marco Polo) para poner en contacto ámbitos territoriales que distaban muchos miles de kilómetros unos de otros y de los que casi nadie conocía nada debido a que vivían en un extremo opuesto del gran bloque continental al occidente de Eurasia.



Carcasona, típico ejemplo de ciudad medieval europea que se ha conservado sin grandes transformaciones en su casco antiguo.

Los esporádicos desplazamientos de pueblos nómadas de las estepas del centro del continente también creaban nexos entre ambos polos, pero aunque propiciaron para la difusión de determinadas cuestiones, en general sirvieron más para desunir y para separar a ambos mundos que para otro aspecto más positivo.

Mientras que en Europa o hasta incluso en América (recordemos la brillantez de la, en esta época, decadente Teotihuacán) este período puede ser denominado como *Edad Media*, para las grandes civilizaciones como la china, la india o la japonesa, por citar sólo las más importantes, estos siglos fueron por el contrario, una etapa en la que, a pesar de que hubo determinados momentos de altibajos, en general se produjo un considerable desarrollo. En ella tuvieron lugar períodos en los que se alcanzó un gran florecimiento de la cultura en general y del urbanismo y de las ciudades en particular.

En la civilización india sobresalieron metrópolis como Vijayanagar, Hampi o Pataliputra. Pero no sólo fueron estos ejemplos de ciudades que quizás se aproximaron al medio millón de habitantes, sino que en el subcontinente indio se encontraban también otras grandes urbes menos conocidas pero

no por ello mucho más gigantescas que las que por aquel tiempo se localizaban en Europa. Se ha estimado que, durante este período medieval, un tercio de las 25 ciudades más pobladas del mundo se encontraban ubicadas en la India.

Indochina no fue quizás el territorio más desarrollado en Asia desde el punto de vista urbanístico, pero en él aparecieron conjuntos como el de Pagán (o Bagán) y sobre todo la impresionante aglomeración de Angkor Wat, a la cual daremos una particular importancia en esta obra. Lamentablemente, la tradición urbana no se mantuvo al mismo nivel que en culturas cercanas y la brillantez que alcanzaron sus ciudades en este período no tuvo después continuidad, como sucedió en otros lugares.

Pero si la India o Indochina albergaron urbes enormes, el punto máximo de este fenómeno se alcanzó, sin duda, en la avanzada civilización china. En este caso nos encontramos con tal cantidad de ejemplos, que sería prolijo enumerar todos aquellos que sería deseable. Fue tal el número de ciudades que superaron los cien mil habitantes, por poner un límite que para Europa resultaba casi una quimera, que ni siquiera ese enorme volumen para la época es suficiente como criterio para mencionar sus nombres. Hay que poner el listón más alto y situarlo en el umbral de los 500.000 habitantes para empezar a mencionar algunos nombres: Luo Yang, Hang Zhou, Nanking, Kai Feng, Kambalik, etc., pero por encima de todos hay que citar el de Chang An, punto de partida de la Ruta de la Seda y capital imperial de las dinastías Han, Sui o Tang. Quizás la única ciudad que pudo superar en número de habitantes a la Roma imperial. Su importancia fue tal que le dedicaremos una buena parte de uno de los capítulos que componen este libro.

Pero sólo será un ejemplo sucinto de la que fue la civilización más avanzada del mundo en aquel tiempo, y en la que se estima, al igual que en la India, que un tercio de las ciudades más pobladas que existían en el mundo se hallaban en ella. Queda pues un tercio restante en el que cabe incluir a las grandes urbes que estaban repartidas por el resto del mundo.

Y para finalizar dedicaremos un último capítulo al continente americano. El fenómeno urbano en América no alcanzó durante estos tiempos una importancia similar a la del Viejo Mundo, pero aun así, hemos seleccionado dos ejemplos que ilustren la importancia que tuvo el mismo. Uno de ellos, Tenochtitlán, sin duda el más importante, se ubicó en el altiplano mexicano, muy cerca de donde en tiempos pasados existió otra gran urbe, Teotihuacán.

Al final del período que nos ocupa, es decir, básicamente a partir del siglo XIII, surgió en él un nuevo conjunto urbano de gran importancia, Tenochtitlán, sobre la que se encuentra construida hoy día la gran aglomeración de México Distrito Federal. El altiplano mexicano ha sido desde la antigüedad cuna de grandes conjuntos urbanos, y durante este período, Tenochtitlán fue la capital más destacada no sólo del mismo, sino de todo el continente americano.

Y no hemos querido dejar sin presentar otro ejemplo de América, en este caso de su parte sur. Nuestra elección fue en un principio la de analizar Tihuanaco, en el altiplano boliviano, pero de ella casi nada se conserva. Pensamos también en Machu Picchu, la ciudad perdida de los incas en medio de las agrestes cordilleras andinas, pero finalmente nuestra selección recayó en la capital del Tahuantinsuyu quechua, Cuzco o Cusco, que aunque no albergara a un gran número de habitantes, tuvo sin embargo una gran importancia política y como tal nos ha parecido la más representativa para analizar este ámbito continental en el período que nos ocupa de la historia.

El tratamiento de todas estas grandes metrópolis no puede ser el mismo. Su importancia no fue idéntica, pero es que además el conocimiento que hoy día se tiene de su pasado dista mucho de ser parecido según los casos. Así, las urbes en torno al mundo mediterráneo son por lo general bastante mejor conocidas que las de Oriente Próximo, Extremo Oriente y las americanas, de ahí que nuestra

atención no pueda ser similar en todos los casos.

De todas maneras, su historia es siempre tan fascinante que, sólo con los escasos conocimientos que tenemos, podemos hacernos una idea aproximada de lo impresionantes que debieron ser en su momento de máximo esplendor.

Del Bizancio griego a la *Nova Roma* de Constantino

LA CIUDAD DE LOS CIEGOS Y EL ALMIRANTE BYZAS

Existen lugares en el mundo que parecen predestinados a brillar a lo largo de la historia. El estrecho del Bósforo es uno de ellos. Situado en el contacto entre dos mares interiores (el Mediterráneo y el mar Negro) y en el lugar donde más se aproximan las masas continentales de Europa y Asia (la península balcánica y la península de Anatolia, respectivamente). Este emplazamiento privilegiado ha sido, desde hace casi tres mil años, puente de paso de grandes civilizaciones y, a la vez, objeto de deseo para las mismas.

El papel estratégico que juega el Bósforo hoy en día es muy importante, pero en épocas anteriores lo fue todavía mucho más. Quien controlase ese territorio, dominaba también la navegación entre Europa, Asia y África a través del Mediterráneo. Pero además, quien se adueñase de él, lo hacía también de las rutas comerciales que ponían en relación Oriente y Occidente.

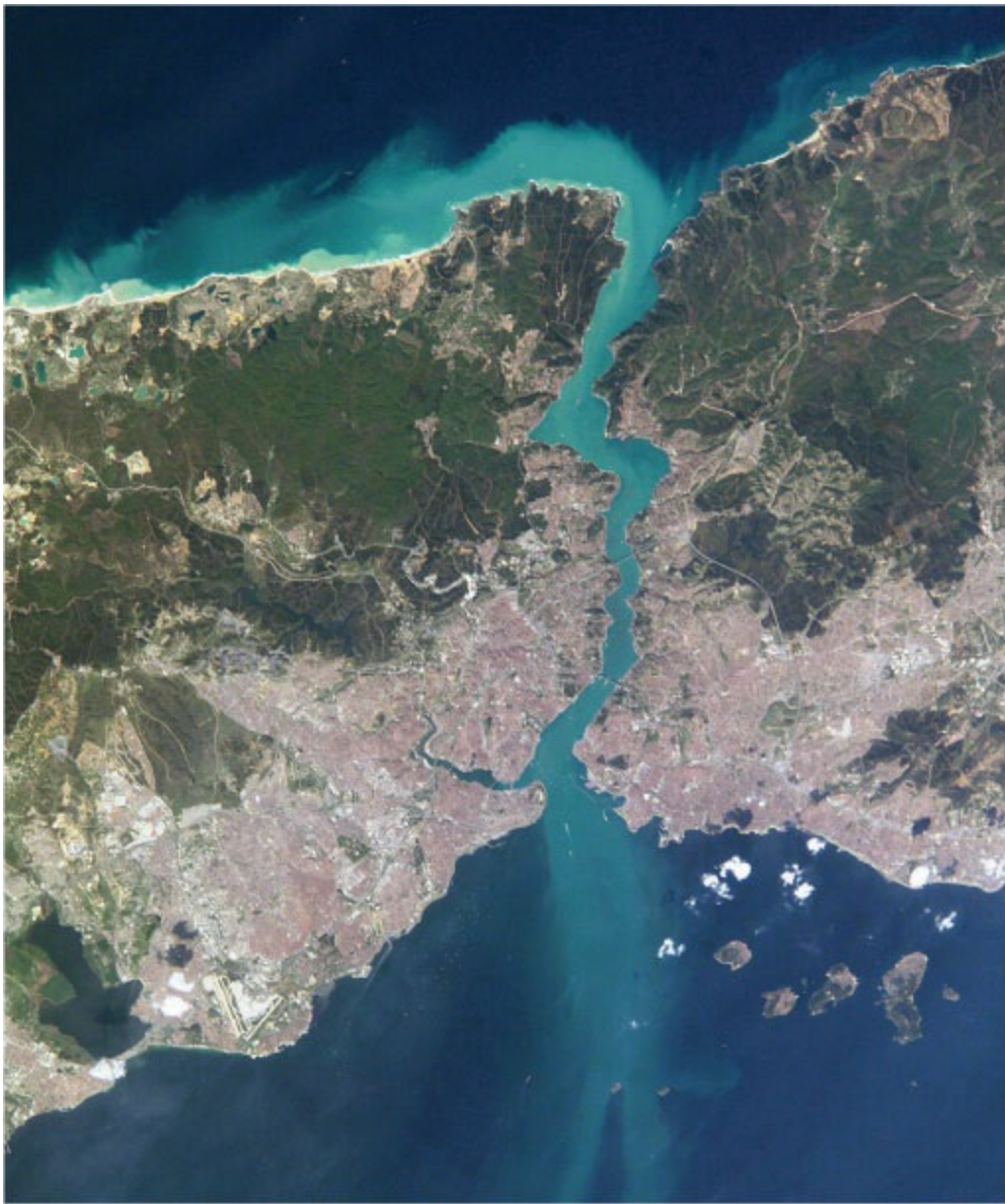


Imagen de satélite del estrecho del Bósforo. Constantinopla se encontraba ubicada en la península de forma triangular a la izquierda, junto al golfo denominado *Cuerno de Oro*.

Pero esto no es todo, a la entrada del Bósforo, desde el mar de Mármara, existe una pequeña lengua de tierra de varios kilómetros de longitud. Esta diminuta península goza, por su posición estratégica, de unas condiciones aún más excepcionales, si cabe, que todo lo que hasta ahora hemos descrito.

Inmediatamente al norte de esta península existe un golfo estrecho que la rodea y que recibe el nombre de Cuerno de Oro o Cuerno Dorado, así denominado porque su forma recuerda a una especie de cuerno. La península recibe, además, a una serie de arroyos procedentes de lejanas montañas que vertían su agua hacia el mar de Mármara y hacia el Bósforo.

No es de extrañar, por tanto, que el lugar llamara la atención de quienes lo visitaban, por lo general tribus que aprovechaban la proximidad entre los dos continentes para atravesar por él o navegantes que se adentraban hacia el norte.

Situémonos en el siglo VII a. C., cuando el pueblo griego se encontraba en pleno proceso de expansión colonial. Entonces, en aquellos tiempos, los helenos vivían en numerosas polis situadas en torno a las orillas del mar Jónico, hoy llamado mar Egeo. Era una tierra pobre y árida en general, sin embargo, sus ciudades estaban superpobladas para las posibilidades de la época, y sus habitantes

ansiaban encontrar lugares más feraces donde iniciar una nueva vida.

Al norte del Bósforo existe una gran extensión de agua que los griegos llamaban Ponto y que nosotros conocemos como mar Negro. Las orillas de ese mar, en especial las llanuras que existen al norte del mismo, eran (y son) particularmente fértiles. En ellas se producía un gran volumen de cereales, fundamental para poder alimentar a las ciudades griegas, siempre escasas en alimentos.

Esas llanuras estaban habitadas por el pueblo escita. Actualmente conocemos a esa zona como Ucrania. Entre ellas y Grecia surgió un intenso comercio en el cual los barcos griegos llevaban el grano hacia el sur, mientras que regresaban hacia el norte cargados de objetos manufacturados.

Semejante hecho le otorgó una gran importancia estratégica al Bósforo, pues quien controlara su paso poseía a su vez la llave para el abastecimiento de alimentos a Grecia, de ahí que el interés de la zona creciera y que, hacia el año 675 a. C., se fundase la ciudad de Calcedonia con el objetivo de dominar el comercio por el estrecho.

Pero Calcedonia había sido fundada un poco más al sur de la entrada del mismo, en una zona costera bastante rectilínea y que por tanto no resultaba fácil de defender.

Pocos años después, un navegante de la ciudad de Megara (cerca de Atenas) al que la tradición llama Byzas, convenció a algunos de sus conciudadanos para que emprendieran con él un viaje en el que buscar un lugar adecuado donde fundar una nueva ciudad e iniciar una vida mejor.

En aquella época, era costumbre de los antiguos griegos que, cuando se quería emprender un proyecto de gran envergadura, se consultara previamente al afamado oráculo del santuario de Delfos, que era el que tenía más renombre en cuanto a la predicción del futuro. En él residía la sibila o pitonisa, una mujer con poderes mágicos que era capaz de adivinar lo que sucedería más adelante y por tanto era también la que más sabiamente podía aconsejar sobre la mejor forma de obrar ante una nueva empresa.

Sólo había un problema por lo general. La sibila (que probablemente se encontraba hipnotizada bajo la influencia de unas emanaciones gaseosas que salían por una grieta del terreno) casi siempre hablaba utilizando un lenguaje oscuro y poco claro, por lo que en la mayor parte de las ocasiones resultaba muy difícil interpretar sus ambiguas palabras.

Cuando Byzas acudió a ella en busca de ayuda, tras haber hecho la pertinente ofrenda al templo, la sibila al ser consultada respondió: «Si quieres fundar una ciudad próspera que perdure durante el resto de los siglos, debes navegar hacia el norte y construirla enfrente de la ciudad de los ciegos».

Byzas y sus conciudadanos se quedaron perplejos con la respuesta del oráculo. Nadie en el mundo tenía conocimiento de la existencia de una *ciudad de los ciegos*. Pese a este contratiempo, la influencia de lo que decía la sibila era tan enorme en toda Grecia, y el deseo de los megarenses por emigrar tan intenso, que decidieron aparejar sus naves y poner rumbo hacia el norte en busca de esa ciudad de los ciegos que nadie decía conocer.

En su camino atravesaron el Helesponto, estrecho que hoy conocemos con el nombre de los Dardanelos, y penetraron en la Propóntide, actual mar de Mármara. En la orilla oriental de este mar pudieron contemplar la ciudad de Calcedonia, pero seguía sin aparecer ninguna ciudad de los ciegos.

Sin embargo, Byzas observó que unos pocos kilómetros al noroeste de Calcedonia se encontraba una lengua de tierra que estaba deshabitada, pero que presentaba un emplazamiento excepcional para ubicar allí una ciudad. Byzas comprobó que esa pequeña península de forma triangular estaba rodeada de agua por todas sus partes excepto por una que la unía al continente. Bastaba con fortificar la parte de ese lado para que la ciudad bien protegida y con un puerto adecuado, pudiera convertirse en un asentamiento inexpugnable que controlase todo el tráfico que pasaba por el estrecho.

Cuando Byzas reflexionó, pensó que había que estar ciego para no haberse dado cuenta de ello y sin embargo, mucha gente había llegado allí antes que él y no lo habían notado, pues prefirieron fundar una ciudad en la costa que quedaba enfrente, donde la posición era considerablemente peor. Lo comentó con sus compatriotas y estos le dieron la razón, los de Calcedonia estaban «ciegos» por no haberse dado cuenta de este hecho y así la apodaron la *ciudad de los ciegos* de la que les había hablado el oráculo.

En el año 657 a. C., Byzas y sus colonos desembarcaron en esa lengua de tierra y comenzaron las obras para construir una nueva urbe. A esta se le puso el nombre de su fundador, y por derivación, se la conoció como Byzantion o Bizancio, como la llamamos nosotros.

EL BYZANTION DE LOS GRIEGOS

La ciudad de Byzas era, sin embargo, relativamente pequeña, aunque eso sí, dotada de una serie de infraestructuras como las de cualquier otra colonia griega. Se la rodeó de una muralla, ubicándola en la punta de la lengua de tierra, sobre una colina en la que se situó la acrópolis de la ciudad.

Byzantion poseía dos plazas o ágoras, gimnasios, un teatro y se la dotó con dos puertos. Estos y la muralla eran la clave de su poder. Aquella la defendía por tierra, los puertos favorecían tanto al comercio como al abastecimiento de la población en caso de asedio, pero sobre todo servían de base a la marina bizantina para controlar el paso de cualquier barco por el estrecho.

Y fue en esto último donde se gestó en un principio la prosperidad de la ciudad. Cada vez que un barco intentaba atravesar el Bósforo, los barcos de Bizancio le cortaban el paso y no lo dejaban navegar hasta haber satisfecho un considerable impuesto a los bizantinos. De esta forma, la ciudad se fue enriqueciendo considerablemente.

Pero no sólo la riqueza jugaba un papel de gran importancia, quizás lo era aún más la estratégica posición en la que se encontraba la ciudad para el control de las rutas, no el de las comerciales únicamente, sino también el de las militares, pues cualquier ejército o armada que tuviera que atravesar este territorio había de pasar forzosamente cerca de Bizancio.

Si la ciudad quería permitir el tránsito libremente a cualquiera no existían problemas para que este se moviese. Pero si quien lo intentaba era su enemigo y los bizantinos se oponían, el paso resultaba prácticamente imposible, y para poderlo llevar a cabo era necesario en primer lugar tener que tomar la ciudad, algo que, como se pudo comprobar posteriormente en numerosas ocasiones, resultó verdaderamente difícil si los bizantinos se oponían con la voluntad suficiente a un enemigo, guarecidos tras la seguridad de sus murallas, al tiempo que podían ser abastecidos de alimentos por su escuadra.

Entre los siglos VI y II a. C., Bizancio se vio envuelta en las convulsiones bélicas de las guerras griegas (Médicas, del Peloponeso, contra Macedonia, etc.). Las grandes potencias de la época (persas, espartanos, atenienses, etc.) eran plenamente conscientes de su importancia estratégica como llave de paso de los estrechos y como puente intercontinental, de ahí que intentaran controlarla por todos los medios a su alcance. En ocasiones, la política bizantina fluctuó entre unos y otros, pero casi siempre intentó mantenerse independiente, o al menos conservar una gran autonomía.

A mediados del siglo IV a. C. apareció ante la ciudad uno de los reyes más poderosos de aquella época, el macedonio Filipo II. Filipo había tomado la decisión de invadir el Imperio persa, mas para ello necesitaba previamente controlar aquella ciudad desde la que podría pasar fácilmente a la orilla asiática.

Pero los bizantinos se negaron a concederle lo que pedía y, en el año 340 a. C., Filipo decidió

poner sitio a la misma. Tras varios meses de infructuoso asedio, pensó que no podía perder más tiempo ante aquellos muros, por lo que tuvo que abandonar momentáneamente el proyecto y dirigir sus ejércitos contra las ciudades griegas del sur, que se habían sublevado. Fue la primera vez en la que el emplazamiento estratégico de Bizancio demostró su transcendental importancia militar.

Filipo murió asesinado en el año 336 a. C. y le sucedió su hijo Alejandro, llamado el Magno, que acabaría por convertirse en uno de los mayores conquistadores de todos los tiempos. Alejandro retomó la tarea inconclusa de su padre, puso sitio a Bizancio y la conquistó con relativa facilidad en el 334 a. C., con lo que pudo iniciar desde allí su ataque contra los persas.

Los bizantinos, sin embargo, no se vieron demasiado perjudicados por este hecho. Alejandro necesitaba los puertos de la ciudad para abastecer a sus ejércitos y para mantener el contacto con Grecia, de ahí que no sólo la respetara sin causarle daños, sino que incluso mejoró sus instalaciones.

Cuando Alejandro murió en el 323 a. C., Bizancio recobró su independencia y retomó su actividad comercial. Se recuperó con gran rapidez y volvió a prosperar considerablemente.

Pero una ciudad rica es también una ciudad muy apetecible y, así, después de los macedonios, muchos otros reyes (Lisipo, Antígono, Mausolo, etc.) intentaron conquistarla. Ninguno lo consiguió. Sus murallas la hicieron de nuevo inexpugnable y su flota se encargó, como era costumbre, de abastecerla de alimentos y de agua siempre que lo necesitó.

EL *B*YZANTIUM ROMANO

Bizancio continuó durante varios siglos en esta situación, cada vez más rica y floreciente, y, a finales del siglo III a. C., apareció una nueva potencia en el Mediterráneo, Roma, que en poco más de medio siglo, se adueñó de casi todas las ciudades griegas. Bizancio no deseaba enfrentarse al poder romano, y este prefería no tener que perder el tiempo conquistando una ciudad que precisaba un largo asedio. De esta manera se llegó a un acuerdo. Los bizantinos pagarían impuestos a los romanos, y estos a cambio respetarían su libertad y le concederían su protección, aunque sus decisiones más importantes tendrían que ser siempre aprobadas por el Senado romano.

El acuerdo duró algo más de un siglo, hasta que en el I a. C., el general romano Pompeyo decidió anexionarla a los dominios de Roma. Aún entonces, Bizancio conservó un cierto autogobierno y gozó de algo de autonomía local, aunque ya dependía de las decisiones de Roma para casi todo.

Un siglo después, en el I de nuestra era, el emperador Vespasiano decidió acabar con cualquier tipo de autogobierno de la ciudad y la incorporó definitiva y totalmente al Imperio romano. De esta forma se iniciaba el proceso de romanización de la ciudad, que aunque había perdido su libertad, prosperaba, de nuevo, comercial y urbanísticamente.

Así, en el siglo II se construyeron nuevos edificios como el teatro de Plinio, un arco de triunfo y se la dotó por primera vez de abastecimiento de agua gracias al acueducto que mandó construir el emperador Adriano. Por esta época, Bizancio se encontraba de nuevo en la cúspide de su riqueza y de su importancia.

Sin embargo, la *Pax Romana* también llegó a su fin. A finales de aquel siglo se iniciaron una serie de luchas para conseguir el trono imperial que había quedado vacante tras el asesinato de Cómodo. Para su desgracia, Bizancio se vio totalmente envuelta en medio de esas luchas.

Uno de los aspirantes al trono, Pescenio Niger, consciente de la importante situación estratégica de la ciudad, decidió instalarse en ella y convertirla en su base de operaciones. Pero otro de los candidatos, el más poderoso de todos ellos, Septimio Severo, se dirigió rápidamente contra la misma

al conocer la noticia para acabar allí con su rival.

Severo volvió a comprobar cómo la pequeña ciudad era prácticamente inexpugnable, y por ello tuvo que mantener un feroz asedio que se prolongó por espacio de dos años hasta que a los bizantinos no les quedó más remedio que rendirse. Esto se logró tras haber sido bloqueados también por el mar, gracias a la flota que Severo hizo llevar hasta la ciudad.

Severo, furioso ante la resistencia mostrada durante esos dos años, tomó la determinación de arrasarlo la ciudad, lo que se llevó a cabo en el año 196, y procedió al exterminio sistemático de sus habitantes como parte de su venganza por haberle opuesto semejante resistencia.

Pero pronto se dio cuenta de su error. Era infinitamente mejor ocupar aquel espacio estratégico con una nueva ciudad, que dejarlo abandonado, como fue su decisión inicial, y por tanto sin utilidad ninguna.

Al año siguiente dio la orden de reconstruir Bizancio. Para ello amplió la superficie urbana, la dotó de nuevas y mejores murallas, reparó el acueducto de Adriano que había sufrido daños importantes durante el asedio, y construyó un gran hipódromo para que los bizantinos pudieran entusiasmarse con uno de los espectáculos más típicamente romanos: las carreras de cuadrigas y de caballos.

La reconstrucción fue todo un éxito, sobre todo desde un punto de vista militar, algo que quedó demostrado cuando décadas después Bizancio sufrió las invasiones de pueblos bárbaros como los godos, o incluso de los persas. En todas las ocasiones salió indemne de cualquier intento de conquistarla. Su privilegiada posición, seguía aumentando su fama.

Consciente de ello, a finales del siglo III, el emperador Diocleciano decidió reforzar aún más sus murallas y mejoró todos los sistemas defensivos de que disponía. En ese momento, el Imperio romano estaba siendo atacado por todas partes y se hacía imprescindible proteger mejor a todas las ciudades. Por tanto, Bizancio se hizo aún más fuerte de lo que era hasta entonces.

LA NOVA ROMA DE CONSTANTINO

A principios del siglo IV, Diocleciano abandonó el poder y poco después de su muerte volvieron a estallar nuevas guerras entre los candidatos al trono. Uno de ellos, Licinio, conocía bien la historia y las virtudes del emplazamiento de Bizancio. Cuando fue acosado por su rival Constantino, se encerró con sus hombres en la ciudad y allí resistió durante casi un año.

Bizancio volvía a demostrar su excepcional importancia estratégica, así como las dificultades con las que se encontraba cualquier enemigo que intentara tomar la ciudad por la fuerza.

Constantino había aprendido bien la lección. Había perdido mucho tiempo delante de sus murallas y muchos de sus hombres habían muerto durante la conquista de la ciudad.

Tras lograrlo, tuvo una idea muy parecida a la de Septimio Severo un siglo antes. Pero ahora no se trataba de destruirla, sino de aprovechar su magnífico emplazamiento para sacar todo el partido posible al mismo.

La época de Constantino fue además un momento en el que se estaban produciendo cambios trascendentales en el mundo antiguo. Una nueva religión, el cristianismo, se estaba imponiendo sobre los decadentes cultos paganos y Constantino estaba muy interesado en contar con el apoyo de los todavía escasos, pero muy combativos, cristianos.

Roma, la mayor urbe del mundo por aquel tiempo, llevaba ya dos siglos en crisis, aunque todavía conservaba casi intacta su grandeza, pero la situación estaba cambiando con rapidez. Poco antes del reinado de Constantino se habían iniciado las primeras invasiones de los pueblos bárbaros

y casi a la vez se había reanudado el secular enfrentamiento con el Imperio persa.

Se hacia cada vez más necesario contar con un nuevo centro de poder que se encontrara más cerca de las conflictivas regiones del Danubio o de los confines de Asia Menor. Era necesario trasladar la capital hacia ese lugar y crear una nueva ciudad que fuera más fácil defender que la poco protegida Roma. En definitiva, se trataba de crear una *Nova Roma* que dinamizara al imperio y le diera mayor estabilidad y seguridad.

En el año 323, Constantino tomó la decisión. Era necesario construir esa ciudad y para ese cometido no había un lugar mejor en todo el orbe romano que el que hasta entonces había servido de emplazamiento a la por entonces medio arrasada Bizancio.

Constantino dio las órdenes pertinentes y libró los fondos necesarios para poner en marcha su gran proyecto. Decidió ampliar considerablemente la superficie edificada del antiguo Bizancio y desplazó la muralla mucho más al interior de la lengua de tierra. El nuevo recinto amurallado por tierra superaba los tres kilómetros de longitud, lo que le pareció una exageración a quienes contemplaron las obras. Este recinto se extendía desde las orillas del Cuerno de Oro hasta las del mar de Mármara. Además, Constantinopla, como Roma, se iba a edificar también sobre siete colinas al igual que la primitiva ciudad de Rómulo y Remo.

De esta forma, la superficie que ocupaba la nueva ciudad era cinco veces superior a la del antiguo Bizancio griego. Hasta el lugar se desplazaron los mejores arquitectos, ingenieros y urbanistas del imperio. Se transportó hasta allí a más de 30.000 esclavos para que llevaran a cabo las tareas más duras de construcción, y en ellas se les empleó durante siete años de trabajo ininterrumpido hasta que la ciudad estuvo lista.

A lo largo de este tiempo se levantaron en la misma infinidad de monumentos, y para ello se recurrió al saqueo o al expolio de las mejores obras de arte que se encontraban desperdigadas por todo el imperio. También se transportaron piedras y materiales de todos aquellos edificios que se encontraban en ruinas o desuso, en especial en aquellas ciudades que habían sido saqueadas por los bárbaros. Otra importante cantera de materiales fueron los templos paganos, que estaban siendo abandonados paulatinamente ante el creciente impulso de la nueva religión cristiana.

Bajo estas condiciones tan favorables, las obras de la ciudad progresaron rapidísimamente. Se construyó un gigantesco complejo de 19.000 metros cuadrados destinado a servir como palacio para el emperador. Junto a él se erigió una basílica, y cercana a ambos, se diseñó una enorme plaza porticada llamada Augusteion que hacía las veces de foro.

La ciudad se estructuró a lo largo de una gran avenida de más de 600 metros de longitud y de 25 de anchura llamada *Mese*, nombre que podemos traducir como ‘calle de en medio’, pero que también significaba ‘vía triunfal’ o simplemente ‘vía imperial’. La *Mese* conectaba los diferentes foros urbanos desde el gran Palacio Imperial hasta las puertas de la muralla, pues se bifurcaba poco antes de llegar a esta. Esta arteria era el centro de la vida social de Constantinopla y se encontraba porticada a lo largo de todo su recorrido.

La *Mese* partía del Milión o Piedra Dorada. Este era el punto que los antiguos griegos llamaban el *Omphalos*, u ‘ombligo’ de la ciudad, es decir, el punto central de la misma. Desde él se medían todas las distancias entre las ciudades del imperio con respecto a Constantinopla, era lo que hoy denominaríamos el *kilómetro cero*.

La *Mese* unía dos grandes foros o plazas: el Boario y el Amarastriano. Cerca de esta avenida se levantaron las termas de Zeuxippos, complementadas por un gran gimnasio y ornamentadas con una impresionante colección de obras de arte procedentes de numerosas partes del mundo grecorromano.

Constantino decidió también dotar a la ciudad de espacios destinados a la diversión y al

entretenimiento. De esta forma, ordenó que se reconstruyera y ampliara el antiguo hipódromo de Septimio Severo, dotando al recinto de unas proporciones majestuosas, con casi 500 metros de longitud por 150 de anchura. Se calcula que en él podían tener cabida hasta cien mil espectadores. En el centro del mismo, en la denominada Spina, se ubicaron también grandes obras de arte, como la columna Serpentina, traída del santuario de Delfos, o el gran obelisco de 32 metros de altura que se transportó desde Egipto. Con el tiempo, el hipódromo se convertiría en uno de los lugares más turbulentos y conflictivos de Constantinopla y en él tendrían lugar acontecimientos muy importantes para su historia.

Durante la época de Constantino, es decir, entre el 323 y el 330, la ciudad se fue llenando de monumentos que, de haberse conservado en la actualidad, nos dejarían admirados por su riqueza y su belleza. Entre estos cabe destacar la Puerta Dorada, destruida por un terremoto en 1509, el *Tetrastoon*, también llamado los Cuatro Pórticos, el *Philadelphion* o plaza porticada ornamentada con columnas de pórfido, y otros muchos más que desgraciadamente no han sobrevivido al paso del tiempo o a las diversas destrucciones que tuvieron lugar en los siglos posteriores.

Constantino era consciente de que la inexpugnabilidad de la ciudad no sólo podía basarse en sus recias murallas o en su extraordinaria y privilegiada situación, sino también en la capacidad de la misma para resistir prolongados asedios. Para ello no bastaba sólo con abastecerla de alimentos por vía marítima, sino que también era necesario garantizar, por encima de todo, el suministro de agua a su población, y esta era una tarea muy difícil, pues se esperaba que en ella se establecieran varios cientos de miles de personas.

Para dar una solución a este problema, los urbanistas que la diseñaron tuvieron la idea de dotarla de una red de cisternas subterráneas (que con el paso del tiempo llegó a superar el número de sesenta), y estas a su vez debían ser abastecidas mediante acueductos que transportaban el agua desde montañas muy lejanas.

período de crisis, y el cristianismo estaba emergiendo como nueva religión triunfante. Constantino tenía la idea de que en el futuro, esta sería la religión de la ciudad, pero aun así, tuvo que aceptar en el momento de su construcción la erección de templos paganos dedicados a los tradicionales dioses de la religión grecolatina.

Pero en consonancia con el Edicto de Milán promulgado en el 313 (una década antes), que garantizaba la tolerancia religiosa en el imperio, Constantino decidió fomentar también la construcción de iglesias y monasterios para que se desarrollara el culto cristiano. En un principio las iglesias cristianas o *martyria*, como las de San Mokios o Santa Irene, se ubicaron a extramuros de la ciudad, pero poco a poco también comenzaron a levantarse en el interior de la misma.



Columna del emperador Constantino, denominada actualmente columna Cemberlitas. En su parte superior se encontraba una estatua del emperador que fue destruida en el siglo XII.

Constantino, aconsejado por su madre Flavia Helena, conocida posteriormente como Santa Elena, comenzó a trasladar a su ciudad las reliquias que esta había encontrado poco antes en los Santos Lugares. Así, a modo de ejemplo, levantó una columna de 35 metros de altura (a cuyos restos hoy día conocen los turcos como Cemberlitas). En su parte superior se remató con una estatua del propio emperador cuya corona, a imitación del dios del Sol Helios, estaba decorada con los clavos con los que supuestamente había sido crucificado Jesucristo. Esto no deja de ser un claro ejemplo de cómo el emperador pretendía fusionar en un principio los cultos paganos con el creciente empuje del cristianismo.

Así, Constantinopla se convirtió muy pronto en uno de los grandes centros de difusión de la nueva religión, y de esta manera fue rápidamente proclamada como sede de uno de los cinco grandes patriarcados cristianos que existirían en el mundo de su tiempo (los otros fueron Jerusalén, Roma, Alejandría y Antioquía). No tendría que pasar mucho tiempo para que se convirtiera en el más importante de todos, aunque eso sí, en dura pugna con el del papa de Roma.

KONSTANTINOU POLIS O CONSTANTINOPLA, LA CIUDAD DE CONSTANTINO

El 11 de mayo del 330, Constantino inauguró solemnemente la nueva ciudad. Aunque oficialmente se la había denominado como la *Nova Roma*, la gente empezó a llamarla la ciudad de Constantino, o como se pronunciaba en griego, *Konstantinou Polis*, de ahí que hoy día la conozcamos como *Constantinopla* por deformación del antiguo nombre griego.



Reconstrucción virtual del centro urbano de Constantinopla
en la que se puede apreciar una vista aérea del acueducto de
Valente, edificado durante el siglo IV.

En realidad, en el 330 no estaba todavía completamente finalizada, de hecho las murallas no acabaron de cerrarse hasta seis años después, pero Constantino consideró que con lo que se había construido ya era más que suficiente para que se instalase en la ciudad la población que debía habitarla. Es posible que en el momento de la inauguración ya residieran en ella cerca de cien mil personas, pero el emperador pensaba que eran pocas para el gigantesco complejo urbano que había levantado.

Por ese motivo, dio la orden de que la corte imperial y el funcionariado estatal se trasladaran

desde Roma a la nueva capital, y para conseguir esto inició una hábil labor de propaganda con el objetivo de que decenas de miles de personas se desplazaran también para vivir en la ciudad.

Su estrategia principal se basó en la proclamación de una serie de anuncios por todo el imperio (y en especial en la propia Roma), mediante los que prometía el reparto de 80.000 raciones diarias gratuitas de alimentos distribuidas en 117 puntos de Constantinopla, a todos aquellos que quisieran emigrar hacia la misma.

La proclama fue realizada dos años después de su fundación, y tuvo como era de esperar un enorme éxito. Inmediatamente comenzaron a afluir a la ciudad miles de personas que buscaban los atractivos y las ventajas que se ofrecían en Constantinopla. De este modo, ilirios, lidios, licios, sirios, arameos, coptos, armenios, judíos, godos, hérulos, gépidos, griegos, y por supuesto romanos, llegaron en un elevado número a Constantinopla. Esta población formó un conjunto enormemente cosmopolita y con un elevado número de habitantes, por lo que se ha calculado que hacia el 340 podrían ya vivir en ella cerca de 300.000 personas, aunque estas cantidades han de ser siempre tomadas con reservas.

En cualquier caso, el crecimiento posterior fue igualmente rapidísimo. Hacia el 360 el número de habitantes ya se acercaba a 350.000, y a comienzos del siglo IV debería rondar ya casi los 400.000 habitantes. Era en ese momento la segunda ciudad más poblada del mundo después de la propia Roma.

Un crecimiento tan desmesurado requería también nuevas infraestructuras y servicios que no sólo cubrieran las necesidades de su población, sino que también ofrecieran trabajo a las grandes masas de desocupados que pululaban por las calles y que siempre estaban dispuestas a protagonizar sonoras protestas cada vez que la situación empeoraba.

De este modo, fue preciso levantar nuevos acueductos que ampliaran el abastecimiento de agua. El más importante de todos ellos fue el que ordenó erigir el emperador Valente, edificado entre los años 366 y 373. Constaba de 971 arcos y traía el agua desde la formidable distancia de 250 kilómetros.

Diez años después, Teodosio I tuvo que construir uno nuevo, el cuarto, dada la creciente necesidad de agua que tenía la ciudad. Además, para almacenar el enorme caudal que por aquel entonces aflucía hacia Constantinopla fue preciso crear nuevas cisternas en las que se vertía el agua para su posterior distribución por toda la urbe.

Uno de los grandes éxitos de Constantinopla consistió en que supo aunar todo lo mejor que habían aportado a la civilización las culturas más importantes del mundo antiguo. Así, en ella se hablaba mayoritariamente la lengua griega (aunque el latín era oficialmente el idioma empleado en la administración), y fue en ese lugar donde se conservó durante más tiempo el legado cultural de la brillante civilización helénica, de la que sus habitantes se sentían herederos directos.

Por otra parte, copió el modelo de la administración romana que había sido capaz de levantar y de organizar tan enorme imperio. Para ello fue allí donde se compiló y se desarrolló la obra legislativa del Derecho romano en época de Teodosio II y de Justiniano, lo que suponía otro de los pilares básicos de la civilización del mundo clásico. Nuestro Derecho actual procede en buena medida de la recopilación que se hizo en ella, en aquellos siglos V y VI.

Sin embargo, en materia religiosa pronto se renunció a los cultos paganos iniciales y se aceptó el cristianismo como única religión oficial y como modelo para seguir en las costumbres y en la moralidad que se impusieron en la ciudad.

Este hecho se plasmó en la construcción de una de las mayores iglesias del mundo antiguo, la de los Santos Apóstoles (erigida entre el 335 y el 339). En un principio, esta magna obra estaba

destinada a ser el lugar de enterramiento del emperador Constantino, pero tras producirse el traslado de los restos de los apóstoles en el 356, el sarcófago del emperador fue depositado en un nuevo edificio circular que se construyó junto a ella con el objeto de servir como mausoleo para la familia imperial.



Reconstrucción virtual de la Puerta Áurea o Puerta Dorada,
una de las que componían el acceso al interior a
Constantinopla a través de las Triples Murallas.

Constantinopla fue durante más de mil años uno de los grandes centros del cristianismo, quizás el mayor junto con la propia Roma. No fue ajeno a este hecho el que fuera aquí donde por primera vez, en el año 353, un emperador, Constancio II, decretara el cierre de todos los templos paganos que existían.

Tampoco debe olvidarse que en el 360 se consagró otra de las grandes iglesias que en ella existieron, el primitivo recinto de Hagia Sophia, dedicada a la Divina o Sagrada Sabiduría de Dios. Con el paso del tiempo, esta iglesia, o para ser más exactos, otra de las que la sustituyeron con el mismo nombre, acabaría por convertirse en uno de los más conocidos templos de la cristiandad.

El ambiente de religiosidad que se vivía debía de ser muy intenso, según las informaciones que nos han transmitido los cronistas de la época. Ya por aquel entonces, se contabilizaban veintitrés monasterios extramuros, que siglos más tarde acabarían alcanzando la asombrosa cifra de más de trescientos.

No sólo la religión estaba en auge, sino que esta se extendía a toda la ciudad en general. A finales del siglo IV se emprendieron nuevas obras promovidas por el emperador Teodosio I, quien prolongó y embelleció la avenida de la *Mese* y construyó el arco del triunfo de la Puerta Dorada. En esta época continuó dotándose de otras infraestructuras, como sucedió con el puerto Juliano,

numerosos silos para la conservación del grano que se traía fundamentalmente de Egipto, a la vez que se expandía un nuevo barrio, el de Kainópolis.

Teodosio I hizo traer de Egipto, hacia el año 390, un colosal obelisco que, según sus contemporáneos, alcanzaba una altura de 60 metros, a todas luces exagerada. Sea o no fuera verdad, lo que sí sabemos es que, durante las complicadas labores de desembarco de la nave que lo traía, se produjo un accidente y el obelisco se fraccionó en varias partes. Se decidió entonces que sólo se iba a utilizar la parte superior del mismo con una altura de 26 metros para colocarla en el centro del hipódromo, y todavía continúa en el mismo lugar después de haber transcurrido más de dieciséis siglos.

LAS TRIPLES MURALLAS DE TEODOSIO II

A principios del siglo V, el imparable crecimiento de Constantinopla ya había provocado que la urbe superara el espacio interior que había quedado dentro de las enormes murallas de Constantino que tanto asombro y escepticismo habían causado entre sus contemporáneos.

Este crecimiento urbano incontrolado había provocado, en primer lugar, la superpoblación y el hacinamiento en el espacio intramuros, por lo que fue preciso que las nuevas construcciones se extendieran por los terrenos situados en el exterior de la muralla.

Esto era algo que planteaba un doble problema. Por una parte reducía la eficacia de los muros de protección, y por otro dejaba indefensa a buena parte de la población y a las riquezas que esta pudiera acumular en un espacio que no estaba protegido por muralla alguna.

Pero además de esta situación apareció otro hecho mucho más importante y grave. En el año 410, los godos de Alarico conquistaron Roma y la sometieron a un despiadado saqueo. Al conocerse la noticia en Constantinopla sus habitantes se alarmaron extraordinariamente, pues eran conscientes de que muy probablemente, los próximos en ser atacados podían ser ellos. De ahí que, en el 412, se tomara una drástica resolución, la de crear un nuevo sistema defensivo que sustituyera al ya obsoleto levantado por Constantino y que no había llegado a cumplir siquiera los ochenta años desde su finalización, pese a la sensación de grandeza y de poderío que dio a quienes contemplaron su erección.

Durante 35 años se procedió a la construcción de unas gigantescas murallas, probablemente las más poderosas y magníficas que ha contemplado la humanidad con el objetivo de defender a una ciudad. Cuando en el año 447 se dieron por concluidas, la obra garantizó a Constantinopla su seguridad durante más de mil años.

A lo largo de este dilatado período de tiempo, decenas de invasores intentaron asaltarlas sin conseguirlo. Solamente una vez, en 1204, la ciudad cayó en manos de sus enemigos, los ejércitos de los Cruzados, pero no porque fallara el sistema defensivo en sí, sino porque traidores en el interior abrieron las puertas para que penetrara en ella un ejército extranjero.



Vista aérea que muestra una reconstrucción aproximada de la estructura que debió poseer Constantinopla en época bizantina.

Las murallas, de las que todavía en la actualidad se conservan algunos restos en ruinas que permiten revivir su antigua grandeza, no eran en realidad una sola línea defensiva, sino que por el contrario se componían de tres sistemas de protección. De ahí que comúnmente se las conozca como las *Triples Murallas de Teodosio*, pues fue durante el reinado del segundo de los emperadores que llevaron este nombre, cuando se las construyó.

Para conseguir que fuesen realmente inexpugnables, se edificó en primer lugar un amplio foso de 20 metros de anchura y 8 de profundidad, al que se rellenó de agua para impedir el acercamiento de torres de asalto y de otras máquinas de guerra. El foso estaba rodeado por una primera muralla con una altura más bien baja, de unos dos metros, pero que impedía que un ejército pudiera aproximarse demasiado a la ciudad y abrir un pasadizo subterráneo o una brecha en sus muros.

Tras esta primera muralla existía un segundo recinto de 12 metros de altura por cinco de grosor. Y tras este, otro tercer lienzo reforzado con 96 torres, con nada menos que 25 metros de altura y 10 de ancho. La longitud total de esta obra era de casi 6,7 kilómetros y se extendía desde el Cuerno de Oro hasta el mar de Mármara, distando más de un kilómetro y medio de la muralla constantiniana, que quedó pronto abandonada hasta acabar desapareciendo por el crecimiento urbano.

También en esta época, esto es, a comienzos del siglo V, se inició la construcción de las murallas marítimas, que se completarían siglos después. Cuando esta formidable obra estuvo terminada, Constantinopla se encontró rodeada por un cinturón defensivo de diecinueve kilómetros que englobaban en su interior a unas 1.800 hectáreas.

Al finalizar la construcción de la muralla, muchas de estas hectáreas no estaban construidas todavía, e incluso algunas partes del inmenso recinto intramuros, no llegaron a ser ocupadas jamás por edificaciones, manteniéndose un uso agrícola con la utilización del terreno por huertos con los que alimentar a la población en caso de asedios prolongados.

Antes de la invención de la pólvora y de la artillería como armas para derribar los muros, las Triples Murallas hicieron que Constantinopla se convirtiera en una ciudad imposible de conquistar utilizando sólo los medios técnicos que existían durante la Edad Media. Esta protección hizo que a lo largo de todo este período se fueran acumulando grandes riquezas en el interior de la ciudad y que esta se hiciera enormemente poderosa. Y aunque hubo ocasiones en las que todo el imperio se derrumbó y fue invadido por enemigos, la ciudad resistió cualquier intento de ser ocupada, lo que permitió finalmente que también el imperio pudiera resistir y se acabara salvando.

Las Triples Murallas se complementaron como veremos más adelante con un sistema de abastecimiento de agua sin parangón. El interior de la ciudad rebosaba de agua potable gracias a la red de acueductos, pero sobre todo a las numerosas cisternas que acumulaban reservas para su utilización en caso de asedio. La flota bizantina, la más poderosa del mundo Mediterráneo durante la

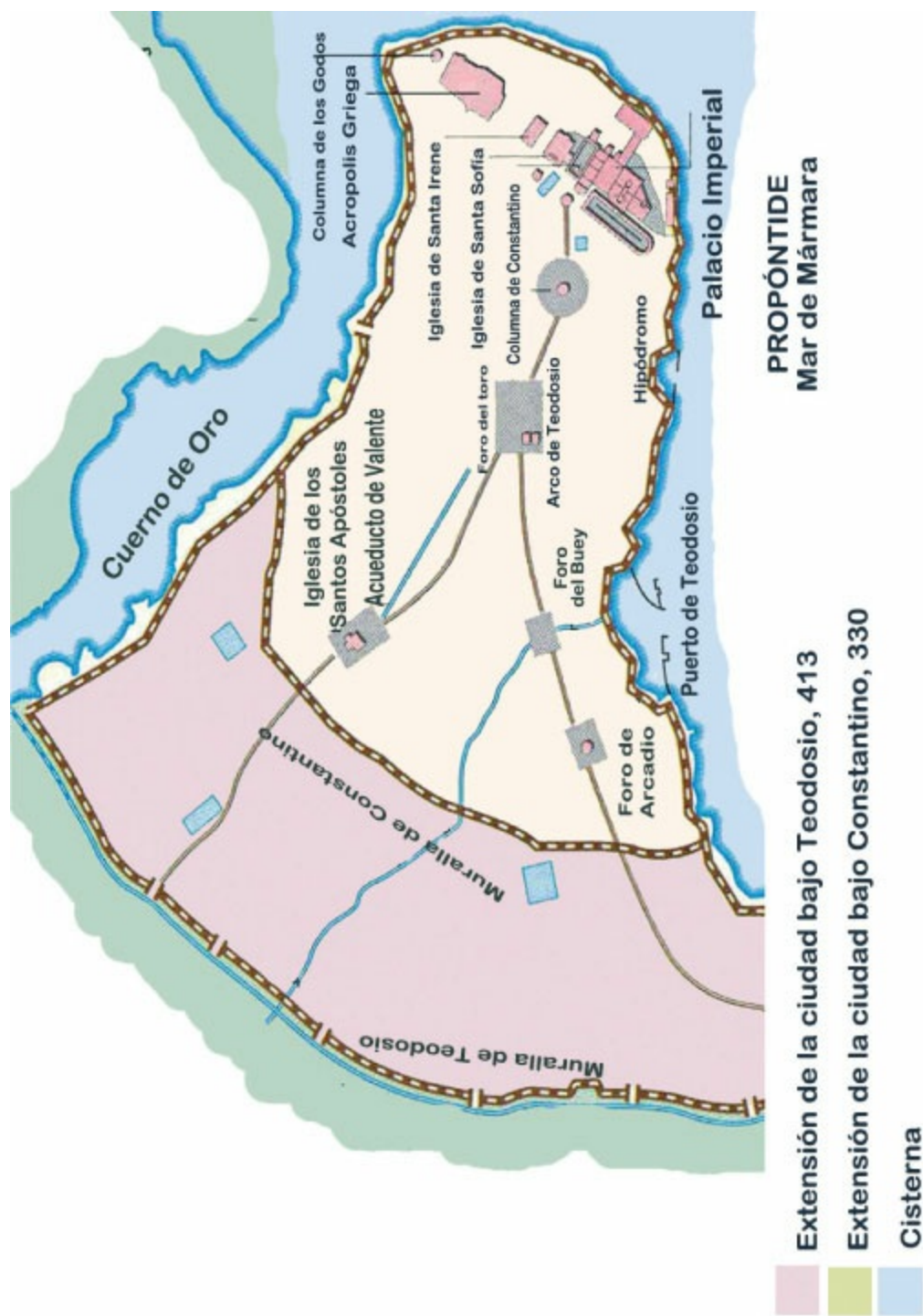
mayor parte de este período (siglos v al xii), podía transportar todos los alimentos necesarios para su población, alimentos que podían ser adquiridos sin problemas gracias a la abundancia de riquezas que había en su interior y que permitían comprarlos en cualquier parte del mundo.

EL EMBELLECIMIENTO DE LA URBE TEODOSIANA

Constantinopla tenía ya cien años de antigüedad, y en todo ese tiempo no había dejado de crecer y de hacerse cada vez más hermosa. Es más, a pesar del considerable esfuerzo que supuso la construcción de las Triples Murallas tanto para el erario público como para el bolsillo de sus ciudadanos, el conjunto urbano continuó todavía dotándose de edificaciones y monumentos más fascinantes aún si cabe.

El reinado de Teodosio ii como emperador romano de Oriente (408-450) fue particularmente destacado en este sentido. El emperador se rodeó de un grupo de mujeres (su hermana Pulqueria, su mujer Eudocia) y de eunucos (Lausio, Antioco, etc.) que con su sabiduría y su ambición, llevaron a Constantinopla a la cumbre de la monumentalidad.

A pesar de que los problemas no habían desaparecido del todo (por ejemplo, la primitiva Hagia Sophia fue destruida en el 404 en el transcurso de unos enfrentamientos de carácter religioso), que la situación internacional continuaba siendo muy inestable (los hunos atacaron a Constantinopla en el 443), y que la naturaleza se tornaba devastadora en ocasiones (en el 447 un terremoto derribó 57 de las 96 torres, que un año después ya habían sido reconstruidas con enorme celeridad), la primera mitad del siglo v contempló un nuevo florecimiento de la que, ya por aquel entonces, era la ciudad más majestuosa que existía en el mundo.



Plano en el que se muestran los principales edificios que componían el denominado «Distrito imperial». Destacan el hipódromo, Santa Sofía y el palacio imperial entre otros grandes conjuntos arquitectónicos.

Esto fue posible gracias a una serie de construcciones como la nueva iglesia de Hagia Sophia, que se inauguró en el 415. Poco después finalizaron los proyectos que se habían iniciado a comienzos de aquel siglo por impulso de la emperatriz Eudoxia, la madre de Teodosio, entre ellos el Capitolio, el Philadelphion y la Academia, donde se ubicó el famoso grupo escultórico de los Tetrarcas, hoy en la plaza de San Marcos de Venecia.

Fue esta una época en la que la riqueza afluyó profusamente a la ciudad, lo que permitió invertir una parte de ella en mejorarla aún más de lo que ya estaba. Los grandes magnates y los personajes más poderosos del momento aprovecharon la bonanza económica para levantar espectaculares palacios como el de Antioco, cuya construcción tardó 23 años desde su inicio en el 416. En el 421

finalizaba el de Daphne, y entre el 420 y el 436 se levantó el más magnífico de todos, el del eunuco Lausus o Lauso, chambelán del palacio imperial.

El palacio de Lauso merece que nos detengamos un poco en él. Se hallaba ubicado en el mejor sitio de la ciudad, justo al comienzo de la avenida de la Mese, muy próximo al hipódromo y al palacio imperial. Lauso era sin duda una persona de exquisita sensibilidad para el arte. Tenía dinero y mucho poder, pues era uno de los políticos más próximos y con más influencia sobre el propio emperador.

Lauso decidió aprovechar esta situación para construirse una lujosa mansión en la que reunió una de las mayores colecciones de arte de todos los tiempos, en particular en lo que se refiere a obras escultóricas. Así, aprovechó su enorme influencia y dinero para que transportaran a su palacio la obra magna del gran escultor griego Fidias, la estatua de oro y marfil de Zeus, que presidía el principal templo de la ciudad de Olimpia, donde tenían lugar los famosos juegos deportivos.

El Zeus había sido transportado a Constantinopla hacia el año 394, y cuando llegó ya había perdido parte de sus ornamentos, sobre todo los de oro, pero aun así, era la mejor y más conocida estatua de la antigüedad clásica, hasta el punto de que sus contemporáneos la calificaron como una de las Siete Maravillas del mundo de su tiempo.

Lauso ordenó que esta colosal estatua de unos catorce metros de altura fuera colocada en el patio central de su palacio. Tenía ya ocho siglos y medio de antigüedad, y se encontraba bastante deteriorada, pero a pesar de los avatares que había sufrido todavía conservaba buena parte de su antigua grandeza.

El chambelán no se conformó con poseer en su casa una de las grandes maravillas del mundo antiguo, sino que continuó coleccionando todas las mejores obras de arte que era capaz de reunir. De este modo adquirió los originales de la Atenea de Lindos, la Afrodita o Venus de Cnido, obra del gran escultor griego Praxíteles, un gigantesco Hércules en bronce y el grupo de Eros y Kairos, ambos de Lisipo, entre otras muchas obras de arte. También hizo traer del Sinaí la roca desde la que supuestamente Moisés había abierto las aguas del mar Rojo.

La riqueza artística no hizo que se olvidaran las necesidades cotidianas de una población que continuaba creciendo y, por tanto, también se incrementaba la necesidad de abastecerla de alimentos y de agua. En consecuencia, Teodosio no descuidó este aspecto fundamental. De este modo continuó con la política de dotar de un mayor número de cisternas a la ciudad. En el 421 se inauguró la de Aecio, y entre el 428 y el 443 se construyó la que lleva su propio nombre, un complejo de 45 por 25 metros con columnas de 9 metros de altura. Pocos años después se edificó una tercera cisterna, la de Aspar.

Tampoco se olvidó el emperador de la economía y de la vida cívica. Acabó los foros que habían iniciado su abuelo y su padre Arcadio en el año 425, y erigió uno con su nombre que estuvo acabado para el año 443. En ellos se ubicaron mercados y fueron asimismo un centro de reunión para la vida social de la ciudad.

La vida intelectual también recibió un considerable apoyo con la inauguración en el 425 de la Universidad de Eudoxia, llamada así en honor de la madre del emperador. Este hecho suponía un intento de anular el prestigio de la Academia de Platón en Atenas, que desde hacía ocho siglos era uno de los mayores centros del saber griego. Muestra del quehacer de los eruditos que trabajaban en la universidad, es que sólo trece años después de su inauguración se compiló en ella una de las obras más grandes de la historia del Derecho: el *Codex Theodosianus*.

Teodosio realizó también otras obras de menor importancia pero que a su vez dan una idea de su afán constructivo. Fortificó aún más las Triples Murallas, iniciando en ellas la construcción del

palacio de las Siete Torres; inauguró la fuente de Blanquernas, donde siglos después se ubicaría el gran palacio imperial de ese mismo nombre; y, finalmente, creó el santuario de Pulqueria, en honor a su querida y atractiva esposa.

Curiosamente, Teodosio II no le concedió una gran importancia a los edificios religiosos con la excepción hecha de la ya mencionada Hagia Sophia. Sin embargo, sólo cuatro años después de su muerte, un patricio llamado Estudion (o Studion), costeó la construcción de un monasterio dedicado a San Juan Bautista que con el paso del tiempo se convertiría en uno de los centros culturales del cristianismo. En él se conservaba la reliquia de la cabeza del Bautista.

UNA CIUDAD EN LLAMAS

Los sucesores de Teodosio II fueron incapaces de continuar con el ritmo constructivo que había impuesto el emprendedor emperador. La situación política era también cada vez peor. Los pueblos bárbaros amenazaban continuamente las fronteras del Imperio bizantino e incluso a la propia capital.

En esta, la superpoblación provocaba continuos problemas que se reflejaban tanto en las agitaciones de las diferentes facciones políticas (denominadas los Azules y los Verdes, según los colores que cada una de ellas defendía en las carreras de cuadrigas que se celebraban en el hipódromo), como en la violencia urbana, provocada por los conflictos derivados de las diferentes herejías religiosas que acosaban continuamente a la ciudad: monofisitas, nestorianos, arrianos, etcétera.

En numerosas ocasiones, los enfrentamientos políticos y religiosos estaban estrechamente imbricados, lo que daba lugar a problemas mucho más graves, como los que tuvieron lugar posteriormente durante el reinado de Justiniano.

A lo largo de más de medio siglo, Constantinopla pareció haberse estancado en su crecimiento debido a los problemas anteriormente mencionados. En el amplio espacio de tiempo que va desde mediados del siglo V, hasta el primer cuarto del VI, las obras en la ciudad fueron muy poco significativas a excepción de algunos monumentos muy concretos y puntuales como la columna del emperador Marciano, erigida en el 455.

Por el contrario, la situación no sólo no mejoró, sino que incluso empeoró. El ya mencionado terremoto del 447 causó desperfectos, no sólo en la muralla, sino también en otros muchos edificios importantes.

Pero esta catástrofe no tuvo parangón con los tres grandes incendios que se declararon en el breve espacio de quince años. Constantinopla había crecido tan rápido que muchas zonas de la ciudad habían escapado al control urbano. Es decir, la población se apiñaba en calles estrechas en los superpoblados barrios populares. La calidad del material constructivo de la mayor parte de estas viviendas era ínfima, por lo que solían arder con facilidad. Si a esto se une la inexistencia de un eficaz servicio de bomberos con el que apagar el fuego, podemos comprender fácilmente lo que acabó ocurriendo.

En el 462 estalló el primero de los grandes incendios. Amplias zonas de la ciudad se vieron afectadas, pero en particular cabe mencionar la trágica pérdida del palacio de Lauso, que vio cómo las llamas consumían buena parte de su colección de esculturas, en particular la mayor parte del Zeus Olímpico de Fidias. Aunque algo se salvó, la mayor parte del palacio fue destruido, y como su dueño ya había fallecido, se decidió reconstruirlo e instalar en él una hospedería de lujo, quizás la mejor y más famosa de toda Constantinopla. Por cierto que, con el paso del tiempo, la hospedería también se arruinó y se derrumbó, de forma que en su lugar fue levantado un monasterio, como claro ejemplo del

signo con el que cambiaban los tiempos.

En el 475 un nuevo incendio volvió a arrasarlo la ciudad. Esta vez la peor parte se la llevó la stoa de la Gran Basílica que fue completamente calcinada por las llamas, y que al hundirse arrastró con ella a la cisterna de Philoxenos que se llenó de escombros procedentes del incendio.

Sólo dos años después el fuego hizo otra vez su aparición, en este caso con mayor capacidad destructiva que nunca. Los resultados fueron particularmente devastadores para la cultura. La Gran Biblioteca de Constantino, fundada un siglo y medio antes y que contaba en sus estantes con más de 100.000 obras, fue consumida casi por completo por las llamas, perdiéndose la mayor parte de las obras que en ella se conservaban de los grandes autores clásicos grecolatinos.

A pesar de tanta catástrofe, la vida continuaba en Constantinopla, y aunque los problemas y los incendios no daban tregua a los habitantes de la ciudad, esta seguía creciendo en cuanto a riqueza y población, aunque en esta etapa lo hiciera más lentamente. Se calcula que a comienzos del siglo VI, la población se podía acercar al medio millón de habitantes.

Sin embargo, en este período no hubo grandes aportaciones que destacar en cuanto al conjunto urbano en sí. Lo único que merece la pena reseñar es que a Constantinopla seguían llegando continuamente reliquias procedentes de los Santos Lugares, como sucedió con el manto de la Virgen María y otras atribuidas a Cristo, que recibían cada vez mayor veneración en las iglesias y monasterios que por aquel entonces se levantaban en número creciente para custodiar estos testimonios.

De la Constantinopla de Justiniano a la Estambul de los sultanes turcos

LA CIUDAD DE JUSTINIANO

Constantinopla había sido fundada con el objetivo de convertirse en la nueva capital del Imperio romano. Sin embargo, tras la división de este y sobre todo tras la caída del Imperio romano de Occidente, permaneció como la capital de un imperio que ya sólo gobernaba sobre la parte oriental de lo que había sido el antiguo Imperio romano. Esto hizo que los historiadores europeos posteriores la vieran ya, no como la continuidad de la antigua Roma, sino como un nuevo Estado al que dieron por nombre *Imperio bizantino*.

En efecto, durante el siglo VI, Constantinopla y el Imperio bizantino alcanzaron su momento de apogeo. Los emperadores *bizantinos* nunca se llamaron a sí mismos de esta forma, sino que mantuvieron hasta el final de la ciudad el título de emperadores de Roma. Sin embargo, los europeos no aceptaron esta denominación, y emplearon el nombre de la antigua colonia griega, *Bizancio*, para aplicarlo a todos los habitantes de la ciudad y de su imperio.

En el año 527, subió al trono imperial el que sería considerado por la posteridad como el más grande de todos los emperadores bizantinos: Justiniano. Sin embargo, su reinado no comenzó de una manera afortunada para Constantinopla. Pocos años después de ser proclamado emperador, la ciudad experimentó dos violentos terremotos que causaron serios desperfectos y que obligaron a realizar importantes obras y reparaciones.

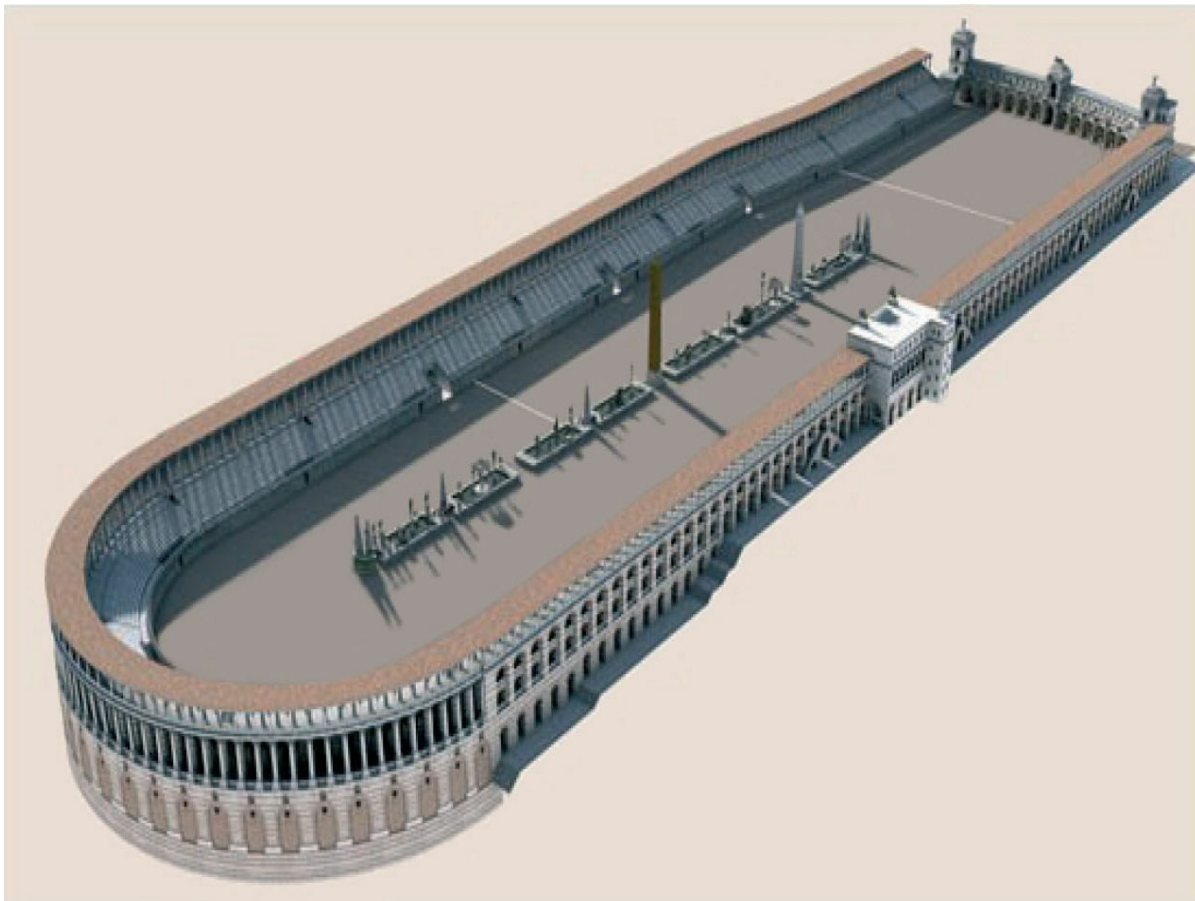
Justiniano fue, en sus comienzos, un emperador cristiano muy intransigente, pues luchó contra el paganismo con todas sus fuerzas y obligó, por ejemplo, a cerrar el templo de Isis en Egipto en aquel año 527, la Academia de Platón en Atenas dos años después y también acabó con la institución romana del consulado ya en el año 541. Pero, a pesar de este intento por romper con el pasado y con la cultura clásica, consiguió que Constantinopla llegara a la cumbre de su prestigio y de su esplendor.

Y no deja de ser curioso que para que esto sucediera, tuviera que ocurrir antes una nueva catástrofe. Los enfrentamientos políticos y religiosos iban aumentando constantemente en la ciudad, en particular entre las facciones católica y monofisita (la herejía que se basaba en que Dios y Jesucristo eran considerados una sola persona). Cada uno de los bandos apoyaba a su vez a un equipo de cuadrigas en el hipódromo. Los católicos eran partidarios de los Azules, mientras que los monofisitas lo eran de los Verdes. Era algo parecido a lo que ocurre hoy día en una ciudad en la que hay dos equipos de fútbol y los aficionados dividen su apoyo entre unos y otros. Pero, en el caso de Constantinopla, los ánimos estaban todavía mucho más exaltados, si cabe, que en un estadio de

fútbol.

En enero del 532 estalló el enfrentamiento. En el curso de una de las carreras de cuadrigas, el grupo de los Verdes empezó a insultar al emperador. Este, muy enojado, mantuvo un diálogo a voces con los que le chillaban. Cuando se hartó de esta situación, dio orden a la guardia imperial para que detuviera a quienes le gritaban. Pero los Verdes se opusieron violentamente a esta acción, se enfrentaron con la guardia y acabaron con ella cuando esta les atacó. Justiniano, asustado ante el cariz que tomaban los acontecimientos, decidió encerrarse en el palacio imperial para protegerse. Los Verdes consideraron este acto como una cobardía y ante la ausencia de un poder que los detuviera, se dedicaron a realizar diversas correrías por la ciudad, saqueando y destruyendo todo lo que tuviera que ver con el poder imperial y con los odiados Azules.

La insurrección recibió el nombre de *Niké*, palabra que en griego significa ‘Victoria’, pues este era el grito más repetido por los Verdes en su furia destructiva. Durante el transcurso de esta rebelión, la ciudad volvió a ser pasto de las llamas. Los incendios se extendieron por doquier y buena parte del caserío y de sus monumentos se vieron afectados y se derrumbaron bajo la acción del fuego o bajo las tropelías de los Verdes. Así, la segunda iglesia de Hagia Sophia fue destruida, lo poco que quedaba ya del Zeus Olímpico desapareció por completo, incluso algunos acueductos y cisternas resultaron gravemente dañados, además de muchos edificios de todo tipo. Justiniano, desesperado en medio de la rebelión, decidió reunir el tesoro imperial, embarcarlo en las naves que esperaban en el puerto junto al Gran Palacio y prepararse para huir. Pero en ese momento apareció la majestuosa figura de la emperatriz Teodora (la que, de creer las habladurías de la época, se decía que había vivido como prostituta en el hipódromo antes de conocer a Justiniano y casarse con él). La esposa de Justiniano pronunció en esa trágica situación unas palabras dirigidas a su marido llenas de dramatismo: «Puedes huir —le dijo— si es eso lo que deseas. Pero en cuanto a mi, me aferro a la máxima de los antiguos según la cual, la púrpura (es decir, el color del vestido de los emperadores) es la mejor de las mortajas». Cuenta la historia que al escuchar Justiniano aquellas palabras se sintió avergonzado de su decisión y decidió permanecer junto a su esposa en el palacio imperial. Para salvar la situación encargó al conde Belisario que reuniera a los hombres que todavía le eran fieles y que atacara con ellos a los insurrectos. Estos se habían concentrado de nuevo en el interior del hipódromo, y la mayor parte de ellos se hallaban completamente borrachos después de los excesos cometidos durante aquellos tristes días. Belisario y sus escasos guardias rodearon el hipódromo, penetraron en él, cerraron las puertas para que los Verdes no pudieran escapar y antes de que estos se dieran cuenta y pudieran reaccionar, iniciaron una sangrienta matanza que se cree que acabó con la vida de unos 30.000 rebeldes.



Reconstrucción virtual del hipódromo de Constantinopla
donde, en el año 532, tuvo lugar el levantamiento de la Niké
contra el emperador Justiniano.

La rebelión había sido sofocada, pero eso sí, a costa de un alto precio, no sólo en vidas humanas, sino también en pérdidas artísticas, culturales y monumentales. Grandes partes de Constantinopla habían quedado prácticamente arrasadas y se hacía imprescindible reconstruir las mismas si la ciudad quería recuperar su pulso habitual.

Para conseguirlo, Justiniano contaba con dos importantes argumentos a su favor. Por un lado se había convertido en un soberano prácticamente absoluto, carente de cualquier tipo de oposición ante la demostración de poder autoritario que había llevado a cabo, por consiguiente, nadie se atrevería a discutir sus órdenes fueran las que fueran.

Por otra parte, contaba con algo aún más fundamental: dinero, oro y riquezas. Durante cerca de un siglo, la política de los emperadores que lo habían antecedido era la de ahorrar y acumular riquezas en el tesoro del Gran Palacio Imperial. Habían evitado grandes guerras y tampoco se habían endeudado en obras extremadamente ambiciosas como las que habían llevado a cabo Constantino o Teodosio II. Cuando llegó al poder, Justiniano se encontró una tesorería repleta. En ella se acumulaban más de 23 millones de *solidi* de oro (la moneda bizantina), es decir, el equivalente a 320.000 libras de oro, o lo que para nosotros es lo mismo, a un total de 144 toneladas del preciado metal.

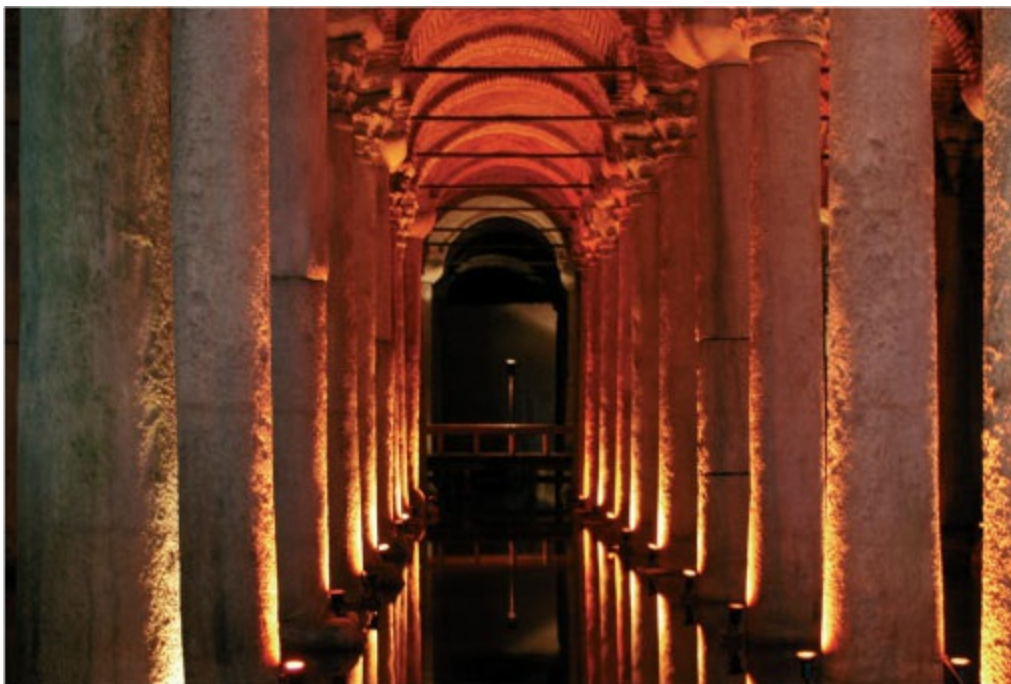
Justiniano decidió que ya estaba bien de acumular oro y que lo que había que hacer era invertirlo en reconstruir la destruida Constantinopla (también decidió invertirlo en recuperar la parte occidental del antiguo Imperio romano, pero este hecho es algo que, en este caso, queda al margen de nuestro interés), y para ello dio las órdenes oportunas por medio de las cuales comenzara la remodelación inmediata de la ciudad.

Lo primero que acometió fue, lógicamente, lo más básico y perentorio, la reparación de los

acueductos y la reconstrucción de las cisternas, cuyo sistema de abastecimiento había quedado muy dañado durante los disturbios. Justiniano construyó un quinto acueducto y una nueva cisterna de enormes dimensiones, la cisterna de la Basílica, la más grande de todas las que existieron a lo largo de la historia de la ciudad. Esta cisterna, que todavía se conserva en un magnífico estado después de numerosas reparaciones, tiene unas dimensiones impresionantes. Mide 143 metros de largo por 65 de ancho, sus 336 columnas de 9 metros de altura permiten albergar un volumen de agua de unos 80.000 metros cúbicos. Se dice que se construyó en pocos meses, y que para su realización se emplearon de nuevo materiales traídos de todo el imperio. Las cabezas invertidas del monstruo de la Medusa que se conservan en dos de los basamentos son un buen ejemplo de esta realidad. Cuando siglos después los turcos accedieron a la misma se quedaron impresionados de lo que contemplaron (impresión que es similar a la de cualquier persona que penetra en aquel fantástico espacio), y la llamaron *Yerebatan Saray*, o lo que es lo mismo, ‘El palacio hundido o sumergido’, porque su visión recuerda a la estructura del gran salón de un palacio bajo la superficie.

Una vez asegurada la conducción y el almacenamiento de agua, Justiniano centró sus miras en el monumento cristiano más singular de la ciudad, la iglesia de Hagia Sophia, que ya había sido destruida anteriormente dos veces. El emperador tenía muy claro que quería reconstruirla, pero en absoluto pensaba hacerlo como si fuera una iglesia más. Decidió elevar sobre las ruinas del antiguo edificio una gigantesca basílica que representara con toda su magnificencia la grandeza del emperador. Por ello decidió no escatimar medios y hacerlo todo a lo grande. Comenzó contratando a 10.000 obreros, que trabajaron ininterrumpidamente durante un espacio de cinco años entre el 532 y el 537. Hizo llamar a los dos mejores arquitectos bizantinos, Antemio de Tralles (que en realidad era un matemático) e Isidoro de Mileto, para que diseñaran y dirigieran las obras. Dio órdenes para traer los mejores ornamentos que quedaran por todo el imperio y de esta forma se procedió al desmantelamiento de templos como el de Diana o Artemisa en Éfeso, los de Atenas, Delfos o Delos, e incluso se trajeron materiales y motivos decorativos del distante templo de Osiris en Egipto. Además, mandó que en el año 534 se trajera de Cartago el tesoro del templo de Jerusalén, que había sido llevado a esa ciudad por los vándalos después del saqueo de Roma en el año 455. Para completar la basílica también se trajeron los mejores mármoles que se conocían por entonces. De color blanco procedentes de los alrededores del mar de Mármara, verdes de Eubea, rosas de Sínodo y amarillos del norte de África.

Las obras resultaron costosísimas, pues se calcula que en ellas se invirtieron doce toneladas de oro, es decir, casi el diez por ciento del tesoro imperial. Pero cuando el 26 de diciembre del 537 Justiniano procedió a la inauguración de la basílica, la obra resultante era tan espectacular que el emperador, lleno de gozo, exclamó a gritos: «¡Salomón, te he superado!».



La cisterna imperial de Justiniano, denominada actualmente en turco *Yerebatan Saray*, que quiere decir ‘el Palacio hundido’.

En efecto, Hagia Sophia, Sagrada Sabiduría, o Santa Sofía como nosotros la conocemos según una traducción no del todo correcta de su verdadero nombre griego, era una construcción impresionante. La cúpula alcanzaba más de 57 metros de altura, mientras que la superficie del recinto era un rectángulo de 82 por 75 metros de lado. Se convirtió así en la mayor catedral del mundo cristiano hasta que fue terminada la de Sevilla en el año 1520.

Justiniano tampoco se conformó con haber construido la mayor basílica de la cristiandad, sino que extendió su política edilicia de edificaciones por toda la ciudad.

Así reconstruyó la stoa de la Basílica, el santuario sobre la fuente de Blanquernas, el puerto de Bucholeon junto al Palacio Imperial, pero sobre todo apoyó la política de erigir un elevado número de iglesias, entre las que destacaron tres: Santa Irene, la de los Santos Apóstoles que había resultado seriamente dañada durante la Niké, y en especial una de nueva construcción, la de los Santos Sergio y Baco, que al igual que la anterior, también serviría como modelo a muchas nuevas iglesias que se construirían a continuación por todo el orbe cristiano.



La basílica de Santa Sofía consagrada a la sagrada sabiduría,

Sólo ocho o diez años después de la catástrofe de la Niké, hacia el año 541, Constantinopla no sólo había recuperado su antiguo esplendor, sino que era una ciudad más monumental si cabe que la que existía antes de su parcial destrucción. Y este hecho se basaba en que la riqueza fluía desde todas las partes de un imperio en constante expansión, y con la riqueza también lo hacía su número de habitantes. La población se recuperó con rapidez de las masacres de la Niké, nuevos pobladores llegaban para trabajar en las tareas de reconstrucción y el número de sus habitantes volvió a crecer.

Se calcula que hacia el año 541 podían vivir en la ciudad entre 600.000 y 670.000 personas. Esta cifra se acercaba al número máximo de personas que probablemente cabían en el espacio intramuros sin que este alcanzara la masificación o el hacinamiento.

Hay investigadores que amplían esta cifra hasta un volumen mucho mayor que se estima en 750.000 o incluso 800.000 habitantes, pero parece poco probable que las 1.800 hectáreas intramuros pudieran albergar a tan alto número de personas, aunque sí es posible que incluyendo sus arrabales extramuros la población alcanzase tan elevado volumen.

Fuese la cantidad que fuese, lo que sí es cierto es que entre el 541 y el 544 se produjo un nuevo desastre: una epidemia, que la gente que la sufrió calificó como de *peste*, aunque realmente nunca se ha llegado a saber exactamente en qué consistió. El morbo se llevó a la tumba a muchos miles de esos habitantes.

Procopio, el más grande historiador bizantino del momento, estimó las pérdidas en un 40% de la población, lo que supondría que el número total de víctimas debió acercarse al cuarto de millón. Pero otros investigadores han apuntado recientemente la tesis de que la mortalidad debió afectar a «sólo» el 15 % de la población, lo que reduciría la cifra considerablemente a unos 80 ó 90.000 fallecidos, que en cualquier caso, es elevadísima.

Independientemente del total, el caso es que la cifra resulta aterradora, pero tampoco es imposible de creer, sobre todo si la comparamos con los efectos de otras epidemias mortíferas que afectaron a toda Europa, como la terrible peste negra entre 1347 y 1349, que se estima que acabó con un tercio de la población de todo el continente.

Sin duda, el porcentaje tan elevado para Constantinopla hay que buscarlo en el hecho de la gran concentración humana que suponía. El hacinamiento de la población dentro de la ciudad y la facilidad con la que se transmitía el contagio entre sus pobladores (muchos de los cuales vivían en condiciones miserables, con una total falta de higiene, y con una alimentación muy deficiente), explican los efectos devastadores de la epidemia.

No parece existir, evidentemente, ninguna explicación lógica, pero a veces el azar juega malas pasadas y parece que cuando sucede una catástrofe, los acontecimientos negativos se encadenan en una sucesión dramática. Es algo que ya hemos analizado en otras ciudades y en lo que, Constantinopla, no fue una excepción.

En plenos coletazos del final de la epidemia de peste, un fuerte terremoto sacudió a la urbe en el 543. No fue tan desastroso como otros anteriores, pero supuso el preludio de una serie de movimientos sísmicos que afectaron de lleno a la mayor parte del Mediterráneo oriental y trajeron como consecuencia la ruina de muchas grandes metrópolis.

En sólo quince años, Constantinopla sufrió siete seísmos devastadores, el último de los cuales provocó el derrumbe de la gran cúpula de Santa Sofía, que durante veinte años había sido la admiración de quienes la contemplaron.

Justiniano, a pesar de que tenía ya cerca de ochenta años no se arredró ante tantas adversidades.

Aunque era ya un anciano su voluntad era de hierro, y a pesar de la magnitud del desastre dio de nuevo órdenes para que se reconstruyera todo lo destruido, en especial para que la joya de la ciudad, la iglesia de Santa Sofía, volviera a lucir con todo su esplendor.

En el 563, la nueva cúpula estuvo terminada. No era tan atrevida ni tan elevada como la anterior, pues medía 56 metros de altura por 32 de diámetro, pero de su solidez da muestras el que catorce siglos y medio después podemos verla tal y como la levantaron, y aunque con el transcurso de tanto tiempo ha perdido buena parte de su brillo original, todavía resulta sobrecogedora su contemplación entre los oscuros muros del actual edificio.

Constantinopla no sólo era una ciudad admirable y hermosa tal y como la dejó Justiniano, sino que, al contrario que Roma, no era una metrópolis que viviera a costa de todo lo que se producía en su imperio. Es cierto que al igual que la antigua capital era un centro político, militar y religioso, pero, a diferencia de Roma, era también un centro económico de primera magnitud. Esto se debía a que no sólo era el nudo de las principales rutas marítimas y terrestres intercontinentales del comercio, sino que en ella existía una poderosa industria que abastecía al resto del mundo de joyería, tapices, vestidos de alta calidad, iconos religiosos, obras de arte de todo tipo, libros, orfebrería y numerosos productos de lujo de muchas clases.

Para completar este panorama, fue en época de Justiniano, hacia el año 550, cuando dos monjes nestorianos que habían visitado China trajeron camuflados en el interior de sus báculos (ya que estaba prohibido exportarlos bajo pena de muerte) unos capullos de gusanos de seda, que permitieron que el cultivo de esta fibra se extendiera por toda Europa y de los que parece derivar toda la producción sedera posterior en este continente.

Sea o no sea cierta esta leyenda, lo que sí está comprobado es que fue en este momento cuando se reactivó la antigua Ruta de la Seda que ya había estado en funcionamiento durante la época romana. Esta ruta enlazaba Chang An, la capital de la China gobernada por la dinastía Tang, con Constantinopla, y a ella haría referencia siete siglos después uno de los viajeros más famosos que han existido en todos los tiempos, el veneciano Marco Polo.

DEL APOGEO A LA DECADENCIA: LOS PRIMEROS GRANDES ASEDIOS

A pesar de todas las desgracias sufridas, cuando Justiniano murió en el 565, Constantinopla se encontraba en la cumbre de su poder y de su belleza. Era en ese momento una de las ciudades más esplendorosas y monumentales que probablemente haya existido en todos los tiempos. Pero a partir de ese instante, aunque todavía continuó siendo durante más de seis siglos la fascinante reina de Oriente, su crecimiento se estancó y, poco a poco, se fue transformando internamente, descuidando y dejando languidecer muchos de sus monumentos, que fueron degradándose paulatinamente. El resultado final deparó que muchas construcciones de estilo clásico fueran sustituidas con el tiempo por otras que tenían un carácter exclusivamente religioso.

Los motivos que produjeron este proceso fueron varios. Por una parte, la estrategia de Justiniano de recuperar el antiguo Imperio romano de Occidente, lo que le llevó a embarcarse en numerosas guerras que consumieron los recursos humanos y económicos del Imperio bizantino. Por otra, debido a que se reactivaron las invasiones de los pueblos bárbaros (en esta ocasión eslavos, avaros, etc.), lo que obligó a pensar más en la propia seguridad de la ciudad y no en ambiciosas aventuras exteriores. En tercer lugar, porque de nuevo estalló una guerra contra los persas, que pronto adoptó una virulencia y una duración mucho mayor que todas las anteriores. Y, en cuarto lugar,

porque surgió un peligro enormemente más grande que todos los anteriores juntos, un peligro inesperado, porque procedía de un lugar marginal que nunca hasta entonces había dado problemas de ningún tipo, pero que cuando comenzó se demostró que poseía una fuerza y un ímpetu mucho mayor que cualquier otro de los que hasta entonces se habían experimentado en el ámbito bizantino. Era el islam.

A principios del siglo VII, apareció en la península de Arabia un profeta que predicaba una nueva religión, Mahoma. La mayor parte de las tribus árabes se unieron a él, y poco después de su muerte en el 632, los musulmanes estaban ya preparados para comenzar una de las mayores y más rápidas expansiones que se han visto en la historia.

En el escaso plazo de cuarenta años, sus ejércitos se plantaron ante las murallas de Constantinopla, pero durante cinco largos años todos sus ataques se estrellaron infructuosamente contra el muro de Teodosio.

Para conquistar la ciudad se necesitaba una poderosa marina, y los árabes todavía no habían desarrollado esta faceta bélica lo suficiente. Además, cuando más desesperada era la situación, un químico bizantino, Calínico de Rodas, inventó una extraña sustancia denominada *Fuego griego*. Este, cuya composición sigue sin conocerse bien en la actualidad, tenía la rara virtud de que en contacto con el agua ardía, y si el tubo por el que se lanzaba se dirigía adecuadamente contra el enemigo, su flota se incendiaba. Por ese motivo, el año 678 los musulmanes tuvieron que levantar el cerco a la ciudad, en vista de que era imposible asaltar sus murallas y que tampoco se podría lograr su rendición evitando que entraran alimentos en la misma.

Pero el islam siguió creciendo y expandiéndose, y no se dio por vencido en su empeño de conquistar la ciudad más poderosa del mundo cristiano, de manera que, en el 717, le pusieron cerco por segunda vez. En esta ocasión creían haber aprendido la lección, y construyeron una flota de guerra mucho mayor que la anterior. Sin embargo, sus esfuerzos volvieron a ser estériles. De nuevo el Fuego griego hizo estragos en la potente flota musulmana, y pese a que tanto esta como el ejército terrestre eran mucho más fuertes que en el intento anterior, la derrota fue tan completa que sólo un año después de iniciado el asedio, se vieron obligados a abandonarlo por segunda vez en sólo cuarenta años.

El islam aprendió por fin la lección, y ya no volvió a intentar aventura semejante hasta siete siglos después. La solidez que habían demostrado las murallas constantinopolitanas y los propios problemas internos de los musulmanes salvaron a Constantinopla. Pero no sólo salvaron a la ciudad y a su imperio, pues parece evidente que si la resistencia bizantina no se hubiera mantenido durante esos dos asedios y la ciudad hubiera capitulado, es más que probable que el islam hubiera penetrado en Europa por los Balcanes y en ese caso nadie podría haber impedido su expansión.

Los historiadores contemporáneos de Europa occidental tienen una acusada tendencia eurocéntrica, y por ello opinan que fueron los francos los que frenaron el avance del islam en la batalla de Poitiers en el 732. Pero esto no es verdad. Francia se hallaba muy alejada del núcleo principal del islam que por aquel entonces se encontraba en Damasco y en el Mediterráneo oriental. Constantinopla, por el contrario, se encontraba muy cerca de ese mismo centro y fue su resistencia a ultranza, y no una escaramuza con los lejanos francos la que impidió la derrota del cristianismo y la penetración de los musulmanes por todo el continente europeo. Es muy posible que sin la tenacidad bizantina y su firme voluntad de resistencia, la religión cristiana hubiese acabado desapareciendo para la historia y hubiese sido sustituida por la nueva religión que había predicado el profeta Mahoma.

Por si todos estos problemas fueran pocos, una vez levantado el segundo cerco musulmán,

estalló un nuevo y terrible enfrentamiento en el interior de Constantinopla que dividió radicalmente a la población de la ciudad y de todo su imperio.

Esta vez no se trataba de un enemigo externo contra el que había que combatir o parapetarse tras las murallas. Se trató de algo más abstracto, pero quizás a la vez más peligroso incluso. Fue un conflicto religioso el que dividió a los habitantes de la ciudad durante más de un siglo, un conflicto que causó una profunda división entre su población: la llamada *querella iconoclasta*, la lucha por la destrucción de las imágenes.

Tras la desaparición de la amenaza musulmana, la población de Constantinopla se dividió en dos grandes grupos: los que estaban a favor de la adoración de los iconos o imágenes (el clero en general y el pueblo más bajo o inculto) y los que estaban en contra (el emperador y las clases altas y medias más ilustradas). La querella se desarrolló durante más de un siglo (entre el 726 y el 843), y aunque no causó grandes daños en el patrimonio arquitectónico de la ciudad, sí que provocó la pérdida de buena parte de su patrimonio artístico y monumental. Y algo más. Durante más de cien años los esfuerzos de los ciudadanos se volcaron en dilucidar (en muchas ocasiones de forma violenta) quién llevaba más razón, y de ese modo se dejaron a un lado cuestiones como la de remozar la ciudad y la de renovar sus principales monumentos, que poco a poco comenzaban a desgastarse al experimentar el paso del tiempo.

Así pues, desde la muerte de Justiniano hasta el fin de la querella iconoclasta, Constantinopla pasó tres siglos de zozobra entre las agresiones de los bárbaros, persas, musulmanes e incluso entre la propia querella interna de la iconoclastia.

Tres siglos en los que los problemas exteriores superaron considerablemente a los interiores. La ciudad se volcó en protegerse contra los invasores, en mejorar sus defensas. Durante todo ese tiempo las Triples Murallas siguieron cumpliendo su cometido a la perfección. Pero tanto ataque y tanto asedio también acabaron cobrándose un precio, y cada vez era más necesario repararlas. Las murallas habían ido deteriorándose más con cada guerra que sufrían, con cada asedio que soportaban y era preciso mantenerlas siempre en perfecto estado dado que las amenazas nunca cesaban. Por eso, durante trescientos años, la mayor parte de los esfuerzos urbanos se centraron en la conservación y el perfeccionamiento de esos muros, tanto de los terrestres, como sobre todo de los marítimos que eran aparentemente más débiles.

Pero además de todas estas luchas y estos problemas, Constantinopla se había encontrado con un factor mucho más negativo. Con la expansión árabe, el imperio había perdido casi todos sus territorios y en concreto los más ricos (Egipto, Siria, Palestina, Cartago, etc.). Ya no llegaban apenas ingresos procedentes de los impuestos del exterior. Para colmo de males, los musulmanes se habían hecho con el control de las principales rutas comerciales, tanto de las terrestres como de las marítimas, y de esta forma se redujeron sustancialmente los pingües beneficios que el comercio había reportado antaño a las arcas imperiales.

Y al no haber dinero, tampoco había obras. El tesoro imperial se había reducido casi a la cuarta parte del que había en los mejores tiempos de Justiniano, y los gastos habían aumentado a consecuencia de las continuas guerras. Con esta situación, no es de extrañar que se abandonaran la mayor parte de las obras que hasta entonces se habían realizado para embellecer la ciudad o para dotarla de mejores infraestructuras y servicios.

En todo este tiempo no se construyó casi nada nuevo. Sólo se planteó una nueva obra de gran envergadura, y esta fue la construcción del palacio de las Cuatro Torres junto al sector amurallado de Blanquernas, donde desde hacía varios siglos ya existía una fuente y un santuario. A partir del 627, y en consonancia con los tiempos de crisis que se vivían, se inició la erección de esta fortificación que

con el paso del tiempo se acabaría convirtiendo en la residencia oficial de los emperadores bizantinos.

No hubo mucho más que reseñar, salvo obras de escasa importancia como el monumental Crisotriclinion o frecuentes reparaciones de iglesias y monasterios que empezaban a degradarse a consecuencia del paso del tiempo, como fue el caso de San Juan de Estudion.

Guerras, crisis y atonía constructiva y económica tuvieron también como consecuencia un considerable descenso en la población. Todavía antes del enfrentamiento con persas y musulmanes, se estimaba que tras la última recuperación a finales del siglo VI el volumen demográfico podía superar el medio millón de habitantes, e incluso acercarse a los 600.000.

Pero el siglo VII contempló guerra tras guerra, y esto provocó una fuerte despoblación de la ciudad. A finales del mismo es muy posible que el número de habitantes se hubiera reducido a la mitad de los que tenía una centuria antes, quizás incluso menos. Y esta tendencia continuó también durante el siglo VIII y la primera mitad del IX. Las estimaciones más fiables hablan de unos 200 ó 250.000 habitantes, pero hay incluso quien plantea el que después de tanta desgracia, la población de Constantinopla no superaba por esta época los 100.000 habitantes.

LA RECUPERACIÓN Y EL SEGUNDO AUGE

Pero desde mediados del siglo IX, la situación volvió a cambiar y en este caso fue para mejor. En los siguientes tres siglos y medio, Constantinopla experimentó un nuevo crecimiento. No era ya, en modo alguno, comparable al que había tenido durante sus tres primeros siglos de historia, pero al menos le permitió recuperar cierta parte de su antigua grandeza y de su monumentalidad. Y esta se hizo patente en muchas facetas como la económica, la cultural y la demográfica, aunque desgraciadamente, no lo fue tanto en la urbanística o arquitectónica.

La nueva situación existente (tranquilidad interior, decadencia exterior del mundo musulmán, etc.) favoreció la recuperación bizantina, algo que se plasmó en un nuevo crecimiento y mejora de Constantinopla. De este modo se reorganizó la universidad, lo que trajo consigo el fomento de la cultura, y se incrementó el comercio marítimo. Ese hecho permitió que, a partir del siglo X, venecianos, genoveses, pisanos, varegos (suecos) y rusos establecieran paulatinamente factorías comerciales en diversos barrios.

Esto hizo que de nuevo afluyera el dinero y la riqueza a la ciudad, pero aun así, jamás fue comparable a la situación que se vivió en tiempos de Justiniano y de sus predecesores. Se calcula que hacia el año 1000, en tiempos del emperador Basilio II, cuando el imperio se encontraba por segunda vez en pleno apogeo, el tesoro imperial no llegó nunca a almacenar más de 100 toneladas de oro (o lo que es lo mismo, 14.400.000 de *solidi*) en su momento de mayor auge.

Y no sólo la riqueza ya no era la misma, sino que cuando esta se invertía en mejorar los diversos aspectos de la ciudad no se destinaba a la construcción de obras civiles o militares como antaño, sino a mejorar las ya abundantes dotaciones religiosas de que disponía la urbe.

Así, por ejemplo, durante el reinado del ya mencionado Basilio II (963-1025) se fundaron al menos cuarenta monasterios. Su número total era ya de unos 300, es decir, más de diez veces los que había cinco siglos antes.

También se construyeron nuevas iglesias como la de Myrelaion, la Santísima Trinidad, la de San Juan Bautista de Lips, la de Jesucristo en Buyuk Aya, San Jorge, San Salvador en Chora, la del Cristo Pantepoptes, la del Cristo Pantocrator y otras muchas más.

Durante este período entre el siglo IX y el XII, se le dio un nuevo impulso a la construcción o

reforma de los palacios imperiales, así se edificaron el de Bucholeon, Botaneiates o el de los Porfirogenetas, y se remozó totalmente el de Blanquernas con nuevas dependencias entre 1081 y 1185. Eso provocó que los emperadores cada vez hicieran más vida en él y fuesen abandonando paulatinamente el Gran Palacio Imperial que construyera Constantino y que por tantas vicisitudes había pasado a lo largo de su historia.

Las murallas fueron el tercer elemento arquitectónico sobre el que se centró la atención durante estos siglos. Constantinopla era una ciudad que albergaba en su interior enormes riquezas y estas despertaban inevitablemente la codicia de todos aquellos que estuvieran dispuestos a escalar sus muros para conseguirlas.

Búlgaros, rusos y sarracenos, entre otros muchos, lo intentaron en numerosas ocasiones pero sin conseguirlo. Las Triples Murallas demostraban una y otra vez su tremenda fortaleza e impedían que nadie no deseado pudiese entrar en la inexpugnable ciudad.

Pero tanto ataque también se cobraba su rédito. Para mantener las murallas en buen estado era necesario invertir continuamente elevadas cantidades que garantizaran su seguridad. Entre los años 716 y 994 fueron reparadas cinco veces casi por completo, y estas reparaciones también se extendían, evidentemente, al amplio perímetro de las murallas marítimas que con el paso del tiempo habían mejorado también sustancialmente.

Dejando a un lado murallas, iglesias y palacios, el conjunto urbano de la ciudad no experimentó, sin embargo, grandes transformaciones, aunque es muy probable que al hilo del desarrollo económico se produjera también un incremento demográfico. Así se calcula que hace mil años la población podía de nuevo volver a superar el medio millón de habitantes. Incluso hay autores que defienden la elevada cifra de 800.000, pero esto parece sin duda una clara exageración.

Después de alcanzar este máximo, la población empezó a disminuir paulatinamente entre los siglos XI y XII, pero aun así se estima que en este período debió fluctuar entre los 200.000 y los 400.000 habitantes, por lo que era incomparablemente la ciudad más rica y poblada de toda Europa.



Lienzo y torres de las Triples Murallas en el sector de Blanquernas. Aquí fue donde se ubicó el palacio imperial tras las destrucciones de 1204.

Y también la más prodigiosa a los ojos de sus contemporáneos. Cuando a finales del siglo XI llegaron grandes masas de harapientos y sucios europeos procedentes de la parte occidental del continente camino de Jerusalén, en lo que posteriormente sería conocida como la Primera Cruzada,

estos visitantes se quedaron boquiabiertos al ver una ciudad en la que el lujo y el refinamiento campaban en muchas de sus iglesias, mansiones y palacios. Para ellos resultaba de lo más sorprendente (y también de lo más pecaminoso) el que las personas ricas se bañasen todos los días y que emplearan para comer un artilugio al que denominaban tenedor, cuando todo el mundo en el resto de Europa utilizaba sus mugrientos dedos para coger los alimentos.

Pero no sólo era la codicia el sentimiento que estas maravillas despertaba entre los franceses, italianos, alemanes, flamencos, etc. que las contemplaban. Había algo que suscitaba todavía más envidia y más recelos entre unos y otros.

Desde el siglo V, el patriarca de Constantinopla mantenía una pugna con el obispo de Roma (el papa) por demostrar quién era la cabeza visible de la cristiandad. Durante toda aquella época, Constantinopla era una ciudad poderosa, rica y con una elevada población. Por el contrario, en la Alta Edad Media, Roma sólo era un montón de ruinas que testimoniaban su pretérita grandeza, pero que estaban completamente abandonadas salvo en una reducida parte de lo que había sido una gran ciudad, en la que se refugiaba el pontífice tras las murallas del Vaticano. No era posible, por tanto, que pudiera existir comparación alguna entre ambas urbes por la cabeza de la cristiandad. Una decadente Roma, no podía pretender competir con una floreciente y culta Constantinopla.

Pero a finales del siglo VIII la situación empezó a cambiar. En el reino franco, la dinastía Carolingia subió al trono, y en el año 800 su principal monarca, Carlomagno, fue coronado como emperador por el papa en la antigua basílica de San Pedro.

Por esa época, la corona imperial bizantina estaba en manos de una mujer atractiva, pero también cruel y con pocos escrúpulos que, entre otras acciones, había dado la orden de cegar a su propio hijo: la emperatriz Irene. El hecho de que una mujer estuviera al frente del trono imperial era algo que los atrasados y machistas europeos occidentales no podían aceptar. El Derecho heredado de los pueblos bárbaros (la denominada Ley Sálica) consideraba ilegal que una mujer pudiera asumir la corona imperial. De este modo comenzó el enfrentamiento político entre la parte occidental y oriental de Europa. Pero como para los parámetros de la época ambos territorios estaban muy alejados para que se produjera un enfrentamiento militar directo entre ambos, este acabó derivando, de momento, hacia un conflicto exclusivamente religioso.

Así, entre los siglos IX y XI, los papas de Roma (Nicolás I y León IX) y los patriarcas de Constantinopla (Focio y Miguel Cerulario) se excomulgaron mutuamente proclamándose cada uno de ellos como el verdadero y único jefe de toda la cristiandad. Apareció lo que se llama el *Cisma de Oriente*, dividiendo a los cristianos entre católicos (los que seguían al papa de Roma) y ortodoxos (los que apoyaban al patriarca de Constantinopla). Este abismo religioso se fue haciendo cada vez más grande y más virulento, enconándose las posturas entre uno y otro bando y creando continuos rencores y odios que no tardaron en cristalizar de forma dramática.



Constantinopla a vista de pájaro en su momento de mayor esplendor. En primer plano puede observarse la monumentalidad del denominado *Distrito imperial*.

LA CATÁSTROFE: LA CRUZADA DE 1204 Y LA DESTRUCCIÓN DE CONSTANTINOPLA

En 1204, varios miles de caballeros cruzados se dirigían por cuarta vez hacia los Santos Lugares con el objetivo de recuperar la ciudad santa de Jerusalén, que había caído de nuevo en manos musulmanas.

Su recorrido pasaba, como casi siempre era lo habitual, por Constantinopla, pues era allí donde la distancia por mar era menor, y donde podrían encontrar abundantes provisiones y naves que los ayudaran a atravesar los centenares de metros que separaban a la orilla asiática de la europea a través del Bósforo.

Cada vez que una muchedumbre semejante se acercaba a la ciudad, los emperadores recibían a sus jefes máximos (que en muchas ocasiones fueron los propios reyes o emperadores occidentales) y consentían que sus mesnadas acamparan extramuros para garantizar así la seguridad de sus vecinos. Pero cuando, en 1204, los cruzados llegaron a Constantinopla se encontraron con que la ciudad estaba inmersa en el enfrentamiento entre dos facciones, cada una de las cuales defendía un candidato al trono (llamados de igual modo, Alejo, pero con el numeral III y IV, respectivamente).

Al ser derrotado Alejo IV se le ocurrió una idea suicida para recuperar el cetro. Consiguió que algunos de sus partidarios abrieran desde el interior una puerta de la muralla para que penetraran en la ciudad miles de cruzados, a los que previamente había convencido para que lucharan en su favor y le devolvieran la corona, a cambio de lo cual les prometía una elevada recompensa. Así sucedió. Los cruzados penetraron subrepticamente y sin apenas derramamiento de sangre en la ciudad, se dirigieron al Palacio Imperial, lo asaltaron liquidando a la guarnición que lo defendía y proclamaron emperador al candidato que los había contratado.

Pero cuando este acudió al lugar donde se custodiaba el tesoro imperial que en otras épocas había sido inmenso, se encontró con que allí no quedaba nada con que pagar a los mercenarios que lo habían aupado al trono. Su antecesor se había llevado todas las riquezas y allí no había dinero para saldar la deuda con los cruzados. Cuando estos se enteraron de que su esfuerzo había sido gratuito y

de que el emperador sólo podía darles las gracias y poner barcos a su disposición para que se marcharan de allí y continuaran su ruta hacia los Santos Lugares, la ira de los cruzados estalló contra el nuevo emperador y contra los que consideraban taimados bizantinos, que según su parecer, los habían engañado burlándose de ellos.



Entrada y saqueo de Constantinopla por los caballeros de la cuarta Cruzada en 1204, según un dibujo de Gustavo Doré.

No tuvieron que pensarlo dos veces, se encontraban en el interior de una ciudad riquísima, que había estado acumulando joyas y bienestar durante casi novecientos años, y ahora tenían todas esas riquezas a su disposición. No tenían por tanto más que tomar lo que tenían a mano, lo que se les había prometido, y de esa forma se les saldaría su deuda.

El problema es que no sólo se contentaron con eso, sino que durante los tres días que siguieron al 12 de abril de 1204, los cruzados procedieron no sólo al mayor saqueo de reliquias y objetos artísticos que tuvo lugar durante toda la Edad Media, sino también, por desgracia, a la destrucción de una de las ciudades más hermosas que han existido durante todos los tiempos.

Durante este salvaje saqueo, no sólo fueron violadas, torturadas o asesinadas varios miles de personas, sino que se procedió a una destrucción sistemática y carente de todo sentido de la mayor

parte de sus monumentos.

El Gran Palacio Imperial fue arrasado casi hasta sus cimientos, por lo que tuvo que ser definitivamente abandonado por los siguientes gobernantes, dada la imposibilidad de reconstruirlo o de vivir entre sus ruinas.

La basílica de Santa Sofía fue despojada de todos sus ornamentos y se utilizó durante un tiempo como cuadra para las caballerías o incluso como prostíbulo. Las iglesias fueron expoliadas de sus riquezas y algunas salvajemente dañadas como la de los Santos Apóstoles o la de Sergio y Baco. Los monasterios, en particular el de San Juan de Estudion y San Salvador en Chora, quedaron tan maltrechos por la barbarie cruzada que nunca llegarían a recuperarse totalmente. Los sacerdotes fueron torturados brutalmente y buena parte de los mismos murieron de forma cruel.

Constantinopla era probablemente la ciudad más rica en reliquias de todo el mundo cristiano. Todas ellas fueron saqueadas o se perdió su pista para siempre: la corona de espinas de Cristo, la Sábana Santa o Sindone, que había llegado un par de siglos antes a la ciudad, el manto de la Virgen, etc. Todas desaparecieron para «reaparecer» años después en Europa occidental.



Dibujo medieval que representa a Constantinopla y la entrada al Cuerno de Oro. En primer plano llama la atención la gran cadena que cerraba el paso al interior del Cuerno de Oro.

El hipódromo fue definitivamente abandonado y cayó paulatinamente en el olvido. La mayor

parte de los barrios fueron incendiados y quedaron posteriormente deshabitados y completamente arruinados.

Pero por encima de todas esas brutales destrucciones, lo peor de todo fue la trágica obra que llevó a cabo el fuego. Hasta ese momento, el único lugar del mundo donde se conservaba casi intacta la mayor parte del legado cultural de la antigüedad clásica eran las diferentes bibliotecas que había en Constantinopla. Tras el incendio de la biblioteca de Alejandría y tras la desaparición de la mayor parte de los pergaminos que se conservaban en los diferentes archivos del mundo occidental como consecuencia de los desmanes de los pueblos bárbaros, sólo en la parte oriental del Imperio bizantino se conservaba en alguna medida la herencia de este legado. Pero con el avance del islam, buena parte del mismo se había perdido también. A comienzos del siglo XIII, sólo Constantinopla albergaba los restos de la herencia cultural del mundo clásico.

El incendio de 1204 hizo que ese legado desapareciera para siempre, de ahí que hoy día, aunque conocemos el nombre de muchas obras que se realizaron en época griega y romana, no conservemos casi nada de lo que entonces se escribió. Sólo en el mundo árabe se consiguió salvar una pequeña parte del corpus de ese conocimiento, pero de forma muy incompleta. Esa pequeña parte es la única que prácticamente ha llegado hasta nosotros a través de al-Ándalus y de los renacentistas italianos.

Entre tanta tragedia y tanta destrucción hubo sin embargo quien se benefició. Los franceses, que constituían la mayor parte del ejército cruzado, obtuvieron un botín fabuloso que posteriormente malvendieron en su país. Venecia y otras ciudades italianas se llevaron de Constantinopla todo cuanto pudieron. De hecho, hoy día, el grupo escultórico de los Tetrarcas o el de los cuatro caballos de bronce del hipódromo, pueden contemplarse en la plaza de San Marcos de esa ciudad.

A cambio de todo esto, Constantinopla quedó herida de muerte. La población que pudo salvarse de la matanza huyó en su mayor parte de las ruinas y fueron muy pocos los que regresaron. Hay quien calcula en 200.000 el número de personas que vivían antes del saqueo y, según esas mismas fuentes, después de esas terribles jornadas no quedaron más de 35.000 habitantes en la ciudad.

Los nuevos amos de Constantinopla la dejaron tan desmantelada que ni siquiera disponían de un lugar adecuado donde ubicar la sede de su gobierno. Dado que, como se ha dicho, el Palacio Imperial había prácticamente desaparecido, tuvieron que marcharse a la periferia, al de Blanquernas, junto al recinto amurallado, que aunque había resultado dañado podía reconstruirse sin grandes dificultades.

Tan destruida había quedado la ciudad que los genoveses decidieron abandonar aquellas ruinas y se instalaron en el suburbio de Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro, también llamado Pera. Allí, en 1348, levantaron una gran torre que sirviera tanto de vigía, como de faro, como de fortaleza, era la torre de Gálata, que originalmente tenía 67 metros de altura, aunque en la actualidad sólo conserva cincuenta y tres.

LA AGONÍA FINAL DE CONSTANTINOPLA

Durante más de medio siglo, los caballeros cruzados crearon el Imperio latino de Constantinopla, llamado así porque fueron las lenguas derivadas del latín las que sustituyeron al griego como la lengua oficial del mismo. Pero, a partir del año 1261, nuevas dinastías de origen griego se hicieron de nuevo con el control de la ciudad y de su cada vez más reducido imperio.

A lo largo de los dos últimos siglos de su historia, Constantinopla experimentó una breve e incompleta recuperación. Su población creció hasta volver a acercarse a los 100.000 habitantes en determinadas ocasiones, aunque sin llegar a superar esa cantidad.

El comercio se reactivó ligeramente, pero había quedado totalmente bajo el control de los occidentales, en especial de los italianos. Además, surgieron otras ciudades como El Cairo que se convirtieron en el centro del comercio por el Mediterráneo y hacia Oriente, sustituyendo a la decadente Constantinopla.

Sólo en un aspecto favoreció indirectamente a la ciudad la tragedia vivida en 1204. Aunque había sido destruida casi por completo, los materiales de los antiguos edificios romanos seguían ahí, ennegrecidos y muy dañados, pero todavía las grandes piedras y sillares permanecían esparcidas por aquí y por allá.

Y pronto se les busco una utilidad. Constantinopla había perdido su comercio, su riqueza, su cultura, sus monumentos... pero no su religión. Y tras la expulsión de los *latinos*, la Iglesia bizantina ortodoxa se hizo de nuevo con el poder religioso en la ciudad, apoyando a las dinastías de origen griego que entre los siglos XIII y XV la gobernaron.

La Iglesia aprovechó una parte de todo este material desperdigado y lo utilizó para levantar nuevas construcciones religiosas como fueron la Theotokos Kyriotissa o Nuestra Señora Madre de Dios, la Theotokos Panachrantos, la de Santa María de los Mongoles, y se remodeló y prácticamente se reconstruyó el monasterio de San Salvador en Chora, así como el de Panagria Camarotissa.

También se acarrearón materiales para restaurar los dos palacios imperiales, el de Tekfur, también llamado de los Porfirogenetas, y el de Blanquernas, última sede de los emperadores.

Pero la mayor parte de la ciudad seguía vacía y en estado de semiabandono. Entre las ruinas comenzaron a aparecer campos sembrados y huertos. El espacio intramuros permanecía en su mayoría sin construir entre montones de cascotes y escombros.



Dibujo que representa con gran espectacularidad la toma de Constantinopla por los ejércitos turcos en mayo de 1453.

Constantinopla languideció durante dos siglos y medio, pero en este largo espacio de tiempo, un nuevo pueblo estaba empezando a construir un gran imperio justo en la península existente frente a Constantinopla, la de Anatolia.

Los turcos, de religión musulmana, bajo la nueva dinastía otomana, comenzaron a expandirse a costa del que había sido el antiguo Imperio bizantino. Con el tiempo, sus tropas pasaron al continente europeo y se extendieron por los Balcanes y la península griega.

Pero Constantinopla seguía a salvo. Su fama de ciudad inexpugnable, las todavía recias y poderosas Triples Murallas o la inseguridad de los propios turcos en atacarla, fueron las que hicieron que de momento quedara al margen de las feroces contiendas de la época.

En 1394, los turcos llevaron a cabo un primer amago de conquistar la ciudad, pero fracasaron. Ocho años después lo volvieron a intentar, pero cuando parecía que Constantinopla iba a caer en manos no cristianas, apareció un inesperado enemigo a espaldas de los turcos, los tártaros de Tamerlán, que les infringieron tal derrota que estos dejaron de preocuparse durante varias décadas por Constantinopla mientras restañaban sus heridas.

Los habitantes de la ciudad eran conscientes de que se habían salvado por mero azar, y que sólo era cuestión de tiempo que los turcos, o cualquier otro enemigo, volviera a aparecer ante sus murallas con el objetivo de tomarla. Por ello decidieron prepararse para cuando este momento llegara. Se dedicaron a reparar y a fortificar las murallas que durante este último período habían quedado bastante descuidadas. Tendieron una gigantesca y larga cadena de hierro a lo largo del Cuerno de Oro, entre el barrio de Pera y la propia ciudad, para impedir el acceso por mar a este puerto interior de la misma.

Dado que la población había menguado considerablemente (se calcula que a mediados del siglo xv no debían de quedar más de 50.000 personas en el interior de sus murallas) solicitaron vehementemente la llegada de más refuerzos, para lo que enviaron embajadas por toda la cristiandad pidiendo ayuda.

Y probablemente tales medidas hubieran sido suficientes de no ser porque la tecnología militar estaba evolucionando sustancialmente. Durante más de once siglos, Constantinopla había resistido al menos veintidós grandes asedios, además de otros muchos ataques de menor envergadura. Pero hasta entonces, los únicos medios de que se disponía para expugnar una ciudad eran las torres de asalto, los arietes, las catapultas, las ballestas o las escalas para los muros. Estas tácticas jamás habían dado sus frutos ante un obstáculo tan insalvable como las Triples Murallas y ante la decidida voluntad de sus habitantes.

Pero en el siglo XIII, un nuevo pueblo asiático se puso en marcha, los mongoles de Gengis Kan, que conquistaron China, donde descubrieron un explosivo que habían inventado los chinos siglos antes: la pólvora. Aprendieron a utilizarlo, y aunque todavía no estaba muy perfeccionado su uso, les sirvió para atacar las ciudades y ayudar a conquistarlas. Los musulmanes, que sufrieron directamente en sus carnes la furia de los mongoles, conocieron la nueva arma, la copiaron y la trajeron a Europa. Poco a poco, el uso de la pólvora se fue perfeccionando y con su aplicación al tren de artillería quedó verdaderamente demostrada su eficacia.

A mediados del siglo xv ya existían fundiciones importantes en Europa que fabricaban grandes cañones. Por esa fecha, el sultán turco Mehmet (también conocido como Mohamed II) el Conquistador, decidió que ya era hora de ponerse en acción y tomar la ciudad, con el evidente objeto de que esta pasase definitivamente a manos del islam. Para conseguirlo, reunió un gigantesco ejército de unos 165.000 hombres (aunque otras fuentes lo reducen a la mitad) y mientras preparaba el sitio, ordenó que se construyeran dos cañones descomunales con los que se pudiese abatir las murallas.

Un ingeniero llamado Orban se encargó de su diseño y fundición. Cuando quedaron terminados, se convirtieron en las piezas de artillería más formidables que habían existido hasta entonces en el mundo. Y de hecho no serían superados hasta que los alemanes fabricaron el mortero llamado *Gran*

Berta durante la Primera Guerra Mundial, cuatro siglos y medio después.

Se trataba de dos grandes tubos metálicos de 7,36 metros de largo, 3,5 de diámetro y un peso de 49 toneladas. Para su manejo eran necesarios 450 hombres y 60 yuntas de bueyes, y sin embargo sólo eran capaces de disparar siete balas de piedra al día, ya que de lo contrario podían reventar. Claro que estas balas estaban fabricadas con piedra de granito y tenían un peso de unos 680 kilos. Los cañones eran capaces de impulsarlas a una distancia de 2 kilómetros, suficiente para llegar a las tres líneas de la muralla.



Los gigantescos cañones mandados fundir por Mehmet el Conquistador fueron fundamentales para la conquista de Constantinopla.

Cuando estuvieron listos, Mehmet dio orden de disparar los cañones contra las murallas, y, durante más de un mes, las enormes bolas de granito fueron abriendo poco a poco brechas en las mismas. Aun así, los escasos nueve mil defensores que cubrían los 19 kilómetros de muralla no se rendían.

Mehmet, desesperado ante la resistencia, decidió aumentar la cadencia de los disparos, hasta que uno de ellos reventó matando a todos cuantos se encontraban a su alrededor, incluido el propio Orban. Pero el otro cañón continuo machacando los muros del sector de la puerta de San Román (llamada por los turcos Topkapi). Una vez que la brecha abierta resultó lo suficientemente amplia, Mehmet dio la orden del asalto final.

El 29 de mayo de 1453, los turcos se precipitaron hacia el interior de la ciudad por esa brecha y resultaron incontenibles. El propio emperador bizantino, Constantino XI, murió rodeado por sus hombres intentado impedir inútilmente el paso a los invasores.

Constantinopla cayó con rapidez en manos otomanas y, poco después, Mehmet entró a lomos de su caballo en el interior de Santa Sofía, a la que convirtió inmediatamente en mezquita musulmana, y ordenó construir los alminares que todavía hoy la rodean.

La ciudad revivió las jornadas de 1204, pero ahora quedaba mucho menos por saquear y por destruir. Aun así, la iglesia de los Santos Apóstoles y otros muchos monasterios y lugares de culto

fueron incendiados y destruidos. La población fue masacrada o vendida como esclava. El palacio de Blanquernas sufrió enormes desperfectos y, en general, casi toda la ciudad se vio dañada, aunque ya no permanecían en pie la mayor parte de sus antiguos monumentos.

LA ESTAMBUL DE LOS SULTANES TURCOS OTOMANOS

Los turcos contemplaron las ruinas de la ciudad y comprendieron que no quedaba mucho que se pudiera aprovechar de la misma. Por eso tomaron la decisión de reconstruirla prácticamente desde sus cimientos y crear así una nueva y brillante urbe.

Rápidamente se pusieron a la tarea y, en pocos años, la antigua Constantinopla había cambiado su fisonomía a gran velocidad. Esto sucedía de una forma tan radical, que incluso el propio nombre de la ciudad de Constantino comenzó a perderse.

A finales del siglo xv ya casi nadie lo utilizaba, por lo que cuando alguien viajaba hasta ella solía pronunciar la frase en griego de *Is tan polis*, que equivalía a ‘Voy a la ciudad’. Parece ser, que de la corrupción de esa frase deriva el nombre con el que actualmente la conocemos: Estambul.

Los turcos la transformaron completamente, sobre la iglesia de los Santos Apóstoles se construyó la mezquita de Fatih Camii; la mezquita Azul se levantó sobre los restos del dismantelado hipódromo; la de Bayaceto lo hizo sobre el foro de Teodosio; la Sulemainiya sobre el Augusteion; la de Ahmed sobre el antiguo Palacio Imperial; el Serrallo sobre las termas de Arcadio y sobre la iglesia de Hodegetria o de la Madre de Dios... Y así se podría seguir con una larga lista de monumentos desaparecidos y sustituidos a su vez por otros contruidos entre los siglos xv y xvii.

No es este libro el lugar destinado para hablar de las ciudades modernas, y por tanto de Estambul, pero la historia de la Constantinopla medieval no quedaría completa sino ofrecemos una breve pincelada de la ciudad de Estambul durante los últimos cinco siglos y medio.

Desde un primer momento quedó claro que el objetivo de los sultanes turcos era transformar a la antigua Constantinopla en el centro de su imperio y en la metrópolis más poderosa del mundo de su tiempo. Tardaron un par de siglos en conseguirlo, pero a finales del siglo xvii, Estambul volvió a convertirse durante algunas décadas en la ciudad mas poblada de todo el planeta.

Y no sólo destacó por su gran volumen de población, por su poder político o por las enormes riquezas que de nuevo albergó en su interior, sino también porque se emprendió una poderosa transformación urbana que la convirtió en un conjunto monumental que apenas si admitía comparaciones con otras grandes ciudades.

Ya en la segunda mitad del siglo xv se iniciaron las primeras grandes obras como el Bedestán o Gran Bazar, una enorme construcción con mas de mil tiendas en su interior que aun hoy día le dan un carácter laberíntico y abigarrado.

La conquista de Egipto por el sultán Selim en 1517, implicó el traslado de muchos tesoros que se hallaban en aquel país (en este caso concretamente todo lo relacionado con las reliquias del profeta Mahoma: parecía un sino de la ciudad albergar en cada momento los símbolos de la religión triunfante) y el traslado de la sede del califato desde El Cairo hasta Estambul, en donde se mantendría hasta 1923.

Selim ordenó también que una buena parte de la población cairota fuera transferida a Estambul como castigo a su resistencia contra los otomanos. De esta forma, la ciudad experimentó un crecimiento demográfico que ya era apreciable desde su caída en manos turcas.

Los 50.000 descendientes de griegos que había en época bizantina fueron expulsados en su

mayoría y el vacío lo llenaron gentes llegadas de todas las partes del imperio. Veinte años después de la conquista ya habían llegado unos cien mil pobladores. A principios del siglo XVI ya eran unas 200.000 las personas que vivían en Estambul, y a mediados de ese mismo siglo la población ya rondaba el medio millón.

La causa de este espectacular crecimiento fue la propia evolución del Imperio turco durante la época del más poderoso de sus soberanos, Solimán el Magnífico (1520-1566), durante cuyo reinado los otomanos se extendieron aún más por los tres continentes y a su capital llegaban las riquezas y los impuestos que se cobraban a sus súbditos.

Solimán tuvo además la enorme fortuna de contar con uno de los más grandes arquitectos de todos los tiempos, Sinán. Este, a lo largo de su dilatada vida que duró casi todo el siglo XVI, se dedicó a embellecer la ciudad con todo tipo de monumentos, en especial las mezquitas, que proliferaron en esta época como preciosos ejemplos del arte otomano. Entre ellas caben destacar las del Príncipe, la Sulemainiya, la de Rustam Pashá, la Nueva, la Azul o la de Atik Valide. Sinán no sólo construyó mezquitas, sino que su genio se desplegó en embellecer Estambul con todo tipo de obras de características muy heterogéneas: acueductos como el de Maglova, puentes como el de Buyuk Çekmece, etc. Para ello reutilizó, como antes mencionábamos, los materiales procedentes de edificios de la antigua Constantinopla grecorromana, que de este modo fue prácticamente desmantelada para la posteridad, hasta el punto de que hoy día resulta difícil encontrar en la urbe restos que sean representativos de su esplendoroso pasado clásico, salvo algunos como el acueducto de Valente, las cisternas o Santa Sofía, por ejemplo.



La mezquita Azul fue construida por el arquitecto Sinán en el siglo XVI. Es uno de los monumentos más representativos del Estambul de los sultanes otomanos.

En las últimas décadas del siglo XVII, Estambul vivió el segundo auge de su historia. En ese momento pudo llegar a alcanzar entre 680.000 y 800.000 habitantes, según las diferentes estimaciones. Era, probablemente, la mayor ciudad del mundo, honor con el que quizás solamente podía competir la capital china, Pekín.

Pero a partir del siglo XVIII, Estambul comenzó a experimentar un acusado decaimiento paralelo

al declive del propio Imperio turco. A principios del XIX su población se había vuelto a reducir a poco más de medio millón de habitantes, y además experimentó una serie de terremotos e incendios que fueron acabando paulatinamente con los acueductos, monasterios, columnas e incluso con las ya obsoletas Triples Murallas, que se derrumbaron hasta hacerse casi irreconocibles en la mayor parte de su recorrido.

Durante los últimos siglos, no obstante, Estambul ha ido recuperando población poco a poco hasta convertirse hoy día en la mayor metrópolis europea con unos nueve millones de habitantes y una aglomeración que oscila entre 14 y 18 millones según las diferentes estimaciones.

Por fortuna, la moderna Estambul, que perdió su condición de capital en la nueva república turca fundada en 1923, ha comprendido también la importancia que tiene la conservación y el legado de la antigüedad que todavía mantiene a duras penas, y en el último medio siglo se han emprendido políticas de restauración para recuperar este legado monumental.

Después de casi 2.700 años, tres nombres distintos y dos momentos en los que ha sido la concentración urbana más grande del mundo, Estambul se recupera y muestra el perfil de la que es una de las ciudades más hermosas que existen actualmente.

Las ciudades islámicas: Bagdad y El Cairo

BAGDAD

La fundación del Bagdad circular de al-Mansur

Durante la Edad Media, el fenómeno urbano alcanzó una gran importancia en los territorios ocupados por la civilización islámica o musulmana. El origen de esta hay que buscarlo en el siglo VII, época en la que vivió en Arabia un profeta llamado Mahoma. Fue él quien predicó una nueva religión, el islam. Sorprendentemente, en el curso de pocos años, el islam se expandió con una rapidez increíble, y en el año 637 los musulmanes, es decir, los seguidores de esa nueva religión, se habían hecho con el control de Mesopotamia.

Al contrario de lo que sucedía en la Europa de aquel tiempo, la civilización islámica se basó en una red de grandes ciudades, desde las que controlar el territorio. Así, desde los primeros tiempos, los califas o sucesores del profeta, se asentaron en una gran ciudad desde la que gobernar sus dominios: La Meca en Arabia o Damasco en Siria fueron las primeras, y desde ellas se dirigieron los destinos de las tropas musulmanas que extendían la nueva religión por el mundo de su tiempo.

En el año 750 se produjo un enfrentamiento entre dos facciones rivales dentro del islam. La familia de los abasíes derrotó a la de los omeyas, en quienes desde hacia casi un siglo recaía el califato. La derrota omeya fue total, y los abasíes aprovecharon la situación para hacerse con las riendas del imperio musulmán.

La idea de los abasíes era cambiar radicalmente la situación vivida hasta entonces con los omeyas, y de esa forma emprendieron importantes reformas destinadas a revitalizar el mundo islámico que, aunque estaba todavía en la cumbre de su poder, parecía empezar a dar síntomas de agotamiento, como bien pudimos comprobar en el capítulo anterior, al fracasar los dos asedios contra Constantinopla.

El afán abasí por cambiar se hizo patente en muchos ámbitos y, entre otros, en el urbano. La ciudad siria de Damasco había sido durante un siglo la capital del mundo musulmán y, para los abasíes, una forma de demostrar que una nueva dinastía se había hecho con el poder era hacerlo creando también una nueva capital.

En un principio, los abasíes proclamaron a la ciudad mesopotámica de Kufa como capital, ya que era en aquella zona donde habían obtenido su mayor apoyo en la lucha contra los omeyas. Pero Kufa era una ciudad poco importante, y los abasíes eran conscientes de la necesidad de contar con una gran metrópolis como lugar de residencia. Una ciudad digna de unos poderosos soberanos que

mostrara su grandeza y su esplendor a todo el mundo, que les hiciera más importantes y más admirados entre los seguidores de la fe musulmana.

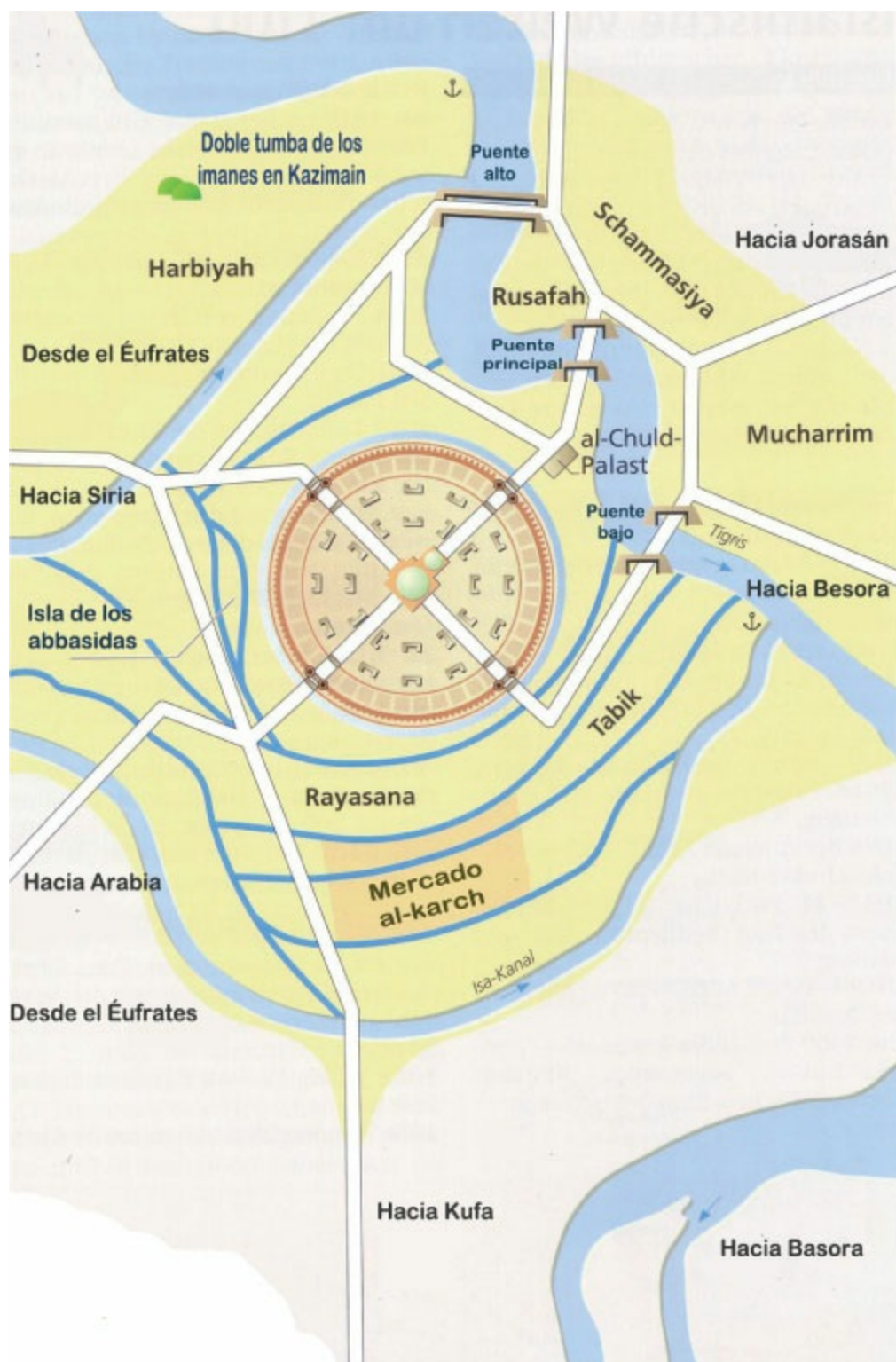
El nuevo califa al-Mansur inició la búsqueda del lugar adecuado, y se fijó, cómo no, en la tierra que durante cuatro milenios había albergado a las ciudades más grandes y espectaculares de la historia, la vieja Mesopotamia y, más concretamente, la zona central de la misma, allí donde el Tigris y el Éufrates casi unen sus cursos. Se trataba de un emplazamiento estratégico, pues era la intersección por la que pasaban las caravanas comerciales que unían las rutas que iban de oriente a occidente. Era también una vasta llanura muy fértil que, con un adecuado cuidado de la red de canales que la abastecían de agua, podía dar alimento a muchos miles de personas.

Al-Mansur buscó el sitio exacto y lo encontró a orillas de Tigris, en un punto muy próximo a donde anteriormente se habían ubicado Seleucia y Ctesifonte, un lugar en el que abundaban los manantiales y en el que la tierra ofrecía sus frutos abundantes a quienes la trabajaban. En el año 758 al-Mansur reunió en aquel territorio a sus ingenieros, agrimensores e incluso a artistas, para que planificaran y diseñaran la que iba a ser su capital.

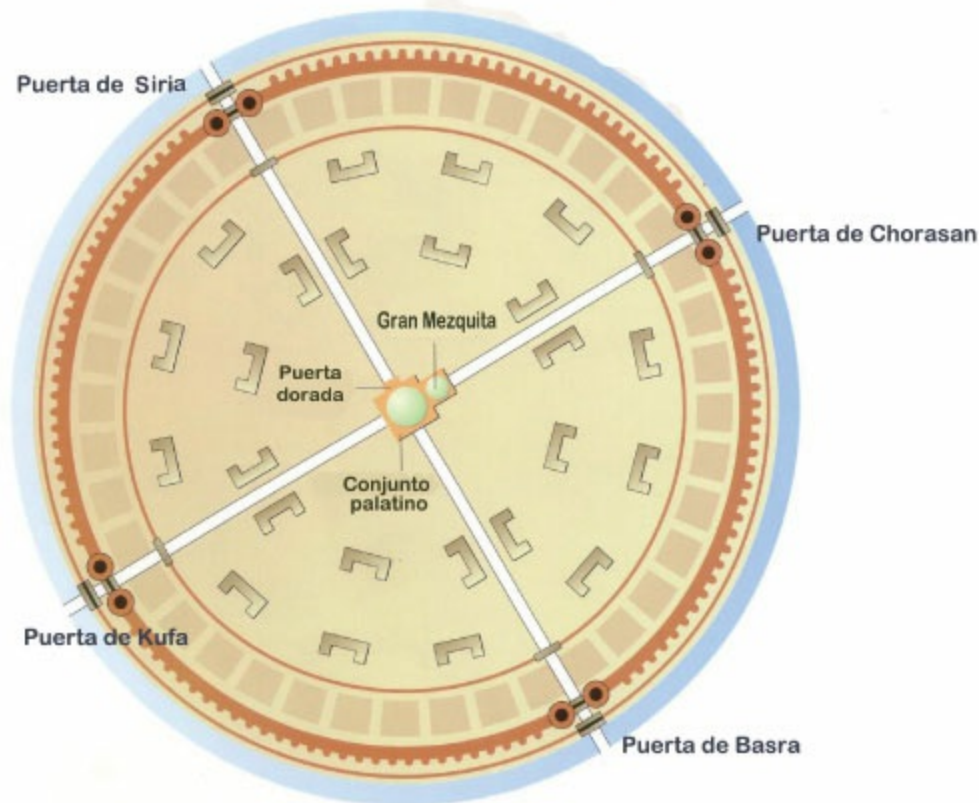
Los abasíes, necesitados de buscar apoyos entre las diversas facciones que componían el islam, hallaron en los persas a un pueblo dispuesto a prestárselo. Persia gozaba de una cultura refinada con una antigüedad que se remontaba a más de mil años. En ese territorio habían existido también grandes ciudades, y en algunas de ellas se había empleado un plano de carácter circular a la hora de diseñarlas, como había ocurrido en Firuzabad o Gur Fars.

Al-Mansur decidió aceptar ese mismo tipo de plano y también el hecho de que la ciudad llevase un nombre de origen persa, pues la llamó *Bagh Dad* que, en farsi, la lengua persa, significa ‘Regalo de Dios’ o ‘Don de Dios’.

La fecha de su fundación no fue una cuestión de azar. Se estudiaron los astros y los astrólogos decidieron el que sería el momento más favorable para que comenzara su construcción. En un principio, se decidió darle el nombre de *Madinat as Salam*, o ‘Ciudad de la paz’, pero posteriormente se acabó popularizando el de Bagdad, sin duda por la influencia persa antes reseñada.



En esta página y la siguiente se puede observar el esquema de la ciudad circular de Bagdad tal y como debió ser en el momento de su fundación.



Nótese como la red de canales seguía el mismo diseño del plano urbano de la parte central ciudad circular de Al-Mansour.

El 23 de julio del año 762 comenzaron las obras. Más de cien mil obreros se afanaron en la construcción de esa ciudad circular, cuyo núcleo central fue un enorme campamento militar con una circunferencia de casi tres kilómetros de diámetro. En el centro del mismo se ubicaba el denominado *castillo o palacio de la Puerta de Oro*, que era la residencia del califa. Junto a él se construyó una gran mezquita con una gigantesca cúpula que se elevaba hasta 49 metros por encima del nivel del suelo. Para completar el plano se le dio una disposición radial a las calles, que confluían en la zona central de la urbe.

Las obras avanzaron a gran ritmo, y en sólo trece años la ciudad estaba prácticamente finalizada. Se había convertido en una gran metrópolis rodeada de tres anillos concéntricos y protegida por grandes murallas que alcanzaban los 50 metros de espesor y los 30 de altura. Una red de canales de forma radioconcéntrica la abastecía de agua suficiente para las necesidades de sus habitantes.

La ciudad contaba con hermosos paseos, jardines con abundante vegetación y fastuosos palacios, ya que muchísimos dignatarios, funcionarios y mercaderes enriquecidos decidieron trasladarse al amparo de la sede califal, tanto para encontrarse cerca del poder como para beneficiarse con los negocios que se suponía que la gran urbe iba a generar.

No se equivocaron. En poco tiempo, Bagdad se convirtió en la mayor ciudad del mundo superando a Constantinopla y a la china Chang An. Al-Mansur dio la orden de que la población de Ctesifonte abandonara su ciudad y se trasladara en masa a Bagdad. Es más, la propia capital de los Sasánidas fue desmantelada y sus materiales fueron trasladados 30 kilómetros al noroeste siendo aprovechados para construir la ciudad a la que con el tiempo se la conocería como *la de las Mil y una noches*.

No sólo fueron los persas quienes la poblaron, también se construyó un barrio para los

cristianos, ya que algunas poblaciones bizantinas que habían sido capturadas anteriormente se vieron obligadas a trasladarse a Bagdad.

De igual manera, acudieron a la ciudad masivamente arameos, judíos, sirios y por supuesto árabes. Bagdad se consolidó como una metrópolis multicultural en la que convivían numerosos pueblos y religiones aunque oficialmente el islam y la lengua árabe eran las únicas oficiales.



Dibujo de Bagdad durante la época de la dinastía abasí.
En realidad la ciudad original debió poseer una suntuosidad
y magnificencia mucho mayor, según las descripciones que
nos han llegado de la misma.

Para completar este panorama, los califas decidieron colonizar las tierras de los alrededores y las distribuyeron entre sus clientes y familiares, quienes después las arrendaron a campesinos para que las trabajasen.

La red de canales que se creó ordenó el futuro crecimiento de Bagdad. El agua de los manantiales y la del propio Tigris fue canalizada para ser utilizada en el regadío de la fértil tierra. Las caravanas comerciales se dirigieron a la urbe como lugar de mercado y escala entre las rutas de oriente. Todo parecía florecer en la resplandeciente fundación abasí.

Así, no es de extrañar que ya en el año 775 se estimase que unas 600.000 personas vivieran en ella, y la población no cesaba de crecer. De este modo, once años después, cuando llegó al trono el califa Harum al-Raschid, se calcula que unas cien mil personas más se habían instalado en la gigantesca área urbanizada.

La ciudad de *Las mil y una noches*

Harum al-Raschid es uno de los soberanos más conocidos del islam, pues, entre otras cuestiones, su figura es el personaje en torno al que gira el famoso libro de *Las mil y una noches*. Con él, Bagdad alcanzó fama universal y la impronta de ser una ciudad fascinante, de cuentos de hadas, imagen con la que durante mucho tiempo se la asoció en Occidente.

Durante el reinado de Harum (786-809), Bagdad siguió desarrollándose de forma espectacular. El recinto original se había visto desbordado con prontitud ante la llegada de miles de inmigrantes que se asentaban en los alrededores del núcleo central. De esta forma, fue necesario dirigir su

crecimiento hacia el sur con la creación de un nuevo barrio llamado al-Karh. La ciudad también se extendió por la orilla oriental del Tigris y esto obligó a fabricar un enorme puente de barcas que pusiera en contacto un sector con el otro.

Bagdad se encontraba en pleno auge constructivo, cientos de mezquitas se edificaban por todos sus barrios, mansiones y palacios aparecían en diferentes lugares, los zocos y los comercios en general se desarrollaban por todas partes, la riqueza afluía al punto central del gigantesco imperio musulmán que por aquella época se extendía desde el norte de África hasta los confines de la India. Los tributos que se cobraban en tan vasto territorio revertían en buena medida a las arcas de los califas y estos los aprovechaban para invertirlos en el crecimiento de su capital.

En época de Harum finalizó la construcción de un nuevo palacio califal, llamado de la Eternidad. Él y sus sucesores decidieron abandonar el palacio de la Puerta de Oro y se trasladaron a su nueva residencia. Bagdad se estaba convirtiendo en una aglomeración gigantesca que cada vez costaba más trabajo gobernar, y Harum, pese a que se dedicaba con afán a su embellecimiento, cada vez estaba más descontento de la vida en la misma ya que, entre otros motivos, se quejaba de que el calor era agobiante en ella, pues en verano se podían alcanzar temperaturas cercanas a los 50 grados a la sombra. Por otra parte, la muchedumbre que la poblaba generaba continuos problemas y enfrentamientos no sólo con otros colectivos que convivían en ella, sino incluso con sus propios gobernantes. Bagdad estaba comenzando a experimentar los efectos negativos de su éxito.

Cuando Harum murió, la población superaba ya los 800.000 habitantes, y para protegerlos fue necesario construir un nuevo recinto amurallado doble con un foso de agua que lo rodeaba. Esta nueva muralla poseía ya unas dimensiones gigantescas, pues se calcula que tenía unos 9 kilómetros de largo por siete y medio de ancho. En su interior englobaba a más de 6.000 hectáreas, lo que era una superficie que apenas si permitía compararla solamente con la otra mayor ciudad que existía en el mundo, la capital china de los Tang, Chang An.

A Harum le sucedió su hijo al-Mamun, hombre de gran cultura y erudición con el que la ciudad continuó prosperando convirtiéndose además en el principal centro mundial del saber.

Al Mamun tomó una decisión fundamental en el año 827 y procedió a crear la Bait al-Hikma o Casa de la Sabiduría, también conocida como la Casa de la Ciencia. Gracias a ella se recuperó en la ciudad un ambiente cultural comparable al que había debido tener la Alejandría de los Ptolomeos con su gran centro de la Biblioteca o el Museo. A la Casa de la Sabiduría acudieron pronto los mayores genios que existieron en su época y así personalidades como el matemático al-Juaritzmi o el químico o alquimista Geber desarrollaron en ella su fructífera labor. Fue allí donde principalmente se rescató la cultura clásica grecolatina que aún se conservaba, actividad llevada a cabo por la excelente escuela de traductores que se configuró. Fue en ese lugar desde donde se difundieron innovaciones como el papel, traído desde China, o la numeración que hoy día empleamos y que llamamos arábica, inventada en la India unos siglos antes.

La Casa de la Sabiduría se completó con otra gran realización, la de la biblioteca Wakidi, de la que se dice que llegó a acumular nada menos que 1.040.000 volúmenes en sus estanterías. Para completar todo este conjunto dedicado al saber y al conocimiento se construyó la denominada Universidad de Mustansyria. En ella desarrollaron su labor posteriormente figuras como los científicos al-Battani o Ibn Qurra, entre muchos otros.

Y no sólo era la cultura lo que florecía en Bagdad, también lo era la riqueza. El comercio y las comunicaciones alcanzaban cotas nunca conseguidas anteriormente. Telas preciosas, tapices, alfombras, joyas, perfumes, especias, etc. llegaban diariamente a la ciudad, y desde allí se distribuían por el resto del mundo árabe y no árabe. Este tráfico mercantil, unido a la recepción de

los impuestos procedentes de todas las partes del mundo musulmán, la convirtieron en una de las ciudades más fastuosas de todos los tiempos, una ciudad de cuentos de hadas, como ya hemos dicho, adjetivación que le dieron quienes la visitaron por aquella época.

A finales del siglo IX, Bagdad se presentaba como una urbe de unas dimensiones extraordinarias. Se dice que en ella había 80.000 bazares, 60.000 baños, 100.000 mezquitas, 12.000 fondas o paradores, 12.000 molinos..., las cifras son muy difíciles de aceptar y sin duda exageradas. Según sus contemporáneos, en la ciudad vivían más de dos millones de personas, pero esto no es admisible en buena lógica, y es evidente que se trata de una cifra imposible de creer.

Sí que es cierto que por esta época el recinto de la ciudad había alcanzando una superficie impresionante, pues se extendía por unos 90 kilómetros cuadrados a lo largo de ambas orillas del Tigris, unos 10 de largo, por 9 de ancho. Ello hizo necesario la construcción de un tercer recinto defensivo también de espectaculares dimensiones. Un nuevo anillo de ronda que protegiera a los barrios de reciente construcción.

No parece nada probable que hubiera dos millones de personas viviendo en él, pero si unas 900.000 y que entre 300.000 y 600.000 personas más vivieran en sus alrededores, dedicadas a producir alimentos para el consumo de los habitantes de la monstruosa urbe califal.

Una gran metrópolis ingobernable

Pero un crecimiento tan espectacular como el que describimos no puede durar siempre, y pronto comenzaron a brotar los problemas que ya se habían iniciado de forma puntual en el reinado de Harun al-Raschid. Bagdad se había convertido ya en un gigante que era ingobernable. Los diferentes grupos que cohabitaban en la ciudad creaban continuos problemas los unos con los otros. Los califas se sentían cada vez más inseguros en la inestable urbe, y ya en el siglo IX algunos de ellos tomaron la decisión de marcharse a otra ciudad de las cercanías para escapar de la muchedumbre problemática que habitaba en la capital del califato.

Así, entre los años 836 y 892, los califas fijaron su residencia oficial en la ciudad de Samarra, unos 125 kilómetros al norte de Bagdad siguiendo el curso del Tigris. Allí edificaron un suntuoso palacio y una enorme mezquita, la mayor de todo el mundo islámico, una colosal estructura de unas dimensiones extraordinarias con un recinto de 443 por 374 metros.

Los califas no sólo desearon poner tierra de por medio con Bagdad, sino que además se rodearon de una guardia personal de mercenarios de origen turco, que con el tiempo se acabaron convirtiendo en los verdaderos dueños de la situación y que, al igual que pasó en la época de los emperadores romanos, eran quienes ponían o deponían a los califas en función de sus intereses.



La ciudad de Samarra fue fundada por los califas que preferían vivir alejados de la gran muchedumbre que se concentraba en la capital Bagdad. En la foto, mezquita de Samarra.

Esta situación tuvo graves repercusiones sobre el mundo musulmán. Por una parte numerosos territorios periféricos empezaron a demostrar su descontento con la problemática que se vivía en el califato bagdadí. Así, en el 909, la dinastía Fatimí de Túnez decidió proclamar a un nuevo califa que fuera independiente del de Bagdad. Veinte años después, los omeyas cordobeses siguieron el mismo camino. El califato de Bagdad estaba herido de muerte, aunque todavía continuaba manteniendo un prestigio, cada vez más disminuido.

Por otra parte, durante la segunda mitad del siglo IX y la primera del X, numerosos territorios que hasta entonces vertían sus impuestos en las arcas del califato dejaron de obedecer las órdenes de los califas de Bagdad y se proclamaron independientes. De pronto, una de las grandes fuentes de riqueza de la hasta entonces opulenta ciudad dejó de abastecerla de dinares, dirhams y otras monedas en las que hasta ese momento se había basado su riqueza.

Bagdad entró en crisis, y aunque mantenía la mayor parte de su esplendor y su bienestar de antaño, el poder que hasta entonces se había concentrado en la misma dejó de tener importancia. Y este hecho fue apreciado rápidamente por otros pueblos y otras familias de gobernantes próximas que miraban con envidia la riqueza almacenada en el interior de la ciudad.

Aprovechando la debilidad interna y las tensiones que se vivían en el interior de la misma, entre el año 930 y el 945, nada menos que cuatro ejércitos se acercaron a las murallas de la ciudad y la tomaron sucesivamente. Se trató de tropas formadas por tribus procedentes de Bahrein como los qármatas, del Turquestán como los ijshidíes y de Persia como los buyíes, estos por dos veces, que en esos quince años la tomaron y la perdieron consecutivamente.

Este hecho marcó el destino de la ciudad que, como era inevitable, entró en decadencia y comenzó rápidamente a ser abandonada por la mayor parte de la población que hasta entonces la

habitaba. Pero no era fácil que una ciudad así se despoblase de pronto. De hecho, un estimable número de sus habitantes permaneció en la misma, no tanto viviendo al amparo de un recinto amurallado que ya no tenía demasiado sentido por su enorme extensión, sino cultivando los fértiles campos de su periferia en los que la intrincada red de canales regaba a los huertos para la producción de alimentos. Estos ya no se destinaban en su mayoría al sustento de la gran masa humana de la ciudad, sino que esta se había desperdigado por los alrededores y continuaba disfrutando de la riqueza que habían creado sus antepasados.

Se calcula que en los siglos XI y XII sólo vivían unas 125.000 o 150.000 personas en su recinto urbano, pero sin embargo, cerca de un millón y medio seguían haciéndolo en las tierras de los alrededores dedicados a la producción de una agricultura con altos rendimientos.

Es más, los nuevos amos que se hicieron posteriormente con el control de este territorio, los turcos selyúcidas, y todos los pueblos que con el paso del tiempo no cesaron de asentarse en él, siguieron manteniendo con mimo la red de canales que regaban los huertos y los campos y que tan generosa se seguía mostrando con los frutos que daban.

La barbarie de la invasión de los mongoles

En esta situación de atonía siguió viviendo Bagdad hasta que en el año 1258 tuvo lugar una gran catástrofe. Medio siglo antes de esa fecha, en las áridas y frías estepas del interior de Mongolia, un caudillo llamado Gengis Kan había iniciado el proceso por el que se convertiría en el soberano que más superficie ha controlado bajo su poder en toda la historia.

Los mongoles se extendieron con una rapidez inusitada por todo el continente euroasiático, y en sus correrías llegaron desde Corea hasta la actual Alemania. A mediados del siglo III le tocó a los territorios de Oriente Próximo sufrir los crueles efectos de su invasión. Los mongoles llegaron a las cercanías de Bagdad y le exigieron al califa al-Mutasim que les abriera las puertas de la ciudad. No se sabe muy bien por qué insensato motivo este reunió el valor de negarles la entrada y esto enfureció por completo a los mongoles, que tomaron la ciudad al asalto y la conquistaron tras una dura lucha.

Lo que sucedió fue de nuevo una de las grandes tragedias de la humanidad. La ciudad fue saqueada salvajemente y no se respetó a ninguno de sus habitantes. Hay quien dice que fueron unas 800.000 las personas que perdieron la vida, tanto en la ciudad de Bagdad, como en los alrededores, en medio de la furia destructiva de los mongoles. La mayor parte de los edificios, muchos de los cuales probablemente se encontraban ya en ruinas, fueron destruidos por el incendio que siguió al saqueo. En él desapareció la biblioteca de Wakidi y su más de un millón de ejemplares, ardió la Casa de la Sabiduría, la universidad, las mezquitas, los palacios y las mansiones que se acabaron derrumbando ante la barbarie mongólica.

Al Mutasim no corrió mejor suerte, y según algunas crónicas fue pateado salvajemente por los mongoles hasta causarle la muerte. Pero lo peor de todo no fue sólo la pérdida de vidas humanas, aun cuanto de terrible tuvo este hecho, sino que los mongoles, en un afán deliberado de vengarse aún más de los habitantes de la zona, procedieron a la destrucción sistemática de la red de canales, acequias, presas y embalses que desde la época de los sumerios, hacía ya más de cuatro milenios, habían hecho de Mesopotamia uno de los lugares más ricos y más esplendorosos del mundo.

Ese hecho tuvo tal repercusión sobre la vida de los escasos supervivientes, que pasarían muchos siglos hasta que ese territorio consiguiera recuperarse del daño que se le había causado, si es que realmente llegó a recuperarse completamente alguna vez.

Bagdad siguió existiendo como un poblado miserable en medio de unas fastuosas ruinas que

eran testigo de su pretérita grandeza, pero que se iban deteriorando progresivamente y perdiendo el testimonio de la que fue una de las ciudades más fascinantes de todos los tiempos. Hasta tal punto fue perniciosa la obra destructora de los mongoles, que hoy día casi nada queda de aquella suntuosa ciudad que maravilló a propios y a extraños cuando la contemplaban.



Dibujo que muestra el saqueo de Bagdad por los mongoles dirigidos por Hulagu en 1258. La ciudad quedó prácticamente destruida tras su conquista.

Los mongoles, no obstante, asombrados por la riqueza de la zona, decidieron asentarse en la misma. La población que sobrevivió se dispersó por el campo y durante un siglo y medio Bagdad se mantuvo en medio de las ruinas y la desolación.

Pese a ello, los Ilkanes o dinastía de los mongoles que se hicieron cargo de ella, decidieron convertirla en uno de los puntos desde los que dominar el territorio bajo su jurisdicción, y algo se pudo recuperar con el tiempo, pero no gran cosa.

Y de hecho todavía podía haber sido peor, porque en 1401 apareció ante los restos de la destartada ciudad un nuevo ejército también de ascendencia mongola, aunque de otra estirpe distinta, los Tártaros, comandados por un nuevo caudillo conocido como Tamerlán. Este se había convertido en uno de los grandes conquistadores de su época y cuando sus tropas se acercaron a la postrada Bagdad exigieron que su población le rindiera también tributo al nuevo kan.

Pero los Ilkanes no habían aprendido la lección que ellos mismos les habían aplicado a los bagdadíes un siglo y medio antes, y se negaron a aceptar el dominio de Tamerlán. Este recurrió a la misma estrategia que sus lejanos antepasados habían ya aplicado en su momento. Tomó lo que quedaba de la ciudad al asalto y se cebó vengativamente con su exigua población. Esta ya no era sino una sombra de lo que había sido en su momento de esplendor, y así Tamerlán tuvo menos individuos en los que pagar su rencor. Aun así, se estima que unas 20.000 personas fallecieron en el saqueo que siguió a la conquista, tal era el nivel de despoblamiento al que había llegado Bagdad.

Pero a pesar de tantas desventuras, la historia de la ciudad de cuentos de hadas no había acabado. Durante los siglos siguientes nuevos pueblos como los turcos otomanos o los persas continuaron luchando por el dominio de esta zona. No era ya en verdad por el control de Bagdad en

sí que, aunque totalmente disminuida, nunca dejó de existir, sino por el control del territorio de la propia Mesopotamia, que aunque herida y en plena decadencia, seguía teniendo indudablemente el atractivo de su fértil pero maltratada tierra.

Durante los siglos XVI y XVII, pasó frecuentemente de manos de unos a otros, vivió momentos de recuperación, como sucedió a finales de la primera centuria antes citada cuando, según algunas fuentes, su número de habitantes pudo acercarse quizás a los 300.000. Resulta difícil aceptar esa cifra, aunque no es del todo imposible. Más correcta parece sin embargo la estimación de menos de 15.000 habitantes para finales del segundo siglo citado, cuando sólo era una pura ruina sin ninguna importancia en el mundo de su tiempo.

Pero Bagdad está situada indiscutiblemente en una zona privilegiada por la naturaleza. La fertilidad de sus campos era capaz de superar la destrucción y la desgracia a la que la habían sometido unos pueblos y otros, y sus campesinos seguían esforzándose laboriosamente en el cultivo de la tierra, a pesar de que las circunstancias fueran infinitamente peores que las que habían gozado sus antepasados.

Y Bagdad se fue recuperando poco a poco. Cuando en 1917 tropas británicas la ocuparon en el transcurso de la Primera Guerra Mundial la ciudad albergaba a poco más de cien mil habitantes. Sin embargo, los británicos decidieron convertirla en la capital de un nuevo país, Irak. Este alcanzó pocos años después la independencia, y pronto se descubrió que el árido territorio flotaba sin embargo sobre un mar de riqueza en forma de petróleo.

Irak pasó a ser un lugar clave en la estrategia económica de los países occidentales, y de nuevo Bagdad comenzó a experimentar un formidable crecimiento gracias a la llegada de cientos de miles de personas que abandonaban las áreas rurales para asentarse en la nueva capital del petróleo.

A finales del siglo XX se había vuelto a convertir de nuevo en una gran metrópolis, con cerca de siete millones de habitantes. Pero parece que el destino la condenaba de nuevo a grandes sufrimientos, comparables en cierta medida a los que había padecido a lo largo de su dilatada y trágica historia.

En 1980 comenzó una guerra entre iraquíes e iraníes en la que sufrió algunas destrucciones, aunque no irreparables en modo alguno. En 1991, una coalición militar dirigida por Estados Unidos la bombardeó duramente y la ocupó en represalia por la conquista de Kuwait llevada a cabo por el régimen de su máximo dirigente, el dictador Sadam Hussein. Esta vez los desperfectos fueron mucho mayores, pero en cualquier caso tampoco resultaron decisivos y la ciudad continuó su existencia.

Pero en 2003 una nueva coalición dirigida por los estadounidenses atacó por segunda vez a la ciudad y al país pretextando la existencia de armas de destrucción masiva en el mismo, y esta vez lo que sucedió sí que fue un gran desastre. Tras someterla a intensos y destructivos bombardeos, los ejércitos extranjeros tomaron Bagdad y en el transcurso de esa batalla se produjo el caos. Desapareció todo tipo de gobierno y de orden, dando lugar a una situación de anarquía en la urbe. Ese hecho fue aprovechado por turbas que saquearon sus ricos museos y destruyeron archivos en los que se acumulaba información que tenía una antigüedad de muchos miles de años. Fueron atacadas e incendiadas mezquitas y monumentos que habían soportado el paso del tiempo y el afán destructor de muchos conquistadores anteriores.

La ocupación de Bagdad supuso una pérdida irreparable para el patrimonio cultural de la humanidad. A estas alturas, y con tan escasa perspectiva, es imposible discernir en qué medida se ha perdido buena parte de ese legado del mundo antiguo. Mafias, que reciben los encargos de coleccionistas de todo el mundo, han ido alimentando un mercado negro de extraordinario valor. La situación de inestabilidad que años después aun se vivía en la zona justifica la prudencia a la hora de

evaluar las pérdidas, pero es indiscutible que el daño sufrido es enorme y que, desgraciadamente, la humanidad ha podido comprobar en nuestro tiempo cómo la barbarie de la guerra sigue su curso destructor de miles de años, a pesar de todos nuestros avances tecnológicos y humanos.

EL CAIRO

De la Babilonia persa y romana a la Fustat de los omeyas

Desde que hace cinco milenios el primer faraón unificó el Alto y el Bajo Egipto, ha existido un punto de contacto estratégico entre las dos grandes zonas en las que se divide el país del Nilo. Ese lugar es justo donde confluye el curso medio del río con las zonas del delta en las que se encuentra su desembocadura. Se trata de un punto neurálgico entre el Alto y el Bajo Egipto, ya que desde allí resulta más fácil controlar el país que desde cualquier otro lugar. Por ese motivo, desde hace cinco mil años, allí siempre ha existido una gran ciudad.

Así se fundó Menfis, 29 kilómetros al suroeste de donde se encuentra hoy El Cairo. También se fundó poco después Gizeh, o Guiza, un lugar que sirvió como necrópolis para los faraones del Imperio Antiguo que construyeron allí sus grandes tumbas (y también una notable esfinge) a las que conocemos hoy día como las Pirámides por antonomasia. Actualmente, Gizeh es un suburbio de El Cairo, pero aun así, dista unos 20 kilómetros en dirección suroeste de lo que es el centro de la ciudad caiota. Muy cerca de ambas, a 14 kilómetros del centro de la actual ciudad, se levantó una nueva población, a la que los griegos denominaron Heliópolis.

La densa presencia humana en este sector de Egipto se explica también por un hecho fundamental: la riqueza y la fertilidad del suelo. En realidad, todo el valle del Nilo goza de esta bendición pero, en este caso, la riqueza agrícola se amplía debido a su ubicación. En efecto, es en este punto donde las rutas comerciales que unen el sur con el norte de Egipto confluyen. Y es también punto de partida y lugar de destino de las que atravesaban de este a oeste el mundo Mediterráneo y más concretamente, las costas del norte de África.

Este lugar es además, por extensión, un puesto destacado para el control de las rutas que parten hacia el nordeste, en concreto hacia la península del Sinaí, ruta no sólo comercial, sino también vía por la que los pueblos asiáticos han penetrado tradicionalmente en Egipto cuando se han querido hacer con el control del mismo.

Fue por aquí por donde el siglo VI a. C. penetraron los persas en su ruta hacia el sur del Nilo. Un siglo después y bajo la dominación de los emperadores de este país, se tomó la decisión de construir en este lugar una fortaleza que sirviera como centro neurálgico para que el ejército persa pudiera controlar el territorio con mayor facilidad y les diera a su vez seguridad y protección a sus tropas. La fortaleza recibió el nombre de Pi Hapin On, de clara ascendencia egipcia.

En el siglo IV a. C. los persas abandonaron la fortaleza y esta cayó en ruinas. Pero en el año 116 de nuestra era, el emperador romano Trajano visitó este lugar, y enfrascado en una campaña contra los partos y contra los nabateos, decidió reconstruir el fortín persa para que sirviera como apoyo a las legiones que se lanzaban contra el este. Trajano retomó el nombre que los persas le habían dado, pero lógicamente lo latinizó y lo adaptó a la pronunciación que más le sonaba, y de este modo le concedió la denominación de Babilonia, a semejanza de la gran ciudad caldea que por entonces había desaparecido ya de la historia.

En torno al fortín comenzaron a surgir poco a poco pequeños núcleos de casas habitadas. A finales del siglo IV la población experimentó un ligero crecimiento. Por esa época, una nueva religión se estaba imponiendo en el mundo Mediterráneo, el cristianismo. En Egipto, los cristianos recibían un nombre particular, era el de coptos, y fueron precisamente personas pertenecientes a esta religión las que se asentaron mayoritariamente junto a la fortaleza romana y allí desarrollaron un núcleo de población de cierta importancia, al que hoy día todavía conocemos como el Barrio Copto.

Los coptos dejaron claras huellas de su presencia, que aún conserva El Cairo actual. Construyeron numerosas iglesias en estilo paleocristiano, así como varios monasterios. Junto a ellos se asentó también una población de origen judío. Ambas comunidades convivieron durante dos siglos y medio sin especiales problemas entre unos y otros bajo el control del Imperio bizantino.

En el año 639 un nuevo grupo de pueblos hizo su aparición en Egipto, eran los árabes, que traían consigo la religión musulmana. En su impulso conquistador, el país cayó bajo su control en sólo dos años, algo parecido a lo que sucedió con Mesopotamia, como hemos visto anteriormente.

Los árabes en cuestión eran un grupo abigarrado de unos 20.000 jinetes que llegaron bajo el mando de un general llamado Amir Ibn al-As. Amir estimó que aquel lugar era propicio para hacerlo el centro de sus correrías, y decidió establecer junto al núcleo de coptos y judíos el que sería su campamento militar base. Y de esa forma procedió a repartir la tierra entre las distintas tribus que lo acompañaban fundando un asentamiento llamado *al-Fustat*, que en lengua árabe quiere decir precisamente eso, ‘El Campamento’.

Amir diseñó la nueva ciudad de un modo muy particular, porque aunque su idea era distribuir equitativamente el terreno entre quienes lo acompañaban, prefirió dejar libertad a los jefes de cada contingente de su ejército para que repartieran entre sus soldados el lote que les había correspondido de la manera que mejor les pareciera.

De esa forma se creó un núcleo muy desorganizado en su interior que, con el paso del tiempo, se fue consolidando hasta dar lugar al plano irregular que caracteriza de manera nítida a El Cairo actual, y que es típico de las grandes ciudades musulmanas, con excepciones poco frecuentes como la que vimos antes de Bagdad.

Fustat se consolidó con el paso de los años como la principal ciudad de esta región. Menfis, Heliópolis, Gizeh, Babilonia y las demás cayeron en la decadencia y hasta en el olvido. Es más, sus materiales fueron despojados para servir como cantera a la nueva ciudad y a las que a continuación se construirían muy próximas a esta.

De Fustat a la al-Qahira de los fatimíes

Y es curioso resaltar cómo, en los siglos posteriores, el espacio urbanizado fue creciendo considerablemente sin superponerse unas fundaciones a otras, sino que por el contrario las nuevas ampliaciones urbanas se hicieron siempre al lado de las que ya existían previamente respetando su, en numerosas ocasiones, caótico trazado.

Esto fue lo que sucedió, por ejemplo, a mediados del siglo VIII, cuando la nueva dinastía abasí ordenó a Suleimán, gobernador de Egipto, fundar una nueva ciudad que sirviera como sede de gobierno a los representantes abasíes en Egipto. Fue la denominada *al-Askar*, que en lengua árabe significa ‘el Ejército’. Al-Askar se creó justo al lado de Fustat, que de esta forma vio aumentar considerablemente el tamaño de la misma. Probablemente los 25.000 habitantes que vivían en ella hasta entonces duplicaron su número con la nueva fundación abasí.

Entre los años 870 y 880, la pujante Fustat recibió un nuevo impulso. En este caso se trató de

una dinastía que se había asentado en Egipto, la de los Tuluníes, que se planteó crear otra ciudad junto a la ya existente. Ahmad Ibn Tulún decidió construir una sede para su gobierno, con un palacio, una fortaleza y una mezquita, que todavía en la actualidad lleva su propio nombre y que es hoy día una de las más importantes de El Cairo. Ibn Tulún llamó *al-Qattai* a la reciente construcción. De esta forma la población siguió creciendo considerablemente, hasta el punto que se calcula que en este momento la aglomeración urbana formada por la unión entre todos estos asentamientos debía alcanzar ya más de cien mil habitantes.

Al Qattai significa en árabe ‘Los Lotes’, y el nombre obedece al sistema que empleó Ibn Tulún para repartir de nuevo el territorio, siguiendo la misma forma de división del terreno que anteriormente se había hecho con Fustat dos siglos antes. En realidad, Al-Qattai no sólo fue una nueva ampliación de lo ya existente, sino que además se planteó su crecimiento de forma que englobara a todas las fundaciones anteriores que se habían realizado en las proximidades y de esa forma le diera un sentido más unitario a la ciudad. Y en verdad que lo consiguió, pero a cambio de hacer todavía más irregular, más laberíntico y más anárquico el plano urbano de la misma, que se convirtió en un verdadero dédalo de callejuelas en las cuales prácticamente casi no existía la línea recta ni ningún tipo de planificación racional del territorio que ocupaban.



La mezquita de Ibn Tulún es la más antigua que se conserva actualmente en la ciudad de El Cairo.

Y la cosa no quedaría ahí, un siglo después, una nueva dinastía que había ocupado previamente Bagdad se hizo con el control de Egipto, los ijshidíes, y su decisión fue similar a la de las otras que la habían antecedido, fundar una nueva ciudad que ampliase aún más el espacio urbanizado existente. De esta forma, en el año 969 se procedió a la construcción de al-Mansuriyah, al nordeste de la ya consolidada al-Qattai.



La mezquita de al-Azhar ha sido desde su fundación uno de los centros más importantes de estudios del mundo islámico.

Poco duró la nueva fundación, porque sólo tres años después se hizo con el poder otra dinastía más, la de los fatimíes, y esta también quiso imponer su nuevo centro urbano, y así se procedió a la creación de la ciudad de *al-Qahira*, nombre que en árabe quiere decir ‘La Victoriosa’ o ‘La Triunfante’, y del que se deriva directamente el que nosotros conocemos hoy día como *El Cairo*.

El fundador de al-Qahira fue el califa fatimí Yahwar al-Qaid, quien erigió la nueva ciudad al norte de Fustat y la dotó de magníficos edificios, en particular la mezquita y su escuela anexa de al-Azhar. Esta se convirtió con el tiempo en uno de los referentes culturales del pensamiento islámico y sustituyó a la Casa de la Sabiduría de Bagdad que por esta época estaba entrando en crisis. Desde nuestra perspectiva actual, se la puede considerar la primera universidad en el sentido «moderno» de la palabra, es decir, como un lugar para el aprendizaje y el estudio de lo que hoy denominamos enseñanza superior. Se trata además de la universidad más antigua del mundo, ya que ha venido funcionando ininterrumpidamente desde su fundación hasta hoy.

En al-Azhar impartieron clase, o colaboraron con la misma desde su fundación en el año 979, algunos de los más grandes pensadores del islam de todos los tiempos, como son los casos del matemático Ibn Yunus, el físico Alhazén, el médico cordobés Maimónides o el geógrafo tunecino Ibn Jaldún.

Al-Qahira se construyó al norte de Fustat, y pronto se convirtió en una metrópolis que superaba ampliamente los 150.000 habitantes. Pero es necesario detenernos aquí y recapitular brevemente acerca de todo el listado de ciudades que, con el paso del tiempo, habían aparecido en este lugar: la fortaleza romana de Babilonia, el barrio bizantino de los coptos, al-Fustat, al-Askar, al-Qattai, al-Mansuriyah y, finalmente, al-Qahira. Siete fundaciones en poco más de ocho siglos. Es necesario recordar esto para comprender el porqué del abigarrado conjunto urbano en el que se había convertido la actual metrópolis caiota. Sólo entendiendo este proceso de crecimiento, se puede ver claro el caótico plano urbano al que dio lugar tanta fundación seguida.

Entre los siglos X y XII, al-Qahira, o El Cairo, como la llamaremos a partir de ahora, fue un centro tanto cultural, como económico, como político. Durante este período la ciudad no dejó de

crecer y se levantaron en ella numerosas mezquitas y todo tipo de monumentos. Pero el devenir de la misma no fue todo lo tranquilo que podría parecer en medio de esta aparente calma. A finales del siglo XI, millares de europeos se pusieron en marcha desde sus países de origen con el objetivo de recuperar los Santos Lugares para el cristianismo. Es el proceso histórico que conocemos como las Cruzadas, y en el mismo, Egipto y, en particular El Cairo, jugarían un papel importante en su defensa de la religión musulmana frente a la invasión de los caballeros feudales de la Europa occidental.

Así, el visir Shawar en 1168, y ante el temor de una invasión de los cruzados, tomó una drástica decisión y procedió a incendiar los sectores de Fustat, al-Askar y al-Qattai, para evitar que cayeran en manos del enemigo. Pero esta insólita destrucción, quedó en parte compensada con dos hechos. Por un lado, en el año 1174 se produjo un brusco e inexplicado descenso de las aguas del río Nilo, y en el lugar por donde antaño pasaba el cauce, surgió una isla a consecuencia de esa bajada del caudal. Es la que en aquella época se conoció como la isla de Geziret al-Fil. Por otra parte, dos años después, el nuevo soberano de la dinastía ayubí, de origen kurdo, conocido por el nombre de Saladino, decidió proteger aún más la ciudad y para eso procedió a fortificar la parte más elevada de la misma. Ese lugar, al que todavía hoy día se conoce con el nombre de la Ciudadela, quedó cerrado por una muralla y abastecido por un acueducto para garantizar su inexpugnabilidad en caso de asedio. La Ciudadela se convertiría en la residencia de los gobernantes de El Cairo y de Egipto en los próximos siglos, y en ella se construyeron con el tiempo magníficos edificios como mezquitas y palacios.

La mayor ciudad del mundo: El Cairo mameluco

Al amparo de la protección que ofrecía la Ciudadela, y bajo el eficaz gobierno de Saladino, El Cairo experimentó un nuevo crecimiento demográfico y, de esta forma, se calcula que hacia finales del siglo XII un total de unas doscientas mil personas habitaban ya en la ciudad.



Imagen antigua de la Ciudadela de El Cairo, en la que aparece al fondo la mezquita de Alabastro.

Este crecimiento continuó durante la primera mitad del siglo XIII y, tras la destrucción de Bagdad por los mongoles, El Cairo se convirtió en el único centro importante del mundo árabe. Por aquella época, a mediados de ese siglo, su población debía superar los 300.000 habitantes, y era quizás en ese momento una de las mayores ciudades que existían en el mundo, sino la mayor.

La llegada de la dinastía de los mamelucos a partir de 1250 hizo que El Cairo llegase a la cumbre de su poder y de su prestigio. El crecimiento que ya se había iniciado con Saladino alcanzó su punto culminante. Ello llevó a una impresionante expansión por los terrenos de los alrededores, y fue en ese momento cuando se urbanizó la isla de Gezira, actualmente denominada Zamalek.

Por esta época, las mezquitas, las *madrasas*, los palacios, los *caravansarais*, los zocos y todo tipo de construcciones proliferaron en la ciudad. Esta alcanzó su momento culminante en todos los sentidos. Era un centro comercial de primer orden, famoso entre otros muchos motivos por sus joyerías, que no tenían parangón en todo el mundo islámico. Era también un centro cultural de primera magnitud en torno a la prestigiosa Universidad de al-Azhar. Las rutas caravaneras tenían su punto de partida y de llegada en la ciudad. Sus monumentos y sus edificaciones alcanzaron su apogeo. Pero, sobre todo, estas cuestiones redundaron en un enorme crecimiento de la población. Si a principios del siglo XIV se habían superado ya los 400.000 habitantes, a mediados de ese siglo la población ya era de medio millón. No había ninguna otra ciudad en el planeta que pudiera compararse a la impresionante metrópolis caiota.

Todo parecía ir estupendamente bien en la capital de los mamelucos y no había ya ni enemigos exteriores que la amenazaran gravemente, ni previsiones de que pudieran suceder grandes crisis en el futuro. Sin embargo, esta confianza era falsa, porque en el mundo antiguo y medieval, el crecimiento

de las ciudades siempre tenía un límite determinado, que no en todas las ocasiones dependía directamente de las decisiones que tomaban los seres humanos.

A mediados del siglo XIV, las condiciones higiénicas en las que vivía la población caiota eran semejantes a las que tenían los habitantes de cualquier otra ciudad del mundo, es decir, se trataba de unas condiciones que desde nuestra perspectiva actual sólo cabría considerar como pésimas. Esta constatación traía desgraciadamente aparejado un hecho muy frecuente, y era el de los continuos desencadenamientos de epidemias de peste. Este hecho sucedía prácticamente en todas las ciudades del mundo, e incluso en las zonas rurales, pero en el caso de El Cairo había dos cuestiones que agravaban mucho más la posibilidad de un contagio a mayor escala.

Debido a su importancia y a la posición que ocupaba en el comercio internacional, El Cairo era un núcleo de población que recibía constantemente la llegada de mercaderes procedentes de las más diversas partes del mundo, y entre esos miles de personas que todos los años arribaban a la ciudad, no era extraño que de vez en cuando algunos de los mismos trajeran de sus países nuevas enfermedades desconocidas de carácter infeccioso o que simplemente fueran portadores de alguna cepa de un virus particularmente más mortal para quienes se contagiaban de ella.

En segundo lugar, como ya hemos dicho, El Cairo era posiblemente la mayor concentración humana que había en el mundo de aquel tiempo. Su medio millón de habitantes vivía en muchos casos hacinado en barrios carentes de un buen suministro de agua y, menos aún, de un sistema eficaz de evacuación de los residuos que diariamente generaba la enorme aglomeración de población. De ahí que fuera una ciudad particularmente abonada para que en ella se desencadenasen epidemias de todo tipo, y en especial la más mortífera de todas: la Peste Negra.



Calle medieval de El Cairo. Puede observarse en la imagen cómo las condiciones higiénicas de la ciudad eran deplorables.

En 1348, una epidemia especialmente virulenta se abatió sobre el Próximo Oriente y sobre toda Europa. La mortalidad fue altísima en todas partes, y se calcula que en el continente europeo una tercera parte de la población falleció a consecuencia del mal contagio.

En El Cairo, el porcentaje aún fue superior, pues se ha estimado que en pocos meses fallecieron unas 200.000 personas, lo que supone más del 40 % de la población de la ciudad. Y esto sólo fue el principio del fin en este sentido, porque entre los años que sucedieron entre 1348 y 1517, la peste atacó más de quince veces a la sufrida población cairota, es decir, una vez cada once años, por término medio. Y en algunas ocasiones sus mortíferos efectos volvieron a ser devastadores, así por ejemplo en la epidemia de 1492 se calculó que en un sólo día de los que duró, llegaron a morir nada menos que 12.000 personas, lo cual es una cifra difícil de creer, pero de esta forma la recogieron quienes vivieron aquel terrorífico contagio.

Aún con todas estas catástrofes, la vida cairota siguió su curso. La ciudad había quedado bastante despoblada en comparación con tiempos anteriores, quizás ya no permanecían en ella ni siquiera 300.000 personas, pero en cualquier caso, y aún habiendo perdido la primacía demográfica mundial, seguía siendo una concentración humana de enormes proporciones y con una gran riqueza atesorada en el interior de sus muros.

Y eso le permitió recuperarse, con grandes dificultades y a duras penas, pero lo consiguió. Ello se plasmó en la erección de una serie de monumentos que aún hoy día siguen en pie y que le dan buena parte de la esencia tradicional de lo que es el Viejo Cairo a la misma ciudad. Así, en 1356 se iniciaron las obras de una de las mayores y más famosas mezquitas de la ciudad, la de Hassan, y en 1382 se comenzó a edificar uno de los mercados más singulares y representativos de lo que es el desorden constructivo musulmán, el zoco del Jan El Jalili, que todavía hoy, seis siglos después, sigue siendo el modelo de tipismo que cualquier turista busca en una ciudad de raigambre musulmana.

Superada la terrible crisis, El Cairo experimentó un nuevo resurgimiento a partir del siglo xv. Se produjo una recuperación económica, y esto trajo como consecuencia también un aumento de la población. Los algo menos de 300.000 habitantes que tenía al comienzo de dicha centuria, se convirtieron en unos 360.000 a mediados de la misma, y cuando finalizó el siglo se calcula que sus pobladores superaban ya los 400.000. Dicho de otro modo, el siglo xv contempló la recuperación de El Cairo, aunque nunca se volvieron a alcanzar los niveles demográficos que se habían conseguido en el siglo anterior antes de la terrible mortalidad de la peste.

Economía floreciente y demografía en ascenso fueron las claves para que la ciudad experimentara también un espectacular avance en sus dotaciones arquitectónicas y monumentales. Por esta época se reactivaron las construcciones de todo tipo de edificios, si cabe con más fuerza que antes: mausoleos, mezquitas, *madrasas*, *maristanes*, palacios, mansiones señoriales y numerosas obras se abrieron paso por el abigarrado espacio de sus calles, que siguieron el proceso de densificación típico de la ciudad musulmana y dotaron a la misma, aún más si cabe, de un parcelario y un viario totalmente desordenado y lleno de adarves o azucaques a los que nosotros solemos denominar *callejones sin salida*.

Esto alcanzó su punto culminante durante los reinados de los califas al-Hassan y Qaitbay, que vivieron en los siglos xiv y xv, respectivamente. Y es cierto que, aunque El Cairo ya no poseía el mismo poder que antaño, la ciudad todavía continuaba creciendo y desarrollándose a pesar de los continuos embates de las epidemias.

La crisis de El Cairo hasta su
recuperación actual

Probablemente, esta situación hubiera continuado durante bastante tiempo más de no haber sido por hechos que, en este caso, sí que fueron totalmente ajenos a la propia ciudad, pues vinieron impuestos desde el exterior por la situación internacional.

En 1453, los turcos otomanos habían tomado Constantinopla, como ya vimos en el capítulo anterior, e inmediatamente la convirtieron en su capital con el nombre de Estambul y se lanzaron a la tarea de engrandecerla y transformarla lo antes posible en la gran metrópolis del mundo musulmán.

Algo después, en 1488, el navegante portugués Bartolomé Dias rodeaba el cabo de Buena Esperanza al sur de África, abriendo de este modo la ruta marítima hacia las especias de las Indias Orientales. Cuatro años más tarde, el navegante genovés al servicio de la Corona de Castilla, Cristóbal Colón, llegaba a lo que habría de ser llamado América por los europeos y el cambio en la historia del mundo se aceleraba todavía más.

Estos tres hechos fueron decisivos para que El Cairo entrara en crisis y al poco tiempo perdiera su papel preponderante en el comercio mundial que hasta entonces había ejercido. El centro de dicho comercio se desplazó hacia el Atlántico y el Índico, mientras que el Mediterráneo y las rutas caravaneras terrestres fueron perdiendo importancia paulatinamente. La capital mameluca sufrió esta decadencia y aunque todavía se mantuvo floreciente durante unas décadas, no pudo impedir que se le escapara de las manos buena parte de la riqueza que hasta entonces había atesorado.

Aun así, hacia 1517, se calcula que en ella vivían aproximadamente medio millón de personas, una cifra similar a la que había alcanzado dos siglos antes de que las epidemias de peste se cebaran sobre su población.

En ese año, el sultán otomano Selim se lanzó a su conquista. El Cairo y Egipto cayeron con relativa facilidad en manos de sus nuevos dueños y Selim le dio el golpe de gracia a la capital expulsando del trono a los califas mamelucos, saqueando sus riquezas, y llevándose a la floreciente Estambul tanto a buena parte de su población, la que él considero más preparada y más culta, como todas las reliquias del profeta Mahoma que se habían conservado desde hacia siglos en la capital egipcia.

Este fue el punto clave de su decadencia. El Cairo había basado buena parte de su prestigio en el hecho de ser la sede de los califas Fatimíes desde el siglo X, y había iniciado su momento de apogeo a partir de la desaparición de los califas de Bagdad a manos de los brutales mongoles en el siglo XIII. Desde ese instante, el califato, aunque sin la autoridad y el poder de antaño, se había unificado en la figura de los gobernantes mamelucos, y ellos se habían considerado a sí mismos como los legítimos sucesores de Mahoma, aunque en realidad el título fuera ya más bien honorífico y carente del significado que había tenido durante los primeros siglos de su historia.

Selim no se contentó sólo con saquear la ciudad y arrebatarle sus tesoros y sus reliquias, sino que además dispuso que se trasladase la sede del califato a Estambul, y que los sultanes turcos otomanos fueran también considerados califas en lo sucesivo. Esto acabó de hundir a un El Cairo renqueante y convirtió a la Estambul turca en una de las ciudades más importantes del mundo de su tiempo.

Pero aún atravesando una acusada crisis, no era fácil acabar con la gran aglomeración que se había creado en torno a la ciudad cairota. Su población descendió, su riqueza se estancó y con el tiempo fue desapareciendo. El centro cultural que fue durante buena parte de la Edad Media se apagó y en su universidad ya nunca más volvieron a brillar los talentos de los sabios que antiguamente la habían iluminado. Perdió todo poder político y se quedó viviendo una especie de marasmo, de aletargamiento que la dejó totalmente postrada.

No obstante, las tierras que la rodeaban seguían siendo muy ricas y fértiles. Es cierto que ya su

producción o los impuestos que pagaban sus campesinos no revertían sobre el propio Egipto, sino que se iban al palacio de Topkapı y a otros en el Cuerno de Oro, pero sus habitantes continuaban haciendo allí su vida entre la miseria y el olvido. Aun así, y pese a todas estas crisis, El Cairo no dejó nunca de tener probablemente menos de 200.000 habitantes ni siquiera en los momentos más bajos que atravesó durante el siglo XVII.



Muchas calles actuales de El Cairo conservan todavía el típico sabor medieval.

Durante la segunda mitad del siglo XIX los británicos se hicieron con el control del territorio. Tampoco les fue mucho mejor con ellos a los desgraciados cairotas que con las dinastías autóctonas, aunque de alguna forma el urbanismo europeo empezó a hacer su tímida aparición en los nuevos barrios destinados a la burguesía de la ciudad. A finales de siglo, la urbe había experimentado un ligero crecimiento y su población superaba ya los 300.000 habitantes, aunque todavía no sea acercaba, ni por asomo, a los momentos más brillantes de su pasado.

A principios del siglo XX, El Cairo se convirtió de nuevo en la capital de un Egipto independiente, y aunque no experimentara grandes cambios en su nivel de vida, ni en la espectacularidad de sus nuevas construcciones, sí que por el contrario tuvo lugar en ella una recuperación demográfica que cabe tildar de espectacular, gracias a la inmigración del campesinado proveniente de las zonas más atrasadas del país, y al propio crecimiento de la población que desde antaño la había habitado.

De este modo, en el primer tercio del pasado siglo ya superó el millón de habitantes, y hoy día la población de su término municipal ronda los siete millones, aunque la de su inmensa área metropolitana se acerca a la impresionante cifra de 25 millones, lo que la convierte no sólo en la mayor metrópolis africana con enorme diferencia sobre el resto, sino también en una de las diez ciudades más pobladas del mundo y, aunque a distancia de las que encabezan esta lista, se abre de nuevo un lugar para la que fue, hace unos setecientos años, la mayor aglomeración urbana del mundo.

Las ciudades islámicas en Europa. Córdoba, capital del califato de al-Ándalus

EL ASENTAMIENTO PRERROMANO

El año mil es una fecha cargada de simbolismo. Durante la Alta Edad Media, muchas personas pensaron que ese sería el año del Juicio Final. Sin embargo, nada importante sucedió en ese momento. No obstante, para los historiadores sirve como referencia genérica para señalar una etapa de la historia. Así se habla de «el mundo en el año mil», «la población en el año mil», etcétera.

Cuando se trata de hablar de ciudades, también se menciona «la ciudad más poblada en el año mil». Es una forma de señalar cuál fue la urbe de referencia en ese momento. Y es curioso cómo en esa fecha concreta el mundo urbano atravesó coyunturalmente un período de relativa crisis.

Las grandes ciudades de siglos anteriores, como Roma, Constantinopla, Chang An o Bagdad habían pasado ya su momento de mayor esplendor o incluso habían caído en la decadencia. Otras, sin embargo, aún no habían llegado a su cenit, como El Cairo, París o Angkor. Cabe preguntarse, ¿cuál era pues la ciudad más poblada del mundo hace poco más de un milenio? Para responder a la pregunta debemos dirigirnos hacia el extremo sudoccidental de Europa.

En el sur de la península ibérica se encuentra un ancho valle de forma triangular. Por su parte central discurre un río llamado Guadalquivir. Durante los últimos millones de años, el cambiante curso del río ha ido depositando una tierra de aluvión que ha tapizado el fondo de ese valle. Se trata de una tierra fértil que durante milenios ha producido alimentos suficientes para abastecer a una elevada densidad de población.

Durante el primer milenio antes de nuestra era, el río fue conocido con el nombre de Tarsis o Tartessos, dado que en la zona baja se encontraba una civilización que recibía ese segundo apelativo. Pero dos siglos antes del nacimiento de Cristo, las legiones romanas se instalaron en esta tierra y llamaron a ese curso fluvial Betis, y por extensión, toda la zona que regaba recibió el nombre de Bética. Unos mil años después llegó una nueva cultura, la musulmana, y volvieron a cambiar el nombre a esa corriente de agua, la llamaron *Wad al-Kebir*, que en lengua árabe significa ‘el Río Grande’. Con esa denominación, ligeramente modificada, se le ha conocido durante los últimos trece siglos.

El Guadalquivir es un río que recorre algo menos de setecientos kilómetros. Hasta la Edad Media fue navegable desde su desembocadura hasta la mitad de su recorrido aproximadamente, pero

ya no lo es. Los sedimentos que arrastra se han ido acumulando en el fondo de su cauce y desde hace unos mil años, los barcos ya no pueden remontarlo tan al interior. Pero dos mil años atrás esto sí era posible. Las navecillas que lo surcaban podían llegar hasta su curso medio, y allí cargar los productos que se cosechaban en el valle (cereales, aceite, vino, etc.) o los que se sacaban de las montañas de Sierra Morena situadas al norte (minerales, en su mayor parte).

En ese tramo central existe un punto en el que el cauce se ensancha. En verano, durante la época de estiaje, llegan incluso a formarse en él una serie de pequeñas islas. Cuando las aguas son poco abundantes resulta posible vadear la corriente en ese lugar. Era hasta ahí donde los barcos podían remontar la corriente. Más allá, río arriba, sus quillas golpeaban el fondo del lecho y apenas si se podía navegar.

Pero, entre el otoño y la primavera, el paso a pie por este lugar ya no es posible. El río crece por las lluvias y, para atravesarlo, hay que utilizar barcas, con la consiguiente incomodidad. Así era al menos hasta que hace unos dos mil años el emperador romano Augusto estimó que ese sitio era fundamental para el comercio y las comunicaciones, y que el transporte de mercancías o el traslado de las legiones no podía cercenarse de aquel modo.

Su importancia era tal, que una de las vías más destacadas del imperio, la que precisamente llevaba su nombre, la vía Augusta, pasaba por allí, y no era posible cortar el tráfico que existía entre una y otra orilla. Augusto decidió construir en ese lugar un enorme puente de piedra, y a partir de ese momento, lo que hasta entonces había sido sólo una floreciente colonia romana, se convirtió en la ciudad más importante de Hispania, nombre que le daban los romanos a la península ibérica.

El puente condicionó la historia de este lugar. Cuando siglos después los musulmanes llegaron a la península ibérica, en el siglo VIII, fueron perfectamente conscientes de la importancia estratégica de este punto, pues desde él se podía atravesar rápidamente de una orilla a otra y de esta forma era más fácil controlar el territorio. De este modo decidieron convertir la ciudad que existía junto al puente, en la capital de sus dominios en la península. Con el tiempo, este hecho se convirtió en algo decisivo, hasta el punto de que hace mil años, esa ciudad se convirtió, probablemente, en la más poblada del mundo.



Vista aérea de la ciudad de Córdoba, donde puede apreciarse el meandro o curva que realiza el río Guadalquivir a su paso por la misma.

Pero mucho antes de la construcción del puente, el lugar ya había estado habitado desde tiempos prehistóricos. En efecto, se han encontrado fósiles que demuestran que hace ya más de 30.000 años los seres humanos se habían instalado en esa zona.

No obstante, el primer asentamiento con un carácter semiestable no debió iniciarse hasta el v milenio a. C., y a partir del tercer milenio antes de nuestra era, ese poblamiento se convirtió en un asentamiento más o menos permanente en el área de la actual colina de los Quemados. Hacia el año 1500 a. C. ya existía una pequeña aldea muy próxima al río formada por un conjunto de chozas, en ella se fabricaban útiles de cerámica y cuchillos de sílex.

En cualquier caso, no se trataba de un poblado importante o con un carácter plenamente urbano, habrá que esperar hasta el siglo VIII a. C. para que esto suceda. Es en ese momento cuando surge un núcleo protourbano perteneciente a la cultura tartésica, en la etapa que se denomina el Bronce Final Orientalizante.

Probablemente se trataba de un asentamiento con una superficie entre 6 y 12 hectáreas. Es lo que se conoce como un *oppidum* o fortaleza, que se fue consolidando con el tiempo gracias a las ventajas de su posición. El hecho de que en este punto confluyeran las rutas comerciales que traían los minerales de la cercana Sierra Morena (cobre y plata, fundamentalmente), con la navegabilidad del río hasta este lugar, y que a todo ello se uniera la fertilidad de las tierras que existían en este sector, hizo sin duda que el núcleo urbano prosperase y se mantuviese de una forma continua.

Hacia el siglo III a. C. el conjunto había crecido gracias a ser un centro de fabricación de cerámica. También en esta época se hizo patente la aparición de la metalurgia del hierro en la zona.

La cultura tartésica ya había desaparecido, pero sus herederos, los turdetanos, continuaron habitando la ciudad durante todo este período.

A mediados de ese siglo, un nuevo pueblo se hizo con el control de la población, se trataba de los cartagineses, que iban ocupando progresivamente el territorio de la península ibérica buscando fundamentalmente metales.

Según una tradición, fueron los cartagineses los que le dieron el nombre a la ciudad, pues la llamaron *Qart* (que en fenicio significa ‘ciudad’) *Iuba*, que es supuestamente el nombre de un general cartaginés, de ahí que su topónimo inicial fuese *Qart Iuba*. De este se supone que se derivaría posteriormente el nombre romano de *Corduba* o el árabe de *Qurtuba* y de ahí el actual de *Córdoba*. Pero esta hipótesis no es admitida por todo el mundo. Según otras versiones, el nombre significaría ‘ciudad de la colina’, o ‘ciudad del río’, incluso ‘molino de aceite’ según otros, pero ninguna de ellas es aceptada por todos los historiadores.

Sea cual sea el origen del nombre, lo que sí está comprobado es que el asentamiento basaba su prosperidad en la existencia de un muelle embarcadero que se ubicaba junto al río y desde el que se exportaban las riquezas que producía el territorio dominado por la urbe.

CORDUBA ROMANA

De esta forma, cuando en el año 206 a. C. los romanos tomaron la ciudad en el contexto de la Segunda Guerra Púnica, se instaló en la misma un campamento militar aprovechándose del asentamiento ya existente y del embarcadero que había junto al río.

El lugar era ya por aquel entonces estratégico, ya que desde el *castellum* romano se podía controlar el *oppidum* ibérico. Además servía como base de operaciones para dominar todo el valle del río y en él se podía abastecer con facilidad de alimentos al ejército dada la alta productividad del territorio.

Siendo así no es de extrañar que el año 197 a. C. la ciudad fuera proclamada por los romanos la capital de la provincia denominada Hispania Ulterior. En poco tiempo, y una vez acabada la guerra, *Corduba* se convirtió en el centro de comunicaciones de la unidad administrativa recién creada. En ella se concentraba el poder militar, político y económico, y desde ella se exportaban cereales, aceite, cerámica y hasta la producción metalúrgica, que se había fomentado por la proximidad de los yacimientos de minerales en la sierra.

El crecimiento de la población y de su importancia llevó al Senado romano a tomar una decisión trascendental. Hacia el año 170 a. C. el cónsul Claudio Marcelo llegó al campamento con la orden de transformarlo en una verdadera urbe romana y, de esa manera, en los siguientes veinte años, legionarios y trabajadores de todo tipo se dedicaron a construir una ciudad acorde con su rango de capital provincial.

Se diseñó una urbe con un plano ortogonal, como era propio de las fundaciones urbanas romanas. En ella se construyeron templos y otros edificios, tales como una basílica, un palacio para el pretor, y mansiones nobiliarias, tanto para los representantes del poder civil como para los del poder militar. Toda la ciudad, cuya superficie quizás debió acercarse a las 50 hectáreas (se calcula que se extendía por unas 47 o 48), se rodeó con una muralla para garantizar su seguridad, pues todavía había pueblos en la península que no acataban la autoridad de Roma y que podían atacarla.

Y así sucedió poco después, ya que los lusitanos dirigidos por Viriato la asediaron, pero *Corduba* resistió. De la importancia que entonces tenía da fe el hecho de que su nombre fuera el de Colonia Patricia *Corduba*, es decir, una ciudad concebida para ser residencia de los patricios y la

élite de la sociedad romana en Hispania.

Aunque en un principio probablemente el núcleo de población no sobrepasaba los diez mil habitantes, con el paso del tiempo este fue creciendo considerablemente y pronto acabó englobando a la primitiva ciudad ibérica, que durante un tiempo coexistió junto a la romana sin integrarse en ella, pero la colaboración que existió entre los indígenas y los romanos acabó por conseguir la fusión de ambos núcleos en uno solo.

Durante el siglo siguiente, *Corduba* no dejó de crecer y de engrandecerse como ciudad. Se la dotó de un foro porticado con funciones comerciales y los edificios comenzaron a construirse con roca caliza y arenisca, sustituyendo al adobe, que era el material que tradicionalmente se había empleado. Las calzadas se pavimentaron y surgieron varias necrópolis a extramuros de la ciudad para enterrar a los muertos. De su crecimiento da muestra el que llegara incluso a acuñarse moneda en ella.

En el siglo I a. C. el asentamiento ibérico ya había desaparecido y se había integrado plenamente en la nueva urbe. Pero la coyuntura favorable se vio dramáticamente interrumpida a consecuencia de la guerra civil que asolaba al territorio romano. En este contexto, y a partir del año 49 a. C., los cordobeses tomaron partido por el bando pompeyano, que se enfrentaba al de Julio César por el control de los dominios de Roma.

La decisión fue desafortunada. En la batalla de Munda, una localidad próxima, los pompeyanos fueron completamente derrotados por las tropas de César, y la venganza de este contra los cordobeses fue terrible, ordenando a su lugarteniente Cayo Longino que matara a sus habitantes y quemara la ciudad. Según las crónicas de la época, 22.000 cordobeses perecieron en esta brutal represión y la ciudad que había fundado Claudio Marcelo sufrió daños muy importantes.

Pero César no era un político que basara su estrategia en la destrucción o en el rencor, y cuando la situación militar se calmó con el triunfo de su bando, decidió reparar lo que anteriormente había sido destruido.



Puente romano y torre de la Calahorra. Fue construido durante la época del emperador Augusto, entre el año 27 a. C. y el 14 d. C.

César, sin embargo, fue pronto asesinado, y aunque hubo que esperar unas décadas para que su deseo de reconstruir *Corduba* se hiciera realidad, fue su sobrino Octavio, más conocido como Augusto, el primer emperador de Roma, el que decidió llevar a cabo la obra de su tío a partir del

año 27 antes de nuestra era. Así, en el año 19 a. C. la convirtió en la capital de una nueva provincia: la Bética.

Para ello se decidió la repoblación del núcleo urbano haciendo venir tanto a indígenas como a colonos romanos. La ciudad se recuperó pronto y sus monumentos volvieron a reconstruirse. Y no sólo alcanzó el nivel anterior, sino que también lo superó gracias a la construcción de un acueducto llamado Aqua Augusta, que mejoró considerablemente el necesario abastecimiento de líquido. Las mejoras se completaron con una red de cloacas que evacuaban al río las aguas residuales. Las calles se volvieron a pavimentar a mayor escala de la que hasta entonces habían tenido y las obras en su conjunto fueron tan numerosas, que transformaron prácticamente por completo lo que había sido inicialmente la ciudad de Claudio Marcelo.

Las realizaciones urbanas que se llevaron a cabo sobre *Corduba* en época augusta son impresionantes. En poco más de cuarenta años, desde el 27 a. C. hasta el 14 de nuestra era, se construyó un nuevo foro, que se ubicó al suroeste, se amplió el *cardo* o vía principal, se levantó un teatro y un anfiteatro (del que se dice que fue el mayor que hubo en el mundo romano desde el año 5 a. C. hasta la construcción del Coliseo en Roma casi un siglo después), el Augusteion o área sacra, y por supuesto el puente que al principio mencionábamos. Esta infraestructura era fundamental, ya que *Corduba* era un auténtico nudo de comunicaciones en el que confluían nada menos que seis grandes calzadas romanas. Su importancia se comprende por el hecho de que fue el puente realizado en piedra más próximo a la desembocadura del río hasta mediados del siglo XIX.

Las mejoras no sólo se concentraron en el recinto intramuros, sino que también fuera del espacio protegido por la muralla la población se fue extendiendo con nuevos arrabales llamados genéricamente *vicus*, que corresponden tanto a barrios residenciales extramuros, como a pequeños poblados rurales de las afueras. En esta época se llegaron a contabilizar hasta doce necrópolis, que siempre se situaban fuera del espacio amurallado para evitar problemas sanitarios.

Este espectacular crecimiento propició que el espacio edificado casi se duplicase en extensión. De las 47 hectáreas que ocupaba *Corduba* antes de Augusto, se pasó a 79 a la muerte de este en el año 14 de nuestra era. La ciudad se había extendido en todas direcciones, pero sobre todo hacia el sur. Consecuentemente, su población

debió aumentar y sin duda sobrepasó los 20.000 habitantes que se calcula que debió alcanzar a finales de la época republicana, es decir, antes de la subida de Augusto al trono imperial.

Durante el siglo I de nuestra era, *Corduba* no dejó de crecer y de embellecerse con importantes monumentos y realizaciones urbanas. Se construyeron nuevos foros, como el Forum Novum en época de Tiberio; se cerró por completo el recinto amurallado; se hicieron nuevos puentes, como el que hubo sobre el actual arroyo de los Pedroches; varios mausoleos funerarios en las afueras, algunos de los cuales han sido hallados recientemente; un nuevo circo en el sector oriental; el templo de Marte; un teatro con un diámetro de 125 metros; el templo dedicado al culto imperial en la actual calle de Claudio Marcelo, con columnas de casi un metro y medio de diámetro; un nuevo embarcadero en el río, al que se accedía mediante una puerta de la muralla conocida como la puerta del río; plazas porticadas con unas dimensiones de 77 metros de anchura; arcos de triunfo como el levantado en época de Nerón; un segundo acueducto, el Aqua Domitiana, construido durante el reinado del emperador Domiciano a finales del siglo I; fuentes públicas; estatuas de mármol y de bronce que ornamentaban las principales calzadas y vías de la ciudad...

Las realizaciones de esta centuria parecen impresionantes contempladas desde nuestra distancia. Ciertamente, en aquel momento, *Corduba* debía ser una de las ciudades más hermosas del Imperio

romano en el que tantas y tan espectaculares ciudades existían. Y no sólo crecía la ciudad, sino también su cultura y su prestigio. Por esta época vivieron en la capital de la Bética personajes de renombre universal, como el filósofo Séneca o literatos como Lucano o como el propio padre del filósofo, Marco Anneo. En verdad debió ser una época de florecimiento en todos los sentidos.

Durante el siglo II esta tendencia continuó, si bien no al mismo nivel que en la etapa anterior. El espacio lúdico de la urbe quedaba configurado en el sector oriental con la construcción de un nuevo circo, sin embargo, parece que el crecimiento residencial se fue desplazando sobre todo hacia el norte y hacia el oeste.

Fue quizás en este momento cuando *Corduba* alcanzó su apogeo durante época romana. La ciudad debía ocupar al menos unas 140 hectáreas de superficie y su población máxima incluyendo a los *vicus* extramuros se ha estimado entre 45.000 y 50.000 personas, aun con todos los reparos con los que estas cifras han de ser admitidas.

En aquellas décadas continuó una considerable actividad constructiva, tanto de edificios privados como públicos, como sucedió con el templo de Diana o con el tercer acueducto de abastecimiento a la ciudad, el Aqua Fontis Aureae.

LA CRISIS DE *CORDUBA* DURANTE EL BAJO IMPERIO Y LA ÉPOCA VISIGÓTICA

Pero el impulso constructor se fue haciendo paulatinamente menos intenso. El imperio atravesaba por momentos de crisis y eso se reflejaba en la metrópolis cordobesa. A finales del siglo II o ya en el siglo III, el circo oriental comenzó un proceso de abandono y en general las grandes construcciones de la etapa anterior se paralizaron y se inició una ligera decadencia.

Esta se aceleró a partir de la segunda mitad del siglo III, cuando un fuerte terremoto dejó en ruinas a buena parte de las edificaciones. No obstante, la situación todavía no era demasiado mala, y pronto se iniciaron las reconstrucciones. Es más, a finales de siglo, concretamente entre los años 293 y 297, se procedió a la construcción del gigantesco palacio del emperador Maximiano, un enorme complejo de unos 400 por 200 metros cuyos restos vieron la luz hace pocas décadas durante la construcción de la nueva estación de ferrocarril. Desgraciadamente, en una decisión incomprensible y muy criticada por los arqueólogos, fueron destruidos en su mayor parte en el año 1991 para dar paso a las obras del Tren de Alta Velocidad.



Restos del palacio de Maximiano, construido por este emperador romano a finales del siglo III. Sus restos fueron destruidos casi por completo al construir la nueva estación de ferrocarril.

A partir del siglo IV, la situación fue empeorando progresivamente. Todavía al principio de esa centuria se realizaron algunas obras de ampliación en los alrededores del palacio del emperador y se hizo también un último intento de reconstrucción del circo occidental, pero en general, predominó el abandono de los monumentos y un acusado deterioro de las infraestructuras urbanas.

La religión cristiana aparecía en ese momento como nuevo poder en la ciudad y en el mundo. Su auge se plasmó en la creación de iglesias que sustituían a los santuarios donde se realizaban los cultos paganos ya en decadencia. Así, el templo del Divino Augusto en la calle Claudio Marcelo comenzó a sufrir un período de abandono. A la vez, el obispo Osio bendecía la primera basílica paleocristiana en el solar que hoy ocupa la Mezquita.

Durante esta época, la ciudad se iba poco a poco quedando arruinada y semidesierta. Así los edificios clásicos empezaron a derrumbarse ante la falta de reparaciones, la crisis propició el abandono de numerosas áreas públicas, las cloacas se colmataron ante la falta de cuidados y de limpieza, el enlosado de las calles desapareció para ser utilizados sus materiales en la construcción de edificios religiosos cristianos. Asimismo, el teatro y otros edificios lúdicos fueron abandonados y aquel se fue degradando progresivamente hasta el punto de que en el siglo siguiente se convirtió en lugar de improvisado refugio para muchas personas que habían perdido sus hogares.

En este contexto de decadencia, a mediados del siglo IV, el complejo del palacio de Maximiano fue cedido al obispo Osio convirtiéndose en un centro de culto cristiano. La ciudad estaba experimentando una enorme transformación que, al contrario que en siglos anteriores, la iba sumiendo en la decadencia y en la pobreza.

Y por si esta situación no fuera poco, en el siglo V las cosas fueron aún a peor si cabe. Hacia el

año 425 los vándalos, un pueblo germano, hicieron su aparición, tomándola y causándole todavía más daños de los que ya tenía. Más que destruir, los vándalos se llevaron todo lo que pudieron, saqueando con furia las riquezas de la ciudad, que ya por aquel entonces no debían ser muy abundantes.

Tras su marcha, la situación era pavorosa. El espacio intramuros se hallaba enormemente despoblado, hasta el punto de que entre las ruinas se cultivaban pequeños huertos por parte de quienes habían sobrevivido al saqueo y a tanta desgracia. La situación se complicó aún más si cabe a consecuencia de que el río Betis experimentó una serie de inundaciones catastróficas entre los siglos V y VII, que anegaron en repetidas ocasiones la ciudad en ruinas. Es muy posible que estas inundaciones estuviera relacionadas de alguna forma con un proceso de deforestación que se pudo llevar a cabo en esta época, pero sea cual fuere la causa, el resultado es que se produjo una mayor destrucción sobre la ya maltrecha ciudad.

Es más, los depósitos sedimentarios de aluviones fueron cubriendo poco a poco los restos de la *Corduba* romana, hasta dejarla enterrada en muchos lugares bajo una capa de cieno. Este limo se consolidó con el paso del tiempo e hizo que la urbe romana quedara sepultada con sus escombros a una profundidad entre tres y seis metros, dependiendo de la topografía de las diferentes zonas.

Sólo algunas iglesias, los restos de las edificaciones romanas que se mantuvieron en pie, como el palacio de Maximiano, y algunas zonas situadas en una cota más elevada subsistían a la vista entre tanta devastación. Ante la “muerte” de la ciudad, la naturaleza se volvió a adueñar del territorio, y el bosque avanzó cubriendo las ruinas y tapando con su maleza los escasos restos que todavía quedaban a la intemperie.

Por si fuera poco tal sucesión de desgracias, los propios hombres de la época contribuyeron aún más a su degradación. En el siglo VI un nuevo grupo de pueblos bárbaros había ocupado Hispania, los visigodos, y su reinado que duró tres siglos, se caracterizó por las continuas luchas intestinas entre los miembros de la realeza y los de la nobleza. Y para desgracia de Córdoba, eligieron a la arruinada ciudad como campo de batalla en el que dirimir sus intereses dinásticos.

Entre el año 549 y el 584, *Corduba* fue testigo de estas destructivas luchas. En el escaso plazo de 35 años, la ciudad sufrió asedios o ataques por parte de reyes como Agila, Atanagildo, Leovigildo, Hermenegildo y hasta por las tropas bizantinas, que desembarcaron en la península para intervenir en estos conflictos. El resultado final fue desastroso. La población huyó, el escaso espacio edificado que quedaba se desplomó, el puente se derrumbó en buena parte, las murallas se cayeron ante tanto ataque y los pocos supervivientes tras las continuas luchas se refugiaron en el sector suroeste de la urbe, que en ese momento y con toda probabilidad, albergaba entre sus destartaladas ruinas a bastante menos de diez mil personas, es decir, ni la quinta parte de la población que existía tres siglos antes en época romana. Probablemente, el espacio urbano habitado en esta etapa no llegaba quizás a las 20 hectáreas.

Hasta tal punto se había degradado su caserío, que los reyes godos decidieron retirarle su condición de capital de la Bética y esta pasó a la cercana Hispalis, la actual Sevilla. La decadencia era tal, que incluso se utilizaban los edificios intramuros como lugar de enterramiento ante el abandono que había hecho presa en ella. Sólo una pequeña zona muy cercana al río seguía habitada, y probablemente en ella se ubicaba el palacio del *comes* o conde visigodo que gobernaba lo que quedaba de la ciudad.

Parece ser que a finales del siglo VII la situación tocó fondo. Aun así, se aprecia cierta actividad constructiva por esa época. De esta forma se erigieron edificios como la basílica de San Vicente, sobre la que posteriormente se construiría la Mezquita, o palacios como el de Teodomiro en la

Rusafa o como el del rey Rodrigo en Turruñuelos, ya a principios del siglo VIII, en las afueras de la población.

LA LLEGADA DE LOS MUSULMANES: QURTUBA DURANTE EL EMIRATO

En esta situación de postración se encontraba la decadente *Corduba* cuando en el año 711 tuvo lugar un suceso transcendental. Los musulmanes procedentes del norte de África desembarcaron un potente ejército al mando de su general Tarik en un lugar que todavía lleva su nombre, *Gibraltar*, palabra de origen árabe que procede de *Geb al-Tarik* o ‘monte de Tarik’.

Tras la derrota de Rodrigo, último rey visigodo, los musulmanes avanzaron con rapidez por el sur de la península ibérica y ese mismo año llegaron a *Corduba*, tomándola sin dificultad, ya que el conde visigodo que la gobernaba poco pudo hacer para evitar su caída, dado el estado ruinoso de su muralla que nada podía defender ante un ejército atacante.

En ese momento pocos atractivos deberían presentar las ruinas de la ciudad a cualquier ocupante que la tomara. Pero había algo que, aunque tremendamente dañado y abandonado, seguía existiendo, el puente de Augusto que llevaba ya siete siglos facilitando el paso por ese lugar. Los musulmanes comprendieron pronto el valor de dicha infraestructura, y aunque medio derruida y sirviendo a una ciudad que ya casi ni existía, decidieron reconstruirlo y hacer de la vieja *Corduba* el centro del emirato que empezaban a levantar en la península ibérica.

Así, en el año 716, el gobernador al-Hurr tomó la decisión de reparar el puente y convertir a su vez a *Corduba* en la capital del nuevo territorio conquistado. Esto implicó muchos cambios, no sólo en cuanto a la propia urbe en sí, sino también en cuanto a los nombres que hasta entonces se habían aplicado a su entorno. Así Hispania se convirtió en al-Ándalus, el río Betis en el ya mencionado Wad al-Kebir, o ‘el Río Grande’, y *Corduba* modificó ligeramente su nombre, y empezó a ser conocida como *Qurtuba*.

Una vez que se habían dado los pasos para el control del territorio, y que se habían sentado las bases económicas a partir de las cuales se produciría una mejora sustancial en el nivel de vida, los nuevos ocupantes de Qurtuba comenzaron una política destinada a embellecer y mejorar la ciudad.

A la llegada de Tarik, el conjunto urbano se reducía a un pequeño espacio junto al río, pero pronto, con la decisión de convertirla de nuevo en capital, comenzó a afluir población a la misma en gran número, y ya a mediados del siglo VIII se había vuelto a poblar un espacio parecido al que tenía urbanizado en la época romana. Es el territorio que con el tiempo se conocería como la *medina*, o para utilizar una palabra castellana, ‘la ciudad’.

Durante este medio siglo, Qurtuba no sólo creció hacia el área antiguamente ocupada por la urbe romana, sino que incluso saltó a la otra orilla del río y de esta forma empezó a poblarse lo que en aquella época se denominaba el arrabal de Sequnda. Junto a él se encontraba el cementerio de la población, y también la *musara* o hipódromo donde se realizaban los ejercicios y las carreras con caballos. La zona empezaba a poblarse con alquerías o casas de campo. Estas crecían con rapidez al amparo de la fertilidad del terreno que de nuevo recuperaba la importancia que había tenido en siglos pasados.

En el año 756 tuvo lugar otro hecho transcendental: Abderrahman I, un príncipe de la familia de los omeyas, llegó hasta Qurtuba huyendo de la matanza que la familia rival, los abasíes, habían llevado a cabo para hacerse con las riendas del imperio del islam. Abderrahman I fue el único miembro de su familia que sobrevivió a aquella carnicería, y después de seis años de peripecias y de huidas por el mundo islámico, consiguió desembarcar en al-Ándalus.

El príncipe tuvo que utilizar todo su prestigio para conseguir que se le prestara obediencia, pero una vez que consiguió esto, procedió a proclamar la independencia de al-Ándalus del resto del imperio abasí, y desde ese momento Qurtuba ya no fue sólo la sede de un emir dependiente de la autoridad de Damasco, sino que se convirtió en la sede de un emirato independiente, es decir, en la capital de un reino que ya no pagaba tributos a nadie y que no dependía de decisiones ajenas a su voluntad.

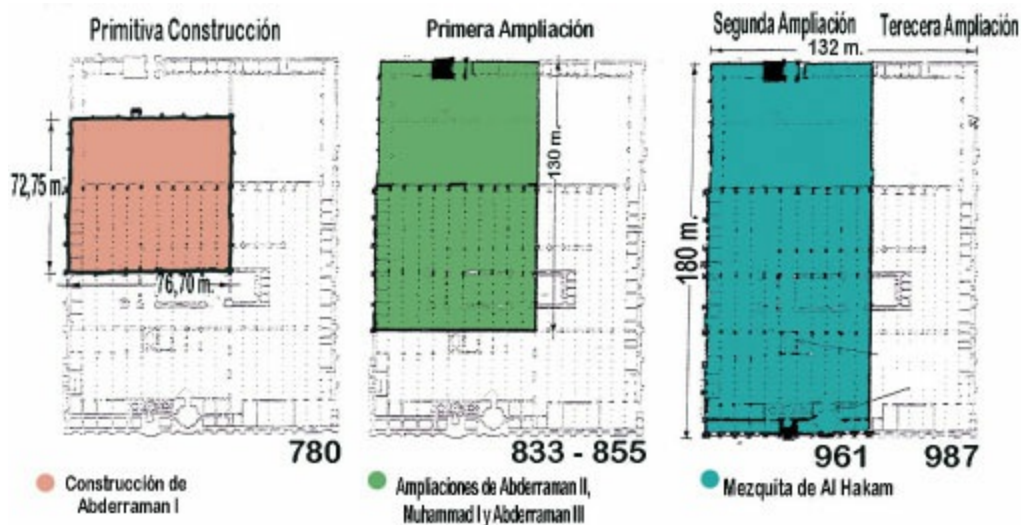
Este hecho fue muy importante, porque permitió el crecimiento de la urbe sin ningún tipo de cortapisas, y en muy poco tiempo comenzó a desarrollarse de forma espectacular y a recibir a ingentes cantidades de personas que procedían de los territorios de su entorno (clientes de los omeyas, marwanidas o sirios, maulas o esclavos, etc.) que buscaban en la capital del emirato un lugar donde vivir.

Abderrahman I fue además un soberano culto y eficaz que inició la gran transformación que experimentaría Qurtuba en los siglos siguientes. En sus treinta y dos años de reinado creó la ceca o casa de la moneda, el Dar al-Baida o palacio blanco en la Rusafa, una finca de recreo a unos tres kilómetros del núcleo urbano, restauró el alcázar, continuó con la reconstrucción del recinto amurallado de la medina y en general llevó a cabo un programa arquitectónico y urbanístico destinado a embellecer a su capital. Por esta época Qurtuba empezó ya a crecer hacia poniente con el arrabal de Balat Mugit, que con el tiempo acabaría alcanzando una gran extensión.

Pero de todas las obras que llevó a cabo Abderrahman I, la que sin duda tuvo mayor trascendencia fue la de la construcción de la gran mezquita Aljama, o si se quiere abreviar de otro modo, la Mezquita, para todos aquellos que la conocen.

A su llegada a Qurtuba, los musulmanes decidieron inmediatamente construir lugares de oración que les permitieran rezar hacia La Meca, por lo que tuvieron que llegar a un acuerdo con los cristianos para que les cedieran algunas de sus iglesias. Tras muchas discusiones, Abderrahman I les propuso la compra de la principal de todas, la basílica de San Vicente, y para conseguir que se la

vendieran, tuvo que adquirir a un precio muy caro su cesión. Pero en cuanto esta tuvo lugar, Abderrahman I decidió transformar el templo visigodo en un gran recinto religioso que se convirtiera en el símbolo de su capital, y así se inició la Mezquita en el año 785.



Principales ampliaciones de la Gran Mezquita Aljama a lo largo de diferentes períodos entre los siglos VIII y X.

En sólo cuatro años, uno después de la muerte del emir, la obra estaba acabada en su primera fase, 121 crujías repartidas en doce arcadas, con una superficie de 74 metros de lado (si bien el espacio interior del templo sólo ocupaba la mitad del mismo). De esta forma, se iniciaba la construcción de uno de los monumentos más emblemáticos no sólo de la ciudad, sino del mundo islámico y, sin temor a la exageración, del arte universal. La brevedad de su construcción se debió al reaprovechamiento de materiales de la desvencijada *Corduba* romana, en especial del palacio de Maximiano, que por aquella época todavía debía conservarse aunque en un estado de bastante abandono.

Tras la muerte de Abderrahman I, el crecimiento de Qurtuba no se detuvo, por el contrario se incrementó, si cabe. Continuamente afluían a la ciudad contingentes de árabes, sirios, bereberes, esclavos procedentes de África, de los territorios eslavos, judíos, etc. a los que hay que unir el sustrato indígena compuesto por descendientes de los hispanorromanogodos. Estos, ante la conquista musulmana, adoptaron dos posturas. La mayoría decidió convertirse a la nueva religión abandonando el cristianismo, de esa forma no sólo pensaban integrarse mejor en la nueva sociedad islámica, sino que, sobre todo, se libraban de tener que pagar la *chizya*, o impuesto que sólo debían satisfacer los no creyentes. Por otra parte, existía un grupo denominado los *mozárabes*, compuesto por aquellos cristianos que decidieron seguir practicando su antigua religión, aunque para ello tuvieran que abonar ese molesto impuesto.

Pero pese a la tolerancia de que hicieron gala los musulmanes en esta primera etapa de al-Ándalus, se estaban gestando en la misma una serie de problemas que acabarían por explotar varias décadas después de la muerte de Abderrahman I. En el año 818, las tensiones sociales que existían en Qurtuba estallaron en forma de revuelta a la que se conoce con el nombre del *motín del arrabal*, por haber tenido lugar en el arrabal de Sequnda el centro de la protesta.

El emir al-Hakam I, que ejercía el poder, actuó con dureza, y unas 3.000 personas fallecieron a consecuencia de esta insurrección, probablemente otras 20.000 más se vieron obligadas a abandonar sus casas y la ciudad ante el temor de ser ejecutadas. Las cifras son, como siempre, difíciles de admitir, pero si así fuera, indican que Qurtuba debía tener ya una población considerable que algunos autores cifran en más de cien mil habitantes, aunque estas especulaciones son, como siempre,

imposibles de asegurar.

Ante la prohibición de construir en el arrabal arrasado, la población tendió a establecerse al norte, en el sector conocido como la Rusafa. Nuevos contingentes de inmigrantes sustituyeron a los exiliados y Qurtuba siguió creciendo sin notar los daños de manera apreciable.

Aun así, la ciudad volvería a experimentar un nuevo impulso con otro emir destacado, Abderrahman II, cuyo gobierno transcurre entre los años 822 y 852. Durante esta época se vivió un momento de esplendor tanto en lo económico como en lo cultural. Grandes personalidades de la cultura de aquel tiempo, como el músico Ziryab o el inventor Ben Firnas (a quien se le atribuye el primer vuelo humano con una especie de paracaídas) vivieron en ella. El crecimiento económico fue tal (Abderrahman II recibía anualmente impuestos por valor de un millón de dinares), que se dice incluso que el emir adquirió el famoso tesoro de *Las mil y una noches* de Harun al-Raschid, a quien conocimos en el capítulo anterior.

Abderrahman II decidió mantener la prohibición de construir casas en Sequnda, pero sin embargo sí permitió que se instalara allí una leprosería y una almunia o huerta, a la que posteriormente se unirían otras más, aunque el arrabal nunca recuperase su antiguo esplendor.

La ciudad creció por tanto hacia occidente, en el denominado *al-Chanib al-Garbi* o ‘arrabal del oeste’. En este momento se reforzó aún más el recinto del alcázar y se reconstruyó el *rasf* o calzada junto al río, que seguía el antiguo trazado de la vía Augusta.

Abderrahman II también se preocupó por mejorar el abastecimiento de agua corriente con un acueducto (el Qasar al-Umara), el alcantarillado, la pavimentación, las fuentes, los jardines, el malecón del puerto, creó nuevos hospitales y favoreció en general el crecimiento urbano. Se calcula que a mediados del siglo IX, Qurtuba se extendía ya por unas 200 hectáreas de superficie y que su población, incluyendo la de los arrabales, alquerías y almunias cercanas podía rondar los 160.000 habitantes. Era ya la segunda ciudad más grande de Europa después de Constantinopla.

Pero al igual que su antecesor Abderrahman I, la obra más importante que Abderrahman II llevó a cabo fue una nueva ampliación de la Mezquita Aljama, que se había quedado pequeña ante el constante crecimiento de la población cordobesa. Entre los años 848 y 855 se construyeron 8 arcadas más con 99 crujías, con lo que se aumentó su superficie casi el doble de la que tenía antes. La obra se hizo fundamentalmente para incrementar la capacidad de las galerías laterales en las cuales asistían las mujeres a los oficios sagrados. En este caso los materiales se trajeron de Mérida, que también estaba siendo desmantelada tras su apogeo en época romana.

Tras la muerte de Abderrahman II, comenzaron a surgir nuevos problemas internos, pero a pesar de ello, el crecimiento no se detuvo, si bien ralentizó su ritmo. En la segunda mitad del siglo IX resurgieron los enfrentamientos sociales entre musulmanes y mozárabes, y también los muladíes o conversos llevaron a cabo insurrecciones, no tanto en el interior de Qurtuba como en zonas próximas a ella, que en cualquier caso, acabaron influyendo negativamente en el crecimiento de la misma.

Sin embargo, en este período se crearon los importantes talleres de la Tiraza o de los bordados (Dar al-Tiraz), en los que se producían tejidos de lino, sarga o brocados de seda, así como tapices y colgaduras. Fue en este momento cuando se construyó la rueda hidráulica del molino de la Albolafia, cuya reconstrucción todavía se puede hoy en día contemplar junto al río.

El crecimiento urbano se seguía dirigiendo hacia el oeste por el Chanib al-Garbi, al que se dotó con mezquitas, baños y cementerios para cubrir las demandas de su numerosa población. De esta forma se ha estimado que a finales del siglo IX, Qurtuba debía acercarse a los 200.000 habitantes, aunque el espacio estrictamente urbano debía ser de unas 286 hectáreas. Sin embargo, debía vivir una elevada población en los alrededores encargada del mantenimiento de los huertos y de los

olivares que rodeaban a la ciudad.

Y este crecimiento se produjo incluso a pesar de las penurias y problemas que creó la sublevación de los muladíes en las cordilleras Béticas. Entre los años 866 y 928 al-Ándalus vivió una especie de guerra civil interna, que redujo su crecimiento y le obligó a emplear grandes esfuerzos en sofocarla. La repercusión más inmediata para el conjunto urbano es que las obras se paralizaron casi por completo.

EL ESPLENDOR BAJO EL CALIFATO DE ABDERRAHMAN III

Esta situación se mantuvo durante varias décadas mientras se dirimió la guerra contra los muladíes. Pero en el año 912 subió al poder un nuevo gobernante, el más importante de todos cuantos gobernaron al-Ándalus. Curiosamente, adoptó el mismo nombre que sus dos antepasados más brillantes, y es conocido como Abderrahman III.

Abderrahman III luchó contra los muladíes sublevados, y lo hizo con tanta eficacia que estos fueron completamente derrotados y ya nunca volvieron a suponer un obstáculo para el crecimiento de Qurtubay de al-Ándalus. Aprovechando esta favorable circunstancia, el emir adoptó el título de califa, es decir, jefe de la comunidad religiosa, con lo cual certificaba su absoluta independencia de los que hasta entonces eran tenidos por los únicos califas legítimos, los de Bagdad, que, como vimos anteriormente, iniciaron una rápida y aguda crisis.

La crisis de Bagdad fue paralela al auge de Qurtuba. Si hasta entonces el crecimiento había sido rápido, ahora sin un enemigo interno contra el que volcar sus fuerzas, el crecimiento fue rapidísimo y sorprendente.

Para explicar esto hay que entender que el final de la guerra trajo consigo la riqueza a la ciudad. El dinero que anteriormente se gastaba en guerrear se empleó ahora en gastos urbanos y con la tranquilidad en el interior, la seguridad, las cosechas y orden se multiplicaron. De esa forma, Abderrahman III pudo recibir intactos los impuestos que pagaban sus súbditos y, en vez de dedicarlos a costear un ejército para mantener una guerra interminable, pudo destinarlos, tanto él como sus sucesores, a embellecer mucho más la ciudad, que acabó convirtiéndose en la más hermosa y grande de cuantas había en el mundo.

Así, por ejemplo, Abderrahman III recibía seis veces más ingresos por los impuestos de los que obtenía Abderrahman II. Pero no sólo eso, sino que se calcula que su tesoro albergaba la elevada cantidad de 40 millones de dinares en oro, con lo cual podía dedicar sus esfuerzos y su dinero en hacer de su capital la más maravillosa metrópolis que podía existir en aquella época.

Y así lo hizo. El reinado de Abderrahman III se caracterizó desde el punto de vista urbanístico por cuatro hechos principales: la construcción de la ciudad palatina de *Madinat al-Zahra* (o Medina Azahara), la tercera ampliación de la mezquita Aljama, la expansión demográfica así como del espacio edificado y el apogeo económico de Qurtuba y de al-Ándalus.

Abderrahman III, al igual que le pasó el siglo anterior a los califas abasíes de Bagdad, no deseaba vivir en su alcázar de Qurtuba, sino que por el contrario prefería disponer de un palacio alejado del centro de la masificada urbe cordobesa. En el año 936 y supuestamente con el deseo de agradar a su favorita, Azahara, decidió erigir no sólo un gran palacio para esta, sino una verdadera ciudad palatina en la que alojar la corte. Para ello dio la orden de que 10.000 obreros (ayudados por 1.500 acémilas y 400 camellos) trabajaran en las obras que se prolongaron por espacio de 15 años, hasta que en el año 951 estuvieron prácticamente concluidas.



Interior de una de las estancias de la ciudad palatina de Medina Azahara, mandada construir por el califa Abderrahman III en el siglo X.

Madinat al-Zahra (nombre que significa tanto ‘la Ciudad de la flor’, como ‘la Ciudad resplandeciente’, ‘la ciudad de Azahara’, en definitiva) era un enorme recinto amurallado de 1.518 metros de largo por 750 de ancho, que englobaban a una superficie de 112 hectáreas y se encontraba a ocho kilómetros de Qurtuba. En su interior se construyeron, además de una serie de palacios, mezquitas, baños, mercados, hospederías, colegios, jardines, aljibes, talleres, piletas llenas de mercurio, dos fuentes de bronce, cuarteles e incluso un jardín zoológico. Se dice que la construcción constaba de 4.500 columnas y de 500 puertas. En ella vivían unas 20.000 personas y estaba protegida por un cuerpo de guardia de 12.000 hombres.

Se estimó su coste en la enorme cifra de mil millones de dirhams (lo que equivalía a cien millones de dinares de oro), que se emplearon fundamentalmente en construir los salones dorados para el califa, y 400 mansiones para los miembros de la corte, trasladada a ella en el 941, en tanto que la ceca o casa de la moneda sería transferida allí seis años después. Madinat al-Zahra fue el asombro de todas las embajadas que la contemplaron, procedentes de los confines más remotos de Europa y del mundo mediterráneo. Según sus contemporáneos, su magnificencia y suntuosidad no tenían parangón con ningún otro lugar del mundo, y aunque las descripciones pudieran ser en ocasiones exageradas, lo cierto es que debió ser, sin la más mínima duda, una ciudad absolutamente deslumbrante.

Madinat al-Zahra estaba situada al oeste de Qurtuba y esa era la dirección que había seguido el crecimiento de la ciudad en los últimos siglos. Cuando el complejo palatino estuvo listo, el crecimiento urbano continuó con mucha más fuerza que antes, y se dirigió hacia el nuevo recinto urbano recién construido. Pero ocho kilómetros son mucho espacio para rellenarlo, y aunque esto no llegó a suceder nunca totalmente (al menos no se ha comprobado esto desde un punto de vista arqueológico), sí es cierto que con el tiempo se formó una especie de continuo urbano entre la medina cordobesa y la medina de Zahra, ocupado por una gran cantidad de alquerías, almunias y toda clase de huertos en los que los campesinos trabajaban aprovechando la fértil vega junto al río.

Abderrahman III también se dedicó a embellecer y agrandar la gran mezquita. La población no cesaba de crecer y el espacio en la Mezquita Aljama cada vez era más insuficiente para acoger a las

miles de personas que deseaban rezar en ella. Por ese motivo, entre los años 951 y 952 construyó un nuevo alminar de 32 metros de altura y un patio o Sahn (conocido actualmente como el Patio de los Naranjos) para que los fieles realizaran sus abluciones antes de entrar al recinto sagrado. Sin embargo, el interior del mismo no se amplió en ese momento, a pesar de que ya era claramente insuficiente para las necesidades de quienes en él rezaban.

Cuando comenzó el reinado de Abderrahman III, Qurtuba superaba ya probablemente los 200.000 habitantes, pero medio siglo después de crecimiento ininterrumpido, hizo que la población superara ya los 300.000. Hacia el año 930 debía aproximarse a los 250.000 habitantes, y coincidiendo con la crisis de Bagdad, debió de convertirse en ese momento en la ciudad más poblada del mundo, más que Constantinopla, que no atravesaba por esa época su mejor etapa, o más incluso que las ciudades de Asia oriental, aunque aquí la afirmación ha de ser más prudente.

Qurtuba poseía una economía floreciente. Exportaba gran cantidad de productos por toda el área mediterránea como tejidos, cerámica, orfebrería, marquería, cuero, lino, seda, papel, aceite... En ella había numerosos zocos y mercados especializados, como los de esclavos, especias, libros, etc. Se celebraban numerosas carreras de caballos en las dos *musaras* existentes, que eran las explanadas que se reservaban para este tipo de espectáculos, tenían lugar tertulias literarias de un elevado nivel y era posible encontrar numerosas diversiones de todo tipo.

Este ambiente de opulencia le permitió al califa abordar obras de enorme envergadura, como por ejemplo una presa o azud sobre el río Guadalquivir con una longitud de 420 metros, en cuyo cauce se construyeron también tres molinos. Asimismo, se realizó un acueducto con un gran recorrido, pues traía el agua desde los manantiales de Sierra Morena, distantes 25 kilómetros de la ciudad.

EL APOGEO CULTURAL CON AL-HAKAM II

En el año 961 murió Abderrahman III, dejando a su sucesor una ciudad en pleno auge y con una población que crecía de forma asombrosa. Su heredero fue otro de los grandes hombres de la historia, su hijo, al-Hakam (o al-Hakem) II. Si su padre se había caracterizado por llevar a la capital cordobesa a la cima de su crecimiento económico, al-Hakam II no sólo continuaría con esta línea, sino que además la llevó al culmen de su desarrollo cultural.

Al-Hakam II no necesitó invertir grandes cantidades de dinero en una nueva ciudad áulica, sino que decidió gastar su voluminoso tesoro en algo menos llamativo, pero sin duda más importante. Se propuso crear la mayor colección de libros que existió en su tiempo, y aunque probablemente no lo consiguió, sí llegó a reunir en Qurtuba una cantidad que quizás superó los 400.000 volúmenes, lo que era una cifra asombrosa para su época. Se dice que al-Hakam II mantuvo a casi doscientos copistas en su biblioteca, la mayor parte de ellas mujeres, que durante esta época gozaban de una situación bastante mejor de la que se piensa.

Decidió también dar una solución al acuciante problema de masificación de la Mezquita Aljama a la hora del rezo, y esta vez sí que procedió a una ampliación del *haram* o espacio de oración. Para ello derribó el muro de la *quibla*, hacia el cual se dirigían los creyentes, y lo prolongó hacia el sur, añadiéndole 154 crujías en 12 arcadas. Se trataba de una ampliación enorme, porque eso implicaba un crecimiento en su superficie de 74 por 55 metros, y se llevó a cabo entre los años 961 y 966, aunque las obras se prolongaron hasta el 974.

Pero no sólo se trataba de una ampliación del espacio para la oración, sino que también consistió en la más hermosa de todas las que se llevaron a cabo. Hizo traer a los mejores alarifes o

albañiles que existían en el mundo, y por tal eran tenidos los bizantinos, que se esmeraron hasta concluir una de las obras de mayor belleza que existen, la del *mihrab* o lugar de la oración destinado al califa. También en esta época se construyeron otros espacios de enorme calidad artística, como la *maxura*, que todavía se conserva.



Mihrab de la Gran Mezquita Aljama realizado por alarifes bizantinos durante la época del califa al-Hakam II en la segunda mitad del siglo X.

Al-Hakam II desarrolló también una febril actividad constructiva durante los quince años que duró su gobierno. Se preocupó en primer lugar de darle los toques finales a la ciudad palatina de su padre, que quedó así concluida. Luego creó un nuevo zoco o mercado y una alcaicería o mercado menor en el sector oeste de la ciudad, que era el que más estaba creciendo. Renovó los acueductos

que traían el agua desde Sierra Morena, reconstruyó el palacio de la Rusafa, pero sobre todo llevó a cabo una profunda restauración del puente romano, que no se había reparado prácticamente desde hacia dos siglos, cuando al-Hurr realizara las obras de reconstrucción. Para completar la obra, amplió el arrecife o camino oriental, utilizando mármol de una excelente calidad.

El crecimiento urbano estuvo acompañado por un enorme incremento demográfico. Al influjo de la riqueza cordobesa, miles de personas procedentes de todas partes se dirigían hacia la ciudad en busca de mejores oportunidades laborales para ellos y de una mejor vida para sus familias. Fue en esta época cuando llegaron numerosos bereberes del norte de África, y miles de musulmanes procedentes de Oriente, sin contar, lógicamente, con todos los ciudadanos andalusíes que también se desplazaban hacia ella buscando un trabajo mejor remunerado.

Esta situación provocó un crecimiento tanto del arrabal oriental o al-Sharqui, como del occidental o al-Chanib, en particular de este último, que seguía acercándose a la distante Madinat al-Zahra. Era tal la afluencia de personas, que se cuenta que la mayor parte de ellas debían residir permanentemente en tiendas de campaña improvisadas en la periferia urbana, ante la imposibilidad de alojarlas a todas en viviendas con una construcción menos efímera y más digna. Muchas de ellas lo hacían entre las tumbas de algunos de los doce cementerios existentes en los alrededores de la metrópolis.

Al-Hakam II tampoco descuidó el crecimiento económico, principalmente porque era necesario dar trabajo a semejante masa humana. De esta forma potenció los talleres de bordado del barrio de los Tiraces, donde se dicen que por esta época trabajaban más de cinco mil personas, en su mayoría mujeres, en los bordados de oro y plata de los tejidos de seda.

Cuando al-Hakam II falleció en el 976, Qurtuba seguía creciendo de una forma desmesurada. No es posible calcular con precisión el número de personas que en ella habitaban, y los cálculos al respecto difieren mucho puesto que no tenemos información fidedigna al respecto, pero determinadas estimaciones evalúan entre 350.000 y 400.000 las personas que podían habitar en la medina y sus alrededores.

A su muerte le sucedió su hijo Hixem (o Hisham) II. Cuando subió al trono era un niño, de ahí que su madre se tuviera que hacer cargo de la regencia. Pero para este cometido decidió nombrar *hachib* o primer ministro a su favorito al-Mansur, más conocido como Almanzor. Fue este el verdadero dueño de Qurtuba, y aquel que la llevó a su máximo esplendor, no ya económico, artístico o cultural, pero sí demográfico y militar.

Almanzor era ante todo un guerrero, y antepuso esta consideración a cualquier otra. Ello le llevó a tomar dos decisiones al principio de su gobierno. Por una parte decidió potenciar mucho más el ejército califal y para ello dio órdenes para que se contrataran miles de mercenarios berberiscos procedentes del norte de África. Estos se desplazaron hasta la capital del califato con sus familias, y aumentaron mucho más la ya creciente población de la ciudad cordobesa.

En segundo lugar tomó una decisión parecida a la de Abderrahman III, pues dio la orden de construir una ciudad en la que él pudiera residir rodeado de su propia corte y sus tropas, mientras que el califa permanecía apartado en Madinat al-Zahra. Almanzor dispuso que la ciudad palatina se construyese justo en el extremo opuesto a la que habitaba el califa, y así, en el año 979, se iniciaron las obras de nivelación del solar en la zona oriental de Qurtuba, en los límites del sector de al-Sharqui.



La ampliación que realizó el *hachib* Almanzor a finales del siglo X propició que la Gran Mezquita presentara esta imagen que asemeja a un enorme bosque de columnas en su interior.

Almanzor denominó a su ciudad *al-Zahira*, que quiere decir ‘Ciudad brillante’. Ante una dirección tan expeditiva y dura como la de Almanzor, las obras avanzaron rapidísimamente y en poco más de dos años la parte principal estaba ya finalizada. En ella se ubicaron palacios, oficinas para la cancillería, residencias para los cortesanos y funcionarios, zocos, molinos, almacenes de granos, cuarteles, todo ello protegido por una poderosa cerca amurallada. La ciudad distaba tres kilómetros del centro de Qurtuba, pero el crecimiento del arrabal de al-Sharqui era tan rápido, que en poco tiempo se hallaba prácticamente unida al resto del conjunto urbano como si fuera una gigantesca conurbación.

Almanzor completó su plan ordenando el traslado de todos los funcionarios de la corte que le interesaron desde Madinat al-Zahra hasta Medina al-Zahira. Las obras todavía continuaron y así en el 989 se construyó un puente para acceder a ella desde la otra ribera del río, y no fue hasta el año 997 cuando se dieron definitivamente por concluidas.

No sólo se contentó el caudillo con construirse una ciudad para sí mismo y para su gloria, quiso también destacar en otro sentido distinto, el religioso, porque deseaba sentirse también heredero de una larga tradición de actuaciones en esta cuestión. En el año 987 ordenó que se procediese a una nueva ampliación de la Mezquita Aljama, la quinta y última que esta iba a experimentar en su historia. Durante siete años, se trabajó con ahínco en esta nueva obra, de tal forma que cuando en el 994 estuvo completada, el gran templo islámico era un recinto enorme con unas medidas exteriores de 174 por 125 metros, y con una superficie de casi 22.000 metros cuadrados. Se calcula que en el *haram* y en las galerías superiores podía llegar a tener cabida más de 50.000 personas, lo que supone una cifra asombrosa.

Esta ampliación fue la mayor de todas, en ella sólo se construyeron 8 arcadas o naves, pero el número de crujías fue inmenso, porque abarcó un total de 272, aunque su calidad arquitectónica y artística es considerablemente inferior a la ampliación decretada anteriormente por al-Hakam II. Para

llevarla a cabo hubo que derribar el muro oriental de la mezquita, ya era imposible seguir ampliándola hacia el sur, puesto que ya se había llegado casi al mismo límite del río. La Mezquita llegó a poseer 1.013 columnas (de las que quedan 856) y para embellecerla aún más Almanzor hizo traer las campanas de la catedral de Santiago de Compostela, donde las había obtenido como trofeo de guerra en el año 997.



Vista general del alcázar de los Reyes Católicos ubicado sobre el antiguo alcázar de los califas omeyas.

Y esto es también un signo de lo que estaba sucediendo en Qurtuba. La población no cesaba de crecer, lo que se reflejaba también en la necesidad de contar con más espacio para rezar en la que era la principal mezquita de la ciudad.

Qurtuba debía ser por entonces una metrópolis impresionante en todos los sentidos. Según un censo realizado en la época y recogido en las obras de al-Bakri y al-Maqqari, hacia el año 1000 existían en la ciudad 213.077 casas para la plebe y la clase media, 60.300 mansiones para la aristocracia y para los altos funcionarios, 80.455 tiendas, 1.600 mezquitas, 900 baños y 70 bibliotecas.

Por esta época debió visitar la ciudad la monja alemana Hroswitha, que también conoció Bagdad, Constantinopla y Damasco. Según ella ninguna era comparable a la grandiosidad cordobesa y de esta forma la llamó *el ornamento del mundo*.

Todas estas cifras y estas alabanzas indican que la magnificencia que alcanzó la urbe debió ser, sin duda, enorme, pero los datos no pueden ser aceptados en modo alguno. De serlo, ello implicaría una aglomeración con más de un millón de habitantes, y esta cantidad no puede ser admitida por casi ningún historiador riguroso, pues es excesiva a todas luces.

No obstante, la población debió alcanzar un volumen considerable que es muy difícil de evaluar. Algunos especialistas como Leopoldo Torres Balbás afirmaron con suma prudencia que «como mínimo debió superar los cien mil habitantes», pero es también una estimación pobre y casi con toda seguridad a la baja. Otros han planteado la posibilidad de que hubiera unas 250.000 o quizás 300.000 personas en su momento de mayor apogeo, y aunque parece una cifra más razonable, puede ser también rebatida.

Recientemente se han publicado trabajos en los que se plantea un volumen de población superior a los 450.000 habitantes, e incluso se ha calculado que para el año 1009, cuando probablemente alcanzó su máximo apogeo demográfico, puede que la capital del califato se aproximara al medio millón de habitantes, aunque es una cifra que debe ser acogida con todas las reservas posibles.

Y es que el problema radica en conocer cuál era verdaderamente la superficie por la que se extendía la ciudad. Los investigadores más atrevidos plantean que debió existir un continuo urbano entre todo el conjunto configurado desde Medina al-Zahira al este, hasta Madinat al-Zahra al oeste, pero ello implicaría una extensión de nada menos que unos once kilómetros de largo por seis de ancho. Es imposible que todo ese espacio estuviera habitado de forma continua y permanente. No lo es el hecho de que estuviera habitado por población que residía cerca de los campos que trabajaba y de las huertas que cuidaba, pero eso no es estrictamente un espacio urbano, sino que como mucho debe ser calificado de *rururbano*, utilizando un término moderno que define esta situación. Y ello implica una densidad de población mucho más baja.

Lo que sí está aceptado es que Qurtuba debió contar con al menos 28 arrabales extramuros, en los que se asentó una población dedicada fundamentalmente a producir alimentos con los que abastecer a la gigantesca ciudad. Así se ha comprobado recientemente en las excavaciones de Cercadilla, pero la arqueología no ha sido capaz de demostrar hasta ahora que ese continuo urbano se extendiera nada menos que hasta la distante Madinat al-Zahra.

También se está trabajando recientemente en un dato que puede ser muy importante. Se sabe que cuando en el año 1009 estalló la *fitna* o revuelta, los gobernantes cordobeses decidieron construir un enorme foso para defender a la ciudad de los ataques enemigos. El perímetro que se le atribuye al foso es inmenso, y de ser cierto en su interior quedarían englobadas nada menos que 5.338 hectáreas (pues abarcaba unos 10 kilómetros de largo por 5,3 de ancho), pero este dato, aunque muy interesante, tampoco es definitivo para hacer ningún tipo de cálculo fiable. Sin embargo, nos acerca de nuevo a la mítica cifra del medio millón de habitantes por muy exagerada que pueda parecer esta a numerosos estudiosos del tema.

Qurtuba ya había alcanzado su límite máximo de crecimiento, aunque quizás si no se hubieran desencadenado determinados acontecimientos es posible que el incremento todavía hubiese continuado durante algún tiempo más.

EL DESASTRE: LA *FITNA* Y LA DESAPARICIÓN DEL CALIFATO

Pero la historia no se detiene, y al igual que a Constantinopla, a Bagdad o a otras muchas ciudades les acabó llegando su decadencia, en el caso de Qurtuba el final fue similar al de estas grandes urbes del medievo.

En 1002 murió Almanzor y aunque el califa siguió siendo el inútil Hixem II, el hijo de Almanzor, Abd al-Malik, se hizo con el poder heredándolo de su padre y durante unos años mantuvo todavía el control de la inmensa urbe. Pero a su muerte en 1008, estalló la crisis. Su hermano Abderrahman Sanchuelo le sustituyó en el poder, intentó proclamarse heredero del califa y esa torpe decisión hizo que se iniciara la *fitna* o revuelta contra la familia Amir o Amiri, apellido de Almanzor y sus descendientes.

En febrero de 1009 el pueblo cordobés, harto del despotismo y de la tiranía de los primeros ministros se lanzó contra Medina al-Zahira, la incendió y la destruyó hasta sus cimientos. Fue una

destrucción tan devastadora que mil años después siguen sin encontrarse restos de la ciudad, pese a haber noticias abundantes sobre la ubicación de la misma. La furia fue tal, que los atacantes debieron arrasarla por completo, aunque no deja de resultar sorprendente tal eficacia destructora.

Cuando los bereberes que apoyaban a la familia Amiri regresaron a Qurtuba de una de sus razias por los reinos cristianos del norte, su venganza no fue menor. En 1010, se dirigieron contra la desprotegida Madinat al-Zahra y la sometieron a un saqueo terrible, despojándola de todos sus ornamentos y desmantelándola a conciencia, para a renglón seguido completar su vandálica obra incendiando lo que quedaba. A continuación se dirigieron contra la capital del califato para acabar su venganza.

En Qurtuba ya se había previsto esta contingencia, de modo que se construyó un enorme foso o *jandaq*, al que antes hicimos referencia, con la esperanza de detener con él a los enfurecidos bereberes. Esto provocó el abandono de numerosas zonas habitadas de las afueras del mismo, pero aun así, su tamaño era impresionante, como se señaló.

Los bereberes pusieron sitio a la capital califal, destruyeron todos los barrios exteriores, como el de la Rusafa o todo el sector noroeste, y tras dos años de asedio, penetraron en la ciudad incrementando las destrucciones y la decadencia de la urbe cordobesa.

Los conflictos se mantuvieron todavía durante varias décadas más, y con ellos se fue despoblando de forma rápida la gran capital del califato. Barrios como el de Balat Mugit fueron arrasados por completo. El sector oriental de al-Sharqui también resultó muy dañado y el territorio acabó convertido en una tierra yerma que no era trabajada por nadie.

No deja de ser sorprendente cómo es posible que una ciudad tan rica, culta, poblada y floreciente se despoblara en tan poco tiempo ante la locura que parecía haberse adueñado de sus gobernantes. Como consecuencia lógica de todos estos conflictos, el califato se disgregó, sus dominios se independizaron creando los llamados *reinos de taifas*, nombre que por extensión se aplica a todo aquel territorio pequeño que ejerce el control sobre el mismo al margen de la autoridad central.

En el año 1031 la institución califal había decaído tanto que los nobles cordobeses decidieron abolir algo que ya no tenía sentido ninguno. Por esa época Qurtuba era una población desolada, arruinada y abandonada por la mayor parte de sus pobladores, que o bien murieron en el curso de tanta revuelta o bien decidieron marcharse antes de que la barbarie puesta en marcha acabara con ellos.

Sin embargo, sorprendentemente, en medio de esta terrible crisis aparecieron de nuevo una serie de personalidades en el ámbito de la cultura, en especial en el de la poesía, como Ibn Hazm, Ibn Zaydun o la poetisa Wallada, aunque muchos de ellos huyeron a otras ciudades ante la inseguridad reinante en Qurtuba.

A mediados del siglo XI, Qurtuba era un fantasma de lo que fue, hasta el puente romano, orgullo y emblema de la ciudad, se hallaba tan destruido que para atravesar el río era necesario hacerlo en barca. Dada esta situación de declive, la taifa vecina de Isbiliya, la que será conocida cuando pase a manos cristianas como Sevilla, decidió obligar a los cordobeses que aún vivían entre las ruinas a trasladarse a la cercana localidad para poblarla, abandonando el lugar donde habían nacido.

A finales de ese siglo, el único espacio habitado era la medina, al igual que había sucedido tras la desaparición de la *Corduba* romana. Tal parecía el sino de auge y declive que la ciudad había experimentado a lo largo de su historia.

Las fértiles tierras de cultivo fueron abandonadas durante mucho tiempo, la red de acequias y las avanzadas norias dejaron de funcionar y se cegaron por la acumulación de lodo o bien acabaron

derrumbándose al no tener cuidados ni sentido su uso. La propia ciudad y sobre todo Madinat al-Zahra sirvieron de cantera de materiales (de una extraordinaria calidad, eso sí) a monumentos de la cercana Isbiliya. Su conocida Giralda, e incluso el maravilloso alcázar, están contruidos en buena medida con materiales de acarreo procedentes de la antigua ciudad palatina.

Así permaneció la ciudad cordobesa durante los siglos que van del XI al XIII. Hubo pequeños intentos de recuperación, pero infructuosos, su postración y su despoblación era tal que ya casi nada podía sacarla del marasmo en el que se encontraba.

A pesar de esto, en el siglo XII la decadente ciudad todavía vivió una chispa de su antiguo esplendor cultural, pues en ella nacieron dos grandes personalidades de la cultura medieval, el filósofo Averroes y el médico judío Maimónides, pero como una muestra más del irremediable signo de los tiempos, ambos tuvieron que acabar abandonándola ante la intolerancia de los nuevos gobernantes musulmanes, los almohades.

En esa situación de decadencia se produjo la llegada de las tropas cristianas al mando del rey de Castilla Fernando III el Santo. En 1236, la ciudad cayó en sus manos y nunca más volvería a ser musulmana. Los conquistadores emprendieron rápidamente la transformación de lo que quedaba de la esplendorosa Qurtuba, construyendo iglesias por todos sus barrios y reutilizando los materiales de la época anterior. La Mezquita Aljama fue transformada en catedral, pero durante casi tres siglos se respetó con una veneración admirativa el majestuoso templo de los omeyas. Las modificaciones que experimentó fueron mínimas y los propios cordobeses se vanagloriaban de poseer un monumento de tal belleza como era aquel, aunque les recordara a una religión que ya no era la suya.



La torre de la Malmuerta es una de las fortificaciones que se construyeron en Córdoba durante la Baja Edad Media tras la toma de la ciudad por los castellanos.



La inserción de la catedral cristiana del siglo XVI en el conjunto de la mezquita musulmana del siglo X rompió la armonía que tenía este edificio hasta ese momento.

Hasta el mismo nombre de la ciudad cambió, y la Qurtuba musulmana de los andalusíes se convirtió en la *Córdoba* cristiana de los castellanos. Durante la Baja Edad Media estos fortificaron la ciudad amurallándola de nuevo y completando el recinto defensivo con torres como la Calahorra o la Malmuerta, muchas de las cuales eran simplemente reconstrucciones del primitivo recinto amurallado Omeya.

Durante este período, la medina se convirtió en el barrio de la Judería, por ser este el lugar en el que se estableció principalmente este grupo hasta su expulsión a finales del siglo xv.

Es necesario cerrar aquí la historia medieval de la ciudad. Córdoba seguiría existiendo hasta nuestros días (de hecho en ella nació el autor de esta obra), pero ya no sería más que una sombra de lo que fue en sus tiempos de grandeza. Y un último dato puede servir como botón de muestra. En el siglo XVI los nuevos gobernantes de los reinos de España se habían vuelto todavía más intolerantes que sus antepasados, y en ese contexto, el cabildo de la catedral cordobesa pidió permiso para construir un templo cristiano en el interior de la hasta entonces intacta Mezquita. El Ayuntamiento cordobés prohibió semejante disparate e incluso amenazó con la pena de muerte a quien osara tocar el sagrado monumento. Pero el emperador Carlos v, rey asimismo de Castilla y de Aragón (de España podemos decir) como Carlos I, terció en la polémica dando la razón a los eclesiásticos. De esta forma se destruyó parte del edificio original incrustando en el mismo una obra que se podría haber realizado en cualquier otro lugar. Como dijo posteriormente el propio emperador al visitarla, «destruimos un monumento que era único en el mundo, para hacer una iglesia que es igual que todas las demás», pero el daño estaba hecho y hasta hoy no se ha reparado.



La plaza de la Corredera es la operación urbanística más destacada de Córdoba durante la época moderna.

Como conclusión final cabe decir que un ejemplo de la pretérita grandeza de Córdoba y de su decadencia posterior es que hoy, ya en el siglo XXI, su población supera ligeramente los 300.000 habitantes, siendo por tanto la única urbe, de todas las que aparecen en este libro, con la excepción de Angkor, que todavía no ha conseguido superar el volumen de ciudadanos que tuvo en su época de mayor esplendor.

El urbanismo medieval en la Europa cristiana: París

DE ALDEA GALA A LUTECIA ROMANA

Existen ciudades que, gracias a su privilegiado emplazamiento, están claramente predestinadas a brillar a lo largo de su historia. El caso de Constantinopla es uno de los más claros como pudimos ver anteriormente.

Sin embargo, hay otras en las que la situación en la que se ubican no hace prever que vayan a tener una importancia determinada a lo largo del tiempo, y sin embargo, terminan por convertirse en urbes sin las cuales no se podría hilvanar la historia de gran parte de la Humanidad. París es una de esas ciudades.

La capital de Francia no se encuentra en ningún lugar significativamente estratégico, ni en una posición particularmente favorable y, sin embargo, desde la Edad Media, ha jugado un papel preponderante, no sólo en el continente europeo sino también en ocasiones en el contexto mundial.

Hay, no obstante, algunos factores que explican el por qué de su éxito. París fue fundada en el curso medio del río Sena, que es navegable desde ese punto hasta el mar para barcos con un calado medio. Por otra parte, justo en este lugar confluyen la desembocadura de varios arroyuelos que vierten sus aguas al Sena. Es también una zona de baja altitud (unos 30 metros sobre el nivel del mar), lo que facilita el vado del río, a la vez que da lugar a una zona pantanosa denominada antiguamente *le Marais* ('la Marisma').



Imagen aérea del río Sena a su paso por la *Île de la Cité*. En ella se ubicó probablemente el primer núcleo habitado del actual París.

Debido a todos estos factores, en ese lugar del curso del Sena, a 445 kilómetros de su desembocadura, se ubicaban hace dos mil años cinco o seis pequeñas islas, justo en el centro del cauce. La principal de todas ellas, llamada actualmente *Île de la Cité* o ‘Isla de la Ciudad’, estuvo llamada desde el principio a representar una parte fundamental en la historia de París, de Francia, de Europa y hasta del mundo.

En este territorio, no especialmente afortunado, se asentaron ya seres humanos de forma semipermanente desde el Paleolítico, hace unos cuarenta mil años, como demuestra el hallazgo de algunos útiles de piedra tallada. Sus habitantes vivían de la caza y de la pesca, y de aquellas

actividades han aparecido algunos restos de épocas mesolítica (8000-6500 a. C.) y neolítica (4000-1800 a. C.), como canoas, arcos o puntas de flecha.

Pero, a partir del siglo III a. C., la situación cambió radicalmente. Un grupo de personas perteneciente a la tribu gala de los parisii se estableció en las dos mayores islas que existían en este lugar, y crearon allí un asentamiento permanente, una aldea gala del tipo de las que genéricamente reciben el nombre de *oppidum* o ‘ciudad fortificada’. Ese nombre de *parisii* acabaría siendo, ligeramente deformado, el topónimo con el que conocemos hoy día la ciudad.

La superficie de las islas habitadas era pequeña, pues se reducía a unas 9 hectáreas. En ellas no debieron de vivir más de mil personas o, como mucho, dos mil, dedicadas mayoritariamente a la pesca y a la actividad comercial a lo largo del río. Sin embargo, la presencia de un santuario druídico (es decir, una especie de pequeño templo que estaba bajo el control de los druidas o sacerdotes), favoreció el crecimiento de la población en torno al mismo.

A mediados del siglo I a. C., la situación volvió a cambiar. Los ejércitos romanos comandados por Julio César invadieron la Galia y, tras una rebelión de las tribus galas, uno de los lugartenientes de César llamado Labieno se apoderó del *oppidum* de los parisii en el año 52 a. C.

La aldea gala existente hasta entonces en la isla del Sena fue incendiada, pero César, conocedor de la importancia que podría tener aquel lugar como centro para el control de otras tribus galas de las proximidades, dio la orden de reconstruirla. En este caso, y para favorecer su crecimiento y su expansión, se decidió ubicar la nueva ciudad junto a la orilla izquierda del Sena, y se le dio el nombre de Civitas Lutetia Parisiorum, siendo más conocida en época romana por el nombre abreviado de Lutetia, o Lutecia, como nosotros la denominamos actualmente. Nombre cuyo significado no está nada claro, pues puede hacer referencia tanto a las marismas, como a la presencia de castores, etc. dependiendo de los diferentes dialectos que hablaban los pueblos de esa zona.

Lutecia creció con rapidez gracias a que los romanos la dotaron de importantes infraestructuras y servicios, como fueron un teatro, dos termas, dos puentes, varios templos, dos acueductos (de 15 y 26 kilómetros de recorrido), dos foros (el *Vetus* o ‘Antiguo’ y el *Novum* o ‘Nuevo’), y sobre todo de un anfiteatro con capacidad para nada menos que 17.000 espectadores, al que se conocía con el nombre de *Las Arenas de Lutecia*.

La ciudad progresó considerablemente gracias al incremento del comercio y a la estabilidad propiciados por la *Pax Romana*, el período de tranquilidad entre finales del siglo I a. C. y comienzos del III d. C. De esta forma se fue extendiendo por una superficie que en su momento de apogeo superó las 40 hectáreas. Se calcula que en ellas podrían vivir entre 5.000 y 8.000 habitantes, o quizás más, pues esto no es fácil de precisar. Hay incluso estimaciones que señalan una población de hasta 25.000 almas a comienzos del siglo III, pero esto parece claramente una exageración. Y eso aun teniendo en cuenta que Lutecia volvió a extenderse por la isla de la Cité, así como probablemente por la margen derecha del río, pero de este crecimiento, casi nada sabemos.

Lutecia llegó a tener realmente una cierta importancia en la Galia romana, pero Roma la consideró siempre como una ciudad de segundo orden en esta provincia, y nunca como una de las principales.

Desgraciadamente, conocemos muy poco de la Lutecia romana, y ello es debido básicamente a los pocos restos que se han conservado de la misma. Esto es comprensible hasta cierto punto, ya que su convulsa historia posterior, las ocupaciones sucesivas de diferentes pueblos y sobre todo el gran crecimiento experimentado en los últimos siglos ha provocado una intensa urbanización y, consecuentemente, una acusada subsolación (es decir, la excavación del suelo para construir en él nuevas viviendas) de la ciudad romana, lo que apenas ha permitido la conservación de casi ninguna

estructura de origen romano, salvo algo del anfiteatro y de unas termas en el sector de Cluny.

A mediados del siglo III, Lutecia se encontraba en pleno apogeo, pero a partir de ese momento, los tiempos comenzaron a cambiar. Esto sucedió porque en primer lugar llegó una nueva religión, el cristianismo, que tuvo su figura más destacada en el obispo San Denis, que vivió hacia el año 240.

Pocos años después hicieron su aparición los pueblos bárbaros que, en el año 254, (los alamanni o alamanes), y, sin darle tiempo a recuperarse, en el 257, los francos, la sometieron a dos crueles saqueos que la dejaron prácticamente arruinada. En particular, fue el núcleo fundado por los romanos en la margen izquierda del río el que más sufrió la devastación, ya que era también el que más se había consolidado y enriquecido durante los últimos tres siglos.



Resto de la estructura reconstruida del anfiteatro de época romana denominado *Las arenas de Lutecia*.

Los supervivientes de estos ataques no tuvieron más remedio que abandonar los restos de la ciudad destruida y volvieron a refugiarse en el reducido espacio de la isla de la Cité, que era el único que ofrecía una cierta seguridad defensiva. Para conseguirla, procedieron a fortificar convenientemente la isla como modo de impedir un nuevo ataque y su consecuente saqueo.

Durante los siglos siguientes se vivió una situación espantosa. El comercio disminuyó enormemente, al igual que lo hizo la población. Los acueductos fueron destruidos y el suministro de agua potable desapareció. La inseguridad se adueñó de la situación y la consecuencia fue que la población urbana fue ruralizándose paulatinamente, huyendo en gran medida al campo donde los saqueos y ataques eran menos probables.

Este fenómeno fue común durante todo este período en Europa occidental. Lutecia se comportó como un ejemplo más de la decadencia que se vivió en el mundo de su tiempo.

Y esto sucedió a pesar de los grandes esfuerzos que los emperadores romanos hicieron por

evitarlo, pero a pesar de ellos, fue completamente imposible invertir la situación. En este contexto de luchas entre bárbaros y romanos, dos emperadores, Juliano, en el año 356, y Valentiniano, en el 365, eligieron a la ciudad como lugar de internada para las legiones que luchaban contra los bárbaros, pero de poco sirvió ese hecho.

Es más, Lutecia como tal ya no existía, pues había sido arrasada un siglo antes y entre sus ruinas sólo crecía la maleza. Sin embargo, la antigua isla de los parisii continuaba siendo habitada, y la existencia de este pequeño y decadente núcleo urbano, sirvió al menos para que se conservara el nombre de la primitiva tribu que lo habitó. De esta forma, comenzó a llamarse a la isla de la Cité con el nombre de *París* (en francés, *Paris*), cayendo lentamente en desuso la anterior denominación de Lutecia.

En el año 451, tuvo lugar otro acontecimiento importante en la historia de París. Atila, el gran caudillo de los hunos, se dirigió hacia la ciudad con el objetivo de saquearla. Cuando estas noticias llegaron a oídos de los parisinos, el pánico cundió entre la población y la mayoría de los cabezas de familia tomaron la decisión de abandonarla ante la imposibilidad de presentar una resistencia eficaz contra el temido rey huno.

Sin embargo, en ese momento, apareció la figura de una de las grandes mujeres de la historia de Francia, Genevieve de Nanterre o Genoveva, a la que posteriormente se conocerá como Sainte Genevieve, o Santa Genoveva. En esos instantes de pánico y cuando todo el mundo sólo pensaba en la huida, Genoveva, que poseía un fuerte carácter y un gran predicamento sobre los parisinos, pronunció unas palabras decisivas: «Los hombres se pueden marchar si así lo desean, dijo, pero las mujeres nos quedaremos en la ciudad rezando a Dios para que los hunos se marchen y Él nos defenderá».

Por uno de esos azares del destino, Atila decidió a última hora cambiar el curso de la marcha de sus feroces guerreros y, de ese modo, París se salvó. Genevieve había obrado el milagro y sus conciudadanos comenzaron a considerarla como una santa.

LA CAPITAL DE LOS FRANCOS

Poco después de este suceso apareció un nuevo pueblo invasor que dos siglos antes ya había destruido la ciudad: el pueblo de los francos. Pero esta vez su ánimo era muy diferente, porque ya no buscaban un nuevo saqueo (si es que quedaba algo realmente interesante que saquear) y destrucción, sino que por el contrario, su rey Clodoveo pensaba conquistar este territorio para instalarse en él con sus guerreros, y no sólo para llevarse las escasas riquezas que por aquel entonces debía albergar la ciudad y después marcharse con ellas hacia otra parte.

Clodoveo derrotó en el año 486 a Siagrio, el último general romano que todavía ejercía el poder en el norte de la Galia. Tras este hecho, llevó a cabo dos actuaciones que serían fundamentales para la historia de París y de todo el país, ya que fue el primer rey que se convirtió al catolicismo abandonando el arrianismo, y a principios del siglo VI, proclamó a París como la capital de su reino. Es posible que al tomar esta decisión no sólo tuviese en cuenta el hecho de que la ciudad ocupaba un punto central en los territorios bajo su control, sino también el que en ella vivía todavía la venerada figura de la anciana Santa Genoveva, que murió pocos años después.



Perspectiva de la *Île de la Cité*, vista desde el río Sena. Fue el núcleo inicial de la ciudad, y hoy se encuentra ubicada en su parte central.

Clodoveo y su esposa, la reina Clotilde, sobrevivieron poco tiempo a la santa y, antes de morir, decidieron que sus cuerpos fueran enterrados junto al de ella. Para albergar a los tres cadáveres se construyó una abadía en la colina, que hoy día sigue llamándose Santa Genoveva. Fue el primer edificio religioso importante de París, y a él siguieron otros muchos en los años siguientes como los de San Germain de Pres, San Martin des Champs, San Gervais o la iglesia de los Santos Apóstoles, que fue donde originalmente se enterró a los reyes y a la santa. Este hecho explica la gran importancia que durante toda la Edad Media tuvo la Iglesia en la ciudad, así como las construcciones religiosas que se insertaron en la trama urbana parisina.

Entre los siglos VI y VIII, los alrededores de la isla de la Cité vieron surgir numerosos monasterios, oratorios, capillas y abadías que con el paso del tiempo acabaron convirtiéndose en centros de atracción de población. En torno a ellos se formaron pequeños núcleos habitados por las personas que trabajaban para el mantenimiento de los religiosos, pero que no vivían en el interior de dichos núcleos.

Habitualmente, estos centros religiosos se ubicaban o bien sobre las colinas, o bien junto a las principales vías de comunicación, y estaban por tanto desconectados unos de otros, por lo que no llegaban a crear una verdadera trama urbana que estructurara la ciudad en torno a ellos. Esto hizo que el París medieval creciera de una forma anárquica e inorgánica, sin que existiera una integración de los diferentes espacios urbanizados que se encontraban desperdigados por sus proximidades.

Este crecimiento incontrolado, aunque reducido, tuvo lugar a pesar de que en determinadas ocasiones París perdió el rango de capital que los francos le habían concedido. Así por ejemplo,

durante la dinastía Carolingia la capital fue trasladada a Aquisgrán desde el año 768.

Y, pese a ello, hacia el siglo IX París debía ser una ciudad con una población relativamente elevada en relación con otras ciudades de la propia Francia o incluso del resto de Europa. Esta podía fluctuar entre 20.000 y 25.000 habitantes, aún con todas las reservas con las que tienen que ser tomadas estas afirmaciones.

Las características urbanas del espacio edificado debían ser bastante deprimentes, pues sin duda se trataba de un núcleo de casas de muy escasa calidad o en numerosos casos las viviendas eran simples chozas de barro y madera hacinadas unas contra otras sin ningún tipo de planificación ni de orden, en medio de calles sin pavimentar y casi siempre embarradas. Se trataba, pues, de una villa carente de los más básicos servicios urbanos, en la que las basuras y la suciedad se acumulaban en las calles y, probablemente, en el interior de las mismas viviendas, en unas condiciones que debían ser deplorables para sus moradores.



Reconstrucción en una maqueta de la *Île de la Cité* como debería ser aproximadamente durante la época medieval. Obsérvese la densificación del espacio edificado.

Desgraciadamente, a lo largo de esa centuria la situación empeoró considerablemente mucho más, si ello era posible, en particular tras el fallecimiento en el año 840 del rey Ludovico Pío, también conocido como Luis I el Piadoso, hijo del gran emperador Carlomagno. A la muerte de aquel se iniciaron dos procesos tremendamente negativos tanto para París como para Europa occidental.

Por una parte comenzaron las luchas por la herencia entre los hijos del monarca fallecido. Las consecuencias de estos enfrentamientos dieron lugar a lo que, posteriormente, se llamaría la etapa del feudalismo. Pero, por otra parte, y por encima de todas las rencillas de reyes y de nobles, el debilitamiento del poder real facilitó la llegada de nuevos pueblos invasores, en especial los más

temibles de todos ellos, los conocidos como Vikingos o Normandos.

Ambas denominaciones se aplicaban a los piratas que procedían del sur de la península escandinava, y a bordo de sus barcos llamados *drakkars* se dedicaron durante más de un siglo a aterrorizar a todas las ciudades europeas costeras o de los grandes ríos navegables, saqueando, violando, destruyendo y matando sin piedad. Sus incursiones se repetían impunemente casi todos los años, y los señores feudales, empecinados en luchar entre ellos mismos, preferían matarse unos contra otros antes de organizarse y adoptar un frente común contra los salvajes invasores del norte.

Como era lógico, los objetivos de los piratas variaban cada año con el fin de no aniquilar por completo a toda la población de un mismo lugar, ya que de esta manera permitían la recuperación de la riqueza y así podían regresar unos años más tarde para buscar de nuevo otro sustancioso botín que llevarse de nuevo a las frías regiones nórdicas de las que procedían.

Este fue, por ejemplo, el caso de París. En poco menos de medio siglo (concretamente entre los años 845 y 892), la ciudad fue saqueada y destruida por completo nada menos que en siete ocasiones, lo que da una aterradora media de un saqueo cada menos de siete años.

Estas terribles incursiones dejaron prácticamente arrasada a la ciudad. No hubo ni una sola abadía merovingia que no fuera robada, incendiada o incluso en algunos casos, completamente destruida. De nuevo la población superviviente tuvo que marcharse de París, y los que permanecieron en el lugar tuvieron que malvivir entre las ruinas que habían dejado los saqueadores en medio de una espantosa pobreza. Probablemente, a finales del siglo IX solamente unas diez o doce mil personas sobrevivían desperdigadas por los contornos de lo que anteriormente había sido una ciudad. Es posible incluso que su número fuera bastante inferior aún al que se ha calculado en tiempos posteriores, ya que las destrucciones fueron enormes.

LA CAPITAL DE LOS CAPETOS

Pero a partir del siglo X la situación volvió a cambiar poco a poco. Primero lo hizo de forma un tanto imperceptible, pero cada vez fue mejorando más paulatinamente y de esa forma París (y por extensión la mayor parte de Europa), comenzó a salir de aquella dura época a la que se conoce genéricamente con el nombre de *los siglos oscuros*.

Y esto sucedió por varios motivos. En primer lugar porque el que entonces era rey de Francia, Carlos III, llegó a un acuerdo con el caudillo vikingo Rolf y le cedió una porción de su territorio en la región de Normandía para que en él se asentase un grupo de vikingos y de esa forma cesasen los terribles ataques contra las poblaciones de su reino. Con el asentamiento pacífico de aquellos normandos, los ataques no desaparecieron por completo, pero sí que disminuyeron enormemente en relación a los de épocas anteriores.

En segundo lugar, en el año 987, tuvo lugar otro hecho muy importante. Un noble llamado Hugo Capeto fue proclamado rey de Francia (inaugurando así una dinastía que perduraría durante más de ocho siglos, la de los Capetos), y al ser París la principal ciudad de sus dominios nobiliarios, volvió a designarla como capital del Estado francés.

Hugo Capeto era un monarca débil y con poco poder, pero era consciente de que para que se afanzara el dominio real con el paso del tiempo sobre toda Francia era necesario disponer de una capital acorde con su importancia, y por desgracia, en aquella época París solamente era un villorrio pobre y que todavía estaba medio destruido a consecuencia de los ataques de los hombres del norte durante el siglo anterior.

De ahí que, cuando subió al poder, se lanzó a la tarea de modificar esta situación. De esta

forma, inició una serie de tímidas reformas urbanas que se centraron principalmente en la reconstrucción de las principales abadías que llevaban ya un siglo arruinadas.

Hugo Capeto proclamó a París como la capital de Francia, pero en cualquier caso, este nombramiento no dejaba de ser un mero título honorífico, más que otra cosa. En los tiempos medievales, para que una capital fuese el centro del poder real, tenía que convertirse en un lugar en el que el soberano residiese permanentemente, y eso no fue lo que precisamente hizo el monarca durante los nueve años que duró su reinado.



La catedral de Notre Dame es la principal iglesia de París.
Fue construida entre los años 1163 y 1345 en estilo gótico.

Sin embargo, su hijo Roberto el Piadoso sí que tomó esa resolución que su padre no había podido llevar a la práctica. A partir del año 996, se instaló definitivamente en París, y eso sirvió para que, al abrigo del poder real, la inseguridad que había sufrido la ciudad durante los siglos anteriores fuera menguando poco a poco. De este modo, Roberto propició el que París comenzará a experimentar un nuevo crecimiento.

El espacio edificado empezó a extenderse desde su núcleo original en la isla de la Cité, y este crecimiento tuvo como consecuencia una curiosa jerarquización social que segmentaría a la población durante la mayor parte de la Edad Media. A partir del siglo XI, París se dividió en tres grandes zonas, cada una de las cuales representaba a grandes rasgos a un determinado estamento social.

En el centro de la misma, en la isla de la Cité, se ubicaba el poder del rey. Era el lugar de residencia del palacio real y de la corte, y aunque en ella se levantó posteriormente la catedral de Notre Dame, el centro de la ciudad fue a lo largo de toda su historia el núcleo neurálgico del poder de los monarcas.

En la margen izquierda del Sena predominaron los asentamientos religiosos, como San Germain des Pres, San Víctor, Santa Genoveva, etc. De ahí que, con el tiempo, fuera también aquí donde se

acabara ubicando el centro de la cultura y de la enseñanza, como acabó ocurriendo con la Universidad de París, ya que por aquel entonces estas instituciones estaban totalmente controladas por el estamento eclesiástico.

En la margen derecha del Sena, aunque también se asentó parte del poder espiritual (San Martín des Champs y posteriormente el conjunto del Temple, núcleo central de los caballeros templarios), fue, sin embargo, el lugar donde se ubicó la zona comercial e industrial, en la que el campesinado o los comerciantes tenían más importancia que los otros dos estamentos, y donde acabaría germinando la burguesía como principal grupo social que finalmente se impondría tanto en la ciudad, como en el país.

Fue entre los siglos XI y XII cuando París empezó a ser conocido como un centro de la cultura, ya que en sus escuelas y colegios enseñaban profesores de enorme prestigio, como Pedro Abelardo o Pietro Lombardo. Hacia 1160 se fundó el primitivo colegio de enseñanza que con el tiempo se acabaría convirtiendo en la universidad parisina.

En esta época París se convirtió también en un centro del arte, pues en el año 1137, el abad Suger ordenó la transformación de la cercana abadía de San Denis, dando lugar con ello a un nuevo estilo artístico que con el tiempo se impondría por toda Europa: el gótico.

París se convirtió también en un centro financiero, ya que a partir del siglo XII la orden de los caballeros templarios se estableció al norte de la ciudad, creando en torno a su monasterio del Temple (nombre que procede de su supuesta imitación del Templo de Jerusalén) el centro económico de Francia y de Europa, gracias a los continuos préstamos de dinero que los caballeros hacían con sus riquezas a numerosos monarcas europeos.

Y finalmente fue durante estos siglos cuando la ciudad pasó a ser también un centro idiomático o lingüístico, debido a que el idioma o dialecto que en ella se hablaba, y que se conocía genéricamente con el nombre *de franciano*, se acabó convirtiendo con el paso del tiempo, y gracias a la protección que le dispensaron los monarcas, en la lengua principal de toda Francia, desplazando a los numerosos dialectos que hasta entonces se hablaban por todo el país como *la langue d'Oc*, *la langue d'Oïl*, el provenzal, etc.

París crecía como un núcleo donde se desarrollaba tanto la industria como sobre todo el comercio. Este destacaba por la compra y venta de productos alimenticios (cereal, pescado) y de materiales para la cantería y las construcciones.

El subsuelo parisino es muy rico en piedras de gran calidad como los granitos o las calizas. Desde época romana hasta el siglo XVIII, y en particular a lo largo de la Edad Media, miles de canteros extrajeron de las entrañas de la ciudad bloques de piedra con los que construir catedrales, palacios, mansiones y todo tipo de obras.



Galería subterránea de las catacumbas medievales utilizada como parte del sistema de alcantarillado.

Esta continua extracción provocó que bajo el suelo de París exista, aún en la actualidad, una intrincada red de galerías que se había iniciado en época romana y que finalmente superan los 300 kilómetros de longitud, algunas de las cuales son visitables, son las poco conocidas pero espectaculares catacumbas de París. A título comparativo y para apreciar mejor la importancia de esta obra, baste decir que la red actual bajo tierra del metro de París es de unos 200 kilómetros.

Durante todo este tiempo, la población de París no paró de aumentar. Si a principios del siglo XI quizás no llegaba a los 20.000 habitantes, un siglo después el número de pobladores ya se había más que doblado alcanzando los 50.000, y a mediados del siglo XII, ya debía rondar los 80.000.

Pero este gran crecimiento no se vio acompañado, desgraciadamente, por otras medidas que mejoraran la calidad de vida de sus vecinos. La costumbre de arrojar directamente a la calle las basuras y los excrementos desde las puertas y balcones al grito de «¡¡Agua va!!», tenía como consecuencia el que las calles se encontraran frecuentemente llenas de pestilentes inmundicias, por lo que eran el lugar habitual por el que pululaban ratas y otras especies de animales que transmitían toda clase de enfermedades. Esta situación provocaba frecuentes epidemias que se agravaron considerablemente en siglos posteriores.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN DE FELIPE AUGUSTO

París, sin embargo, no comenzó a convertirse en lo que sería una gran ciudad hasta la subida al poder del rey Felipe II Augusto. Este monarca reinó en Francia durante un largo período de tiempo comprendido entre los años 1180 y 1223, y fue durante ese momento cuando se inició la primera gran transformación urbana de la ciudad.

Los logros de Felipe II fueron muy importantes para la capital de Francia, pues iniciaron el proceso de monumentalización que la ha venido caracterizando durante los ocho últimos siglos. Para conseguirlo, Felipe decidió prescindir paulatinamente de la nobleza para ir confiando cada vez más en los funcionarios procedentes de la burguesía. El espíritu emprendedor y modernizador de estos estimuló rápidamente el crecimiento económico y urbano.

Así, se procedió a pavimentar las calles, se continuó con la edificación de la catedral de Notre Dame, se iniciaron las primeras obras de lo que actualmente es el museo del Louvre, se construyeron los primeros colegios universitarios en la Cité, se urbanizó el barrio de le Marais y se erigieron las grandes abadías de Saint Antoine des Champs y la de Montmartre. También se llevó a cabo la remodelación del espacio para el gran mercado de París, Les Halles, cuya construcción se había iniciado en 1137.

La mayor transformación urbanística se produjo en la margen izquierda del río. Allí, el gran desarrollo de la primitiva universidad, con todas sus funciones anejas: facultades, colegios, escuelas, etc., provocó una sustancial reforma de este sector de la ciudad que la acabó convirtiendo en uno de los grandes centros europeos del saber.

Fue especialmente en esta época cuando París llegó a ser también el principal centro de las finanzas europeo. En el año 1119 se había fundado la Orden de los caballeros del Temple o Templarios, con el objetivo de proteger a los peregrinos que viajaban a Tierra Santa. Con el paso del tiempo fueron recibiendo numerosas donaciones y de este modo fueron acumulando una enorme cantidad de riquezas y prestaban parte de estas a los reyes o a los grandes hombres de negocios europeos cuando estos se hallaban necesitados de dinero, pero a cambio cobraban unos intereses elevadísimos. Este capital se almacenaba en las arcas parisinas de la sede templaria y de esta forma, la capital fue incrementando notablemente su patrimonio económico. El final de los templarios fue muy dramático, acusados por el rey Felipe IV de practicar la sodomía, fueron torturados y quemados, y fueron despojados de sus riquezas en el año 1307.

El crecimiento económico, el prestigio intelectual y el embellecimiento arquitectónico, redundaron también en un considerable incremento de la población. A comienzos del reinado de Felipe II se calcula que vivían en París unas 80.000 personas, buena parte de las cuales se hacinaban en casas amontonadas unas junto a otras en las escasas 20 hectáreas protegidas por las murallas, pero la mayor parte de sus habitantes vivían desperdigados por los campos cultivados de los alrededores.

En 1223, cuando Felipe II Augusto murió, la población superaba ya los 110.000 habitantes, y lo más importante de todo: la mayor parte de ellos ya no se encontraban desprotegidos, sino que se hallaban amparados por una muralla de reciente construcción que englobaba en su interior a unas 180 hectáreas de superficie. Esta muralla fue construida gracias a la financiación de burgueses enriquecidos que deseaban proteger de esta forma sus bienes y propiedades a consecuencia de la guerra que enfrentaba a Felipe Augusto con Inglaterra.

Así, en las dos últimas décadas del siglo XII, se erigió un muro en la margen derecha del río con unos 2.600 metros de longitud por 800 de anchura y 10 de altura. Este recinto se cerró mediante otro existente en la margen izquierda que se levantó durante las primeras décadas del siglo XIII. Sus dimensiones eran todavía algo mayores que el que tenía enfrente, puesto que sus muros se extendían también a lo largo de 2.600 metros, pero su anchura era ligeramente superior, unos 850 metros.

De esta forma, París multiplicaba su superficie amurallada en casi nueve veces en poco menos de medio siglo, pero la ciudad había crecido tanto y se había extendido de tal manera, que aun a pesar de la ampliación, todavía quedaban numerosos espacios habitados en sus alrededores que seguían estando fuera del recinto amurallado. Era el caso de conjuntos tan importantes como las

abadias de San Germain, San Víctor o San Antoine.

Felipe Augusto consiguió dar tal prestigio a la ciudad que sus sucesores, deseosos de prolongar la obra, continuaron embelleciéndola y engrandeciéndola cada vez más.

La centuria que siguió al fallecimiento del monarca fue especialmente significativa para París. A mediados del siglo XIII, ya rondaba los 160.000 habitantes. Medio siglo después estos se habían transformado en 213.000. En 1328 se habían convertido en 228.000, y a principios del siglo XV se alcanzaba ya la estimable cifra de unos 280.000 pobladores, siendo en ese instante ya, y con notable diferencia, la ciudad más poblada del continente europeo.

El crecimiento demográfico tuvo su reflejo en la expansión urbana, aunque realmente se podría también expresar la frase a la inversa, ya que ambos fenómenos se influyeron mutuamente. París crecía principalmente gracias a cuatro hechos: la pujante burguesía comercial que incrementaba constantemente la riqueza de la ciudad; la función universitaria que se encontraba en pleno auge y que atraía a la metrópolis a los mejores estudiantes y profesores europeos a sus aulas; la presencia del rey y de la corte, con lo que ello significaba como centro de poder y de toma de decisiones, así como punto de atracción de servicios de muy distinto género; y, finalmente, la importancia de la Iglesia, en especial de las abadias, que caracterizaban con su fuerte impronta la trama urbana de la ciudad y hasta estructuraban en buena medida el crecimiento de la misma.

En 1256 se fundó el colegio universitario de la Sorbona que con el tiempo se haría famoso en todo el Occidente, y que le acabaría dando durante la Edad Media, por extensión, el nombre a la propia universidad. En él y en los restantes colegios, se hospedaban cientos y hasta miles de estudiantes y profesores llegados de diferentes naciones. Algunos de sus nombres figuran entre las personalidades más destacadas de la cultura europea de esta época, como es el caso del alemán Alberto Magno, del italiano Tomás de Aquino, o del sabio inglés Roger Bacon.

No sólo fue la Sorbona, sino que nuevos colegios, como el de Navarra o Cluny, convirtieron cada vez más a París en uno de los centros de la cultura universal. Este fue uno de los hechos que propició con el paso del tiempo que el francés se convirtiera hasta el siglo XIX en la lengua más utilizada en las relaciones diplomáticas entre los países.

Y no sólo era la cultura lo que se estaba desarrollando en París, sino que también la economía seguía un curso ascendente. En 1263, una *hansa* o unión de mercaderes se había hecho con la dirección de la municipalidad, y bajo su impulso, el crecimiento aumentaba todavía más.

Aprovechando esta bonanza económica, numerosos extranjeros se asentaron en la ciudad como cambistas de moneda en ferias y mercados. El papel que estas personas jugaron en las finanzas parisinas fue cada vez mayor.

Y es cierto que si la burguesía empezaba a florecer, los grandes tiempos de la nobleza todavía no habían pasado. Esta continuaba teniendo todavía su papel preponderante en la ciudad. Al amparo del poder real, eran numerosos los nobles que levantaban grandes palacios nobiliarios o, como se les llamaba en aquella época, *hoteles*. Así, en este período, se construyeron algunos de los más representativos, como los de Bourbon o Flandre.

Los propios reyes continuaban su labor de embellecimiento y erigían maravillas artísticas, como la famosa Santa Capilla del rey San Luis en el año 1245.

Pero por encima de todos, el estamento que con diferencia dejaba una huella más profunda en la trama urbana de la ciudad era la Iglesia. Hacia 1300, París contaba con unos 70 templos cristianos que se convertían en los verdaderos organizadores de la estructura urbana del caserío. La ciudad se dividía en 35 parroquias que configuraban, a la vez que segmentaban, el tejido urbano. Esta distribución en parroquias sería el origen posterior de los barrios en los que se basaba la

administración municipal. Hasta bien entrado el siglo XVIII, esa era la forma en la que se gestionaba el espacio urbano por el Ayuntamiento parisino.

La Plena Edad Media, es decir, los siglos que van desde el XI hasta el XIII, fue un momento de crecimiento para París en todos los órdenes, y ello tuvo una clara repercusión sobre la expansión urbana. Esta se llevó a cabo con una acusada celeridad, ocupando huertos, viñedos o campos de cereal, que eran urbanizados y convertidos en viviendas para albergar a una población en continuo crecimiento.

El poblamiento no sólo ocupaba nuevos espacios que hasta entonces eran rurales, sino que también crecía a base de rellenar el escaso espacio vacío de intramuros, mientras que nuevos asentamientos se extendían también a extramuros. A comienzos del siglo XIV, la urbe parisina ocupaba ya una extensión de más de 270 hectáreas.

LA CRISIS BAJOMEDIEVAL

Pero los buenos tiempos no duran siempre, y a partir de 1337 se inició una época muy negativa para París y para Francia al estallar la Guerra de los Cien Años contra Inglaterra. Durante un siglo, su crecimiento se paralizó e incluso se redujo sustancialmente a consecuencia de una serie de graves crisis.

Entre esas crisis cabe destacar la que estalló en 1348 en forma de epidemia de peste. Fue tal su virulencia que a esta peste se la conoce concretamente con el nombre de *peste negra*, dada la elevadísima mortandad que causó en todo el mundo. Se calcula que entre un tercio y un cuarto de la población europea falleció en el espacio de pocos años. Sin embargo, París no sufrió de una forma tan dura los ataques de esta peste, pues se estima que en la ciudad «sólo» fallecieron algo más de 13.000 personas a consecuencia del contagio.



La Conciergerie: residencial real de los reyes de Francia desde el siglo XIV, muestra las típicas torres del estilo arquitectónico de la época.

Diez años después, una nueva catástrofe se abatió sobre la ciudad. Esta vez se trató de una cruenta sublevación campesina denominada la *Jacquerie*. Los desórdenes que provocó y los ataques que los sublevados dirigieron contra París provocaron destrozos en la muralla de Felipe Augusto. Esta quedó muy debilitada hasta el punto de que hubo que construir una nueva cerca defensiva ante la situación de ruina en la que había quedado la anterior tras sucesivos ataques y destrucciones.

Además, en este momento, con la Guerra de los Cien Años aun en vigor, la amenaza del ejército inglés sobre París era cada vez mayor y ello llevó a que entre 1358 y 1369 se construyeran dos grandes fortalezas que completaran el recinto defensivo parisino. Al este se construyó la de la Bastilla, llamada a cumplir un destacado papel en la historia de Francia bastantes siglos más tarde, pero que durante la mayor parte del tiempo fue utilizada como prisión por los reyes franceses. Al oeste se construyó una nueva fortificación, el castillo del Chatelet, junto al Sena.

Estas obras, sin duda, dotaron de mayor poder defensivo a París, pero la ciudad se había extendido también en buena medida por el exterior de la muralla, y una gran parte de su población había quedado fuera del perímetro defensivo de la misma y por tanto se encontraba en una gran inseguridad como era la que existía en aquellos tiempos de guerra.

Para evitarlo y asegurar de esa forma la protección de decenas de miles de parisinos que vivían en los campos de los alrededores, el rey Carlos V el Sabio tomó una acertada decisión: ampliar el recinto amurallado para poner a salvo a los habitantes de la periferia en caso de ataque enemigo.

Así, entre 1371 y 1383 se procedió a la erección de un nuevo muro de grandes proporciones, pues alcanzaba los 5,2 kilómetros de longitud, y una anchura de 700 metros hasta las orillas del Sena. De esta forma, la ciudad se ampliaba en 150 hectáreas con lo cual, su superficie total alcanzaba ya más de 430 hectáreas, en las que en caso de asedio se podían refugiar hasta 250.000 personas que era el total de habitantes que se calcula de forma aproximada para el París de aquella época. Esta vez la muralla sí que englobaba a grandes conjuntos abaciales como San Germain o San Marcel, que quedaban así protegidos por primera vez.

La cerca de Carlos V era muy ambiciosa en cuanto a su extensión, pues incluía en su interior bastantes espacios que todavía se encontraban vacíos. Para construirla se empleó el abundante material granítico y calizo que ofrecían las canteras subterráneas que alcanzaron así una profundidad cada vez mayor.

Es más, para evitar la destrucción del recinto por las nuevas bombardas (pequeños cañones) de la artillería inglesa, se diseñaron fosos de hasta 90 metros de anchura que impidieran que los bolaños que aquellas arrojaban pudieran hacer mella en el nuevo sistema de fortificaciones.

Pero a pesar de todos estos esfuerzos, las murallas de París no consiguieron aliviar a la ciudad de los avatares del largo conflicto. Y no sólo por parte de los ataques ingleses, sino incluso de los propios bandos franceses enfrentados en el mismo. Esto sucedió a consecuencia del estallido de una guerra civil interna en Francia entre dos bandos, los *cabochiens*, apoyados por los comerciantes y las clases medias, y los *armagnacs*, que representaban los intereses de la nobleza.

A partir de este momento, París se convirtió en una especie de pelota de ping pong que pasaba con celeridad de unos a otros. Así, en 1413 la tomaban los *armagnacs*, y sólo cinco años después la reconquistaban los *cabochiens* ayudados por los borgoñones, guiados por su famoso caudillo Juan sin Miedo.

Pero las desgracias de la urbe no habían hecho más que comenzar. Un año después, en 1419, eran los ingleses los que se hacían con su control. Esto representó una de las mayores crisis en la historia de París. La consecuencia de tanto asedio y tanto cambio de manos supuso un considerable aumento de los precios de los alimentos, lo que agudizó el hambre y la miseria entre la mayor parte

de sus habitantes, que decidieron abandonarla ante tan dramática situación. El comercio decayó enormemente y la universidad perdió a buena parte de su profesorado y alumnado, por lo que entró en un acusado declive.

Esta era la situación de postración cuando en 1429 entró en escena otra de las mujeres más importantes de la historia de Francia: una joven campesina de 17 años conocida como Juana de Arco. La Doncella de Orleans, que tal era su otro sobrenombre, se puso en marcha al mando del ejército francés para recuperar París, pero fracasó en su intento, resultando herida en un muslo. No obstante, el impulso bélico ya estaba dado y así, en 1435 la guerra civil finalizaba, sólo dos años después los ingleses abandonaban la ciudad y los franceses volvían a hacerse definitivamente con su control.

Cuando esta etapa trágica finalizó, París se encontraba totalmente agotada después de treinta años de continuos sufrimientos. Su población era probablemente menos de un tercio de la que tenía antes del inicio del conflicto, pues quizás ni siquiera alcanzaba los 100.000 habitantes. Las sucesivas conquistas y reconquistas y las revueltas urbanas la habían dejado medio arrasada en cuanto a su caserío y monumentos, y sumida en la pobreza a la mayor parte de su población.

La decadencia no sólo era palpable en lo demográfico o en lo económico, sino también en lo cultural. La Sorbona, y en general la universidad, ya había dejado de ser el centro de la cultura europea, que se estaba desplazando a las emergentes ciudades de la Italia renacentista. La universidad parisina se había quedado anquilosada en sus viejos estudios y se había convertido en un foco del conservadurismo frente a la ideología renovadora procedente de ciudades como Florencia o incluso la propia Roma.

Era tal su situación de postración, que incluso tras la vuelta a manos francesas, los reyes la encontraron tan destruida y tan degradada, que decidieron no convertirla de nuevo en la capital de Francia y en sede de la corte, sino que por el contrario, prefirieron permanecer viviendo en los espectaculares y señoriales castillos que se estaban construyendo en el valle del río Loira, como los de Blois, Chambord, Chenonceau, etc.



Plano que muestra los sucesivos recintos amurallados con

De este modo, París vivió el final de los tiempos *medievales* restañando viejas heridas y buscando la forma de salir del marasmo al que la habían condenado más de un siglo continuo de luchas. Hasta tal punto resultó traumático este hecho para los parisinos y para los franceses, que fueron historiadores que desarrollaron su labor en París los que varios siglos después tildaron de medievales a los tiempos de violencia que le tocó vivir a la ciudad durante esta última etapa.

Y por extensión, fueron estos mismos historiadores los que denominaron *época moderna* a la que se iniciaba con la recuperación de la ciudad y del país, lo que sucedió a partir de finales del siglo XV y sobre todo desde los comienzos del XVI. Este hecho tuvo tal importancia que hoy día se habla en todo el mundo de *Edad Media* o *Edad Moderna* al hacer referencia a estos períodos de la historia.

Llegados a este punto, cabe hacer una reflexión importante, y es que la historia del París moderno alcanza su máxima importancia a partir del siglo XVII, cuando experimenta un nuevo proceso de crecimiento y de desarrollo.

Pero es preciso que nos detengamos aquí. El París moderno y contemporáneo necesitaría para su explicación y comprensión un espacio mucho mayor que supera con creces los objetivos y el contenido de este libro, en el que sólo se pretende analizar básicamente la evolución de las ciudades durante la Edad Media. No obstante, la importancia de París es tal en el mundo actual que no podemos resistirnos a dar unas pinceladas muy breves y muy generales de su evolución durante los últimos cuatro siglos, ya que en muchos momentos ha jugado un papel decisivo en la historia mundial y se ha convertido en la encantadora metrópolis que asombra a quienes la conocen.

Creció considerablemente durante el reinado de Luis XIV y durante el siglo XVIII, sobre todo con la creación en sus proximidades de la ciudad palatina de Versalles. Tras experimentar las convulsiones de la Revolución de 1789, se recuperó en el siglo XIX gracias a las grandes transformaciones que se llevaron a cabo durante la época del barón Haussmann, entre 1852 y 1870. Así, en el año 1889 se construyó la Torre Eiffel, que se ha convertido en su símbolo más representativo. Durante el siglo XX ha crecido enormemente, hasta el punto de que ha superado el término municipal y se ha extendido por un área metropolitana que alberga a unos 12 millones de personas.

Hoy día, París es una de las ciudades más bellas del mundo y atrae a millones de visitantes que llegan para contemplar los testimonios de su pasado y la luz de su presente.

El desarrollo urbano en las civilizaciones del Extremo Oriente asiático: Chang An y Angkor Wat

Cuando en el siglo XIII el viajero italiano Marco Polo visitó China, se quedó asombrado al contemplar una «nueva» y extraña civilización. Años después, regresó a Europa y escribió un libro en el que narró las maravillas que observó. Los lectores del libro no daban crédito a lo que consideraban puras exageraciones que no podían ser realidad, de ahí que se conociera popularmente al libro como *El millón*, pues se decía que, según Marco Polo, la mayor parte de lo que había en el extremo oriental de Asia era tan grandioso, que tenía que ser contado por millones.

Ciertamente, Marco Polo pudo exagerar en determinadas apreciaciones, pero cuando hacia referencia a la población y a las ciudades, sus pretendidas exageraciones no eran tales en la mayor parte de los casos. Las grandes urbes que Marco Polo visitó poseían un volumen de población enormemente superior a las de la Europa de su tiempo. *El millón* no era, sin embargo, una forma despectiva de denominar a su libro, en numerosos casos representaba una realidad que los europeos desconocían, pero que en China y otros lugares era la habitual.

Y eso que cuando el viajero italiano visitó estos lugares, muchos de ellos no atravesaban precisamente por su momento más floreciente. Así se quedó estupefacto con Kambalik, la ciudad del kan o soberano, a la que hoy conocemos con el nombre de Pekín o Beijing. Pero la capital imperial no era, pese a todo, comparable a otras aglomeraciones que habían existido anteriormente en la propia China o en países de su entorno.

La importancia urbana de Asia durante la Edad Media era tal que, forzosamente, debemos seleccionar las ciudades más representativas para obtener una muestra que permita conocer su civilización. En este caso hemos elegido dos ejemplos, Chang An, la capital de China durante la época de las dinastías Han (siglo III a. C. al III d. C.) y Tang (ss. VII al X); y Angkor Wat, la capital del Imperio Jemer en Camboya entre los siglos IX y XV.

Pero aunque serán estas dos ciudades las que más acaparan nuestra atención, no debemos olvidar que el fenómeno urbano en Asia Oriental alcanzó un desarrollo considerablemente superior al de cualquier otra zona del mundo.

Resultaría prolijo, y hasta cierto punto aburrido, presentar una lista con las ciudades que destacaron durante esta época. Sus nombres son casi desconocidos para la mayoría de las personas y el número que sería necesario citar muy elevado. Pero es preciso hacer referencia al menos a las más importantes.

Así, en China, Kaifeng fue la ciudad más poblada del mundo en el siglo XI; Hang Zhou lo fue en el XII; y Nankin en el XIV. Y, por motivos de límite temporal en este libro no incluimos a Pekín, la capital imperial, que lo sería a partir del XVI.

Tampoco incluiremos ciudades del ámbito hindú, que fueron junto con las chinas las más importantes del mundo medieval, ni es posible hacerlo con las de Japón, como Nara o Kyoto, que a partir del siglo VIII fueron las capitales imperiales del archipiélago nipón.

Hemos pues de centrar nuestro estudio en una muestra representativa del mismo, y hemos elegido las dos urbes que más población albergaron entre todas las anteriormente citadas, pero su estudio será suficiente para que tengamos una idea del florecimiento urbano que tuvieron aquellas civilizaciones del mundo oriental.

LA TUMBA COLOSAL DEL PRIMER EMPERADOR

Hace más de tres mil años surgió un poblado en la confluencia de los ríos Wei Ho y Feng Chuio, dos afluentes del Huang Ho o río Amarillo. El nombre del poblado era el de Feng Hao, ubicado en lo que hoy es la provincia de Shaanxi, en el centro de China, al suroeste de lo que es la actual ciudad de Xian. Con el paso de los siglos fue creciendo hasta albergar a más de 50.000 personas. Era una elevada cantidad de población para una ciudad de hace dos milenios y medio, pero para los abigarrados conjuntos urbanos de la China de aquel tiempo no pasaba de ser una ciudad con un tamaño medio.

Pero a mediados del siglo III a. C. ocurrió algo que hizo cambiar la historia de Feng Hao y de la misma China. Un personaje llamado Qin Shi Huang se proclamó en el año 247 a. C. emperador de China, y unificó la gran cantidad de reinos existentes y transformando de manera muy significativa el país (a él se le debe, entre otras muchas cuestiones, el inicio de la construcción de la Gran Muralla China). En el año 210 a. C. Qin murió, pero años antes de su fallecimiento se había fijado en la ciudad de Feng Hao como lugar en el que deseaba que descansasen sus restos.

La posición que ocupaba la ciudad era muy buena desde la perspectiva del primer emperador, y por eso dio orden de que más de 700.000 personas trabajasen en la erección de un túmulo que alcanzó los 150 metros de altura (bajo el cual se supone que todavía se conserva la tumba Qin) y que ocupaba una superficie de 2,5 km². En conjunto, el complejo funerario de Qin, situado a unos 40 kilómetros al este de la ciudad, se extendía por 56 km², y además de su tumba imperial, que todavía no ha comenzado a excavar, decidió enterrar también un ejército realizado en terracota compuesto por unos 8.000 soldados y caballos. Este ejército apareció de manera fortuita en unas excavaciones realizadas en 1974, y desde entonces puede contemplarse como una de las mayores atracciones de la arqueología china.



En la tumba del primer emperador de China ubicada muy cerca de Chang An, se encontraron enterrados miles de guerreros realizados en terracota.



El plano de Chang An muestra una morfología claramente ortogonal que posteriormente influyó sobre otras ciudades de Asia Oriental.

Ocho años después de la muerte de Qin, un campesino llamado Liu Bang encabezó una revuelta contra el emperador que ocupaba el poder y sorprendentemente triunfó. De esta forma, Liu se proclamó nuevo emperador.

Para entroncar la nueva dinastía con la anterior, Liu decidió instalar su nueva capital cerca de la tumba imperial de Qin, y así, la antigua Feng Hao se transformó por completo conociéndose a partir del año 202 a. C. como *Chang An*, que en chino significa 'Perpetua Armonía' o 'Paz Eterna'.

Liu no reparó en gastos en su nueva capital. El perímetro urbano era nada menos que de 25 kilómetros, a cuyo interior se accedía mediante doce puertas. Para fomentar su ocupación, el emperador obligó a que la aristocracia militar china se instalase forzosamente en la misma.

Chang An se diseñó siguiendo un plano cuadrículado y contaba con avenidas de hasta 82 metros de anchura. Con el objeto de mejorar su abastecimiento de agua se construyó un canal de 125 kilómetros que la conectaba directamente con el río Amarillo. En el interior de la ciudad se construyeron una serie de edificios de enorme suntuosidad, como el gigantesco Palacio Interminable, una mole de casi 5 km², así como otras dependencias imperiales como el palacio de la Eterna Felicidad o el Pabellón de la Lluvia Automática, de sugestivo nombre. Se dice incluso que llegó a existir una pagoda que poseía una altura de 115 metros, pero de ella sólo nos han llegado referencias puesto que tan elevado edificio no se ha conservado.

A partir del año 141 a. C. Chan An se convirtió en el punto final de la primitiva Ruta de la Seda, a través de la cual se exportaba esta fibra hacia Europa. La ciudad se había convertido en el lugar más importante de China, no sólo político, sino también económico y cultural, pues allí se ubicó el mayor centro de estudios de todo el país.

Esto tuvo una repercusión directa sobre su población. No es fácil precisar cuál era el volumen de la misma, pero un censo realizado en el año 2 de nuestra era arrojó una cifra de 80.000 viviendas en la urbe, lo que ha llevado a pensar que la población que albergaba la misma debía oscilar entre 246.000 y 400.000 personas, según las diferentes hipótesis. Sea cual fuera, era probablemente la mayor concentración humana del mundo después de Roma y Alejandría.

LOS HUNOS Y LOS SUI

Pero el auge de Chang An no llegó a cumplir los dos siglos. En el año 9 de nuestra era sufrió un primer ataque por parte de campesinos que protestaban por la situación miserable en la que se encontraban. En el año 23 sufrió un segundo ataque mucho más devastador, una turba campesina denominada los Cejas Rojas, la atacaron saqueándola y destruyéndola. Fue tal el estado en el que la dejaron que, al año siguiente, la nueva dinastía reinante de los Han orientales, ni siquiera se planteó su reconstrucción, decretando el traslado de la capitalidad hasta Luo Yang.

Chang An no desapareció totalmente, pero su población se vio considerablemente mermada por estos hechos, y quizás posteriormente no alcanzó ni siquiera los 80.000 habitantes. Debió continuar siendo una ciudad importante, porque a pesar de las destrucciones experimentó nuevos ataques por parte de los hsiung nu o hunos en el año 48, y en 184 sufrió otra agresión de campesinos desesperados, en este caso de los llamados Turbantes Amarillos.

Resulta difícil explicar el por qué, pero a pesar de tanta degradación la ciudad se mantuvo, aunque medio en ruinas, y no llegó a abandonarse. Esto resulta todavía más asombroso cuando conocemos que entre el año 299 y el 317 recibió nada menos que ¡cinco ataques! por parte de los hunos y otros pueblos nómadas y, a pesar de quedar muy quebrantada, Chan An resistió entre tanta desolación.

Sin duda, Chang An debía estar prácticamente arrasada en esta época, pero a mediados del siglo VI sucedió un hecho importante del que ya hablamos en el capítulo segundo de este libro. El emperador bizantino Justiniano reinició el comercio por la Ruta de la Seda que había quedado aniquilada tras tanta invasión y destrucción. Chang An se ubicaba en el extremo occidental de la civilización china, de ahí que fuera punto de partida y también de llegada del comercio procedente de Europa y de Oriente Próximo. La ciudad empezó a recuperarse poco a poco y a finales de ese siglo, una nueva dinastía, la de los Sui, emprendió un proyecto de remodelación para crear una nueva capital a la que dieron por nombre *Da Xin*, o ‘Gran Prosperidad’.

A partir del año 581 las obras comenzaron, diseñándose una gigantesca urbe con unas proporciones descomunales, pues en un principio tenía unas dimensiones de 9,6 kilómetros de largo por 8,4 de ancho, que posteriormente se ampliaron aún más hasta alcanzar 84 kms² de superficie. Es difícil encontrar en la historia, antes del siglo XIX, una urbe que poseyera unas dimensiones tan gigantescas.

La ciudad se trazó de nuevo con un plano rectangular. El centro de la misma estaba atravesado por una anchísima avenida (la Gran Vía Imperial) que medía 155 metros entre acera y acera. Se ubicaron en ella numerosos palacios, jardines, centros administrativos, dos enormes mercados y lagos interiores. Da Xin se dividía en 106 barrios, cada uno de los cuales tenía su propio templo. En ella se practicaban libremente toda clase de religiones: principalmente budismo (con más de 300 templos), pero también taoísmo, zoroastrismo, cristianismo nestoriano y, posteriormente, el islam, que llegó incluso a contar con una gran mezquita.

Un complejo con unas dimensiones semejantes necesitaba para mantener a su población un excelente abastecimiento de agua, y para ello se decidió construir un nuevo canal mucho mayor que el que existió antiguamente, pues este había quedado prácticamente cegado por la acumulación de sedimentos y por la falta de cuidados. Así, a partir del año 584 y por espacio de casi dos siglos, se decidió la construcción de un gigantesco Gran Canal Imperial. Sus dimensiones eran asombrosas, porque cuando estuvo terminado se había convertido en una arteria de unos 2.700 kilómetros de largo que recorría buena parte del interior de China, con una anchura de 40 metros y una profundidad de 4.

CHANG AN DURANTE LA DINASTÍA TANG

Para llevar a cabo esta descomunal obra se calcula que hizo falta el trabajo de cinco millones de personas, de las cuales cerca de un millón debió hacerlo en la construcción de los tramos más próximos a Chang An. El esfuerzo que se le exigió al campesinado en este sentido provocó la caída de la dinastía Sui, y la subida al poder de una nueva dinastía en 618, la Tang, pero esta, lejos de paralizar las obras, las incrementó de la misma manera, lo que también engrandeció aún más a Chang An (denominación que se le devolvió tras la llegada al poder de los Tang) a la que mantuvieron como capital. Fue durante esta época cuando la ciudad llegó a su apogeo.

Durante casi dos siglos, Chang An se convirtió en la mayor ciudad del mundo y, aunque es extremadamente difícil calcular el número de personas que en este período de mayor prosperidad residió en ella, es evidente que debió de ser muy elevado dadas las características que poseía.

Según diferentes autores, la ciudad no debía alcanzar los 90.000 habitantes cuando los Sui la convirtieron en la capital imperial, pero sólo medio siglo después se calcula que ya debía albergar a unas 400.000 almas, y a mediados del siglo VIII es muy posible que superase el millón de habitantes, aunque esta afirmación no se puede comprobar con los datos que poseemos.

Sin embargo, un censo realizado en el año 742 otorga a la ciudad la asombrosa cifra de 362.921

familias. Ello ha hecho pensar a determinados autores que el conjunto urbano, junto a los barrios existentes en su periferia, podía llegar a superar el millón y medio de habitantes, cantidad que se arroja como excesiva ante los inevitables problemas de transporte y abastecimiento de alimentos para cubrir las necesidades de tan enorme tamaño de población.

Probablemente, nunca sabremos con precisión cuántas personas vivieron en la ciudad, y más mientras no se avance mucho más en el conocimiento de las excavaciones arqueológicas que se llevan a cabo en el recinto que ocupó. Pero aunque estas estimaciones pequen por exceso, no cabe duda que debió ser una población con un tamaño impresionante, quizás incluso mayor que la propia Roma imperial, aunque esta afirmación no pueda ser aceptada por todos los especialistas del mundo de las ciudades antiguas.

No sólo era su tamaño o el volumen de su población. El conjunto monumental que poseía Chang An debía ser admirable. Edificios como la Gran Pagoda del Ganso Salvaje, que aún se conserva tras numerosas reconstrucciones, el Templo de la Gracia Maternal, la mansión de la princesa Tai Ping, la pagoda Xiao Yan, la biblioteca de Xuan Lang, el palacio Da Ming, etc. son sólo algunos ejemplos de los cientos de edificios primorosos que debió albergar dentro de sus muros.

Era, sin duda, la ciudad más populosa, civilizada y cosmopolita del mundo. En ella o en sus proximidades apareció la imprenta y el papel moneda, se dice que poseía árboles frutales en todas sus avenidas. Su riqueza se derivaba del floreciente comercio que propiciaba la Ruta de la Seda, de la enorme fertilidad de su tierra aluvial que favorecía abundantes cosechas, de las fábricas de manufacturas textiles (en especial las sederías, como era lógico) y también por el hecho de que recibía todos los impuestos del Imperio chino, que revertían a la corte para aumentar el tesoro del emperador.

Su organización interna estaba muy jerarquizada en clases sociales y en barrios, en función de las características económicas de su población. Se dice incluso que había un barrio especial dedicado a los homosexuales y otro a las prostitutas. Chang An siempre fue un modelo de tolerancia desde muchos puntos de vista en su época de esplendor, y no sólo en lo religioso, como antes mencionamos, sino también en lo social o incluso en lo moral.



La pagoda gigante del Ganso Salvaje es uno de los monumentos más representativos de Chang An durante la época Tang, aunque actualmente su altura es más reducida de la que tuvo antiguamente.

Su influencia en el mundo de su tiempo fue tal que sirvió de modelo para la construcción de numerosas ciudades, entre las que cabe mencionar las capitales imperiales de Japón, Nara y Kyoto, y de la posterior capital China, Pekín.

DECADENCIA Y SUSTITUCIÓN POR XIAN

Pero al igual que le sucedió siete siglos antes, cuando mayor era el apogeo de Chang An, mayores fueron también los problemas con los que se tuvo que enfrentar. En el corto espacio de 34 años, la ciudad fue atacada, saqueada y recuperada por los Tang en cinco ocasiones. En el 756 fueron los uigures los primeros en dañarla, en el 763 una rebelión de campesinos dirigida por An Lushan, en el 769 los tibetanos tufán, en el 783 una nueva rebelión campesina dirigida por Jiang Yuan, en el 790 de nuevo los tibetanos...

El problema principal radicaba en que los impuestos que se cobraban al campesinado se habían incrementando considerablemente para sufragar los enormes gastos de la corte imperial y las grandes obras llevadas a cabo en la capital, de ahí que la insatisfacción se manifestara en estallidos de violencia por parte de los campesinos oprimidos. Esto propició la debilidad del poder imperial, y de esta manera los pueblos de la periferia china vieron facilitada su labor de continuos ataques y saqueos.

A pesar de estos, Chang An continuó siendo una gran ciudad durante buena parte del siglo IX. Es cierto que con los ataques y saqueos anteriores había quedado muy dañada, pero los emperadores la reconstruyeron una y otra vez cada vez que la recuperaban. A finales del siglo VIII, su población debía ser de unos 800.000 habitantes, o quizás algo menos. A mediados del IX todavía debían de vivir en la capital unas 600.000 personas, pero poco después se volvió a abatir la catástrofe sobre la infortunada ciudad.

La dinastía Tang se encontraba cada vez más asfixiada económicamente y, ante tal situación, los emperadores recurrieron de nuevo a la peligrosa táctica de aumentar todavía más los impuestos a unos campesinos que se encontraban en una situación desesperada. Así, entre los años 880 y 882 el campesinado dirigido por Huang Zhao se rebeló y la sometió durante dos años a un terrible baño de sangre del que ya no se recuperó. Los emperadores, ante la situación en que quedó, decidieron abandonarla definitivamente como capital imperial y se trasladaron de nuevo a Luo Yang. Con ellos marchó toda la corte imperial y también los grandes señores feudales que se habían instalado al amparo de la misma.



Panorámica exterior de las murallas de Xian, la ciudad construida sobre las ruinas de Chang An, después de que esta entrara en decadencia.

El empobrecimiento y el caos se adueñaron de la desgraciada ciudad. En el año 904 el emperador Zhu Qang obligó a la mayor parte de la población que quedaba a trasladarse a la nueva capital. Chang An entró en una crisis total, y si no desapareció por completo sólo fue debido a que continuaba siendo una escala fundamental en el tráfico comercial que transitaba por la Ruta de la Seda. Su población, muy probablemente, ya no alcanzaba ni los cien mil habitantes a mediados del siglo X.

Y todavía no había tocado fondo en la sucesión de desgracias que le tocó vivir. Entre 1211 y 1279 la invasión de los mongoles le trajo nuevas calamidades. El Gran Canal Imperial fue cortado y cegado, la Ruta de la Seda se desvió por otra trayectoria diferente y hubo que promover las rutas marítimas como alternativa al desquiciamiento de la economía china. Los mongoles incluso le cambiaron el nombre a la ciudad y la denominaron Feng Yuan, pero por aquella época poco debía quedar en pie en la misma, pues había sido prácticamente arrasada y sólo era posible contemplar una enorme extensión de ruinas semiabandonadas. La zona habitada se había reducido a un 6% de la que tuvo en su momento de esplendor y se concentró en uno de los pocos sectores que todavía no habían sido pasto de la destrucción.

A mediados del siglo XIV, la ciudad prácticamente no existía, aunque entre sus ruinas seguían viviendo varios miles de personas. Pero a partir de 1369 y en los nueve años siguientes, una nueva dinastía, la Ming, decidió reconstruir la ciudad. No se trataba ya de la antigua Chang An, que había desaparecido en su mayor parte, sino de una nueva urbe a la que le pusieron de nombre *Xian*, que

significa ‘Paz Occidental’. No era una gran ciudad, pues se calcula que sólo superaría ligeramente los 100.000 habitantes, y así se mantuvo con un ligero crecimiento hasta el siglo XIX.

Sin embargo, hoy día Xian es una de las grandes ciudades de China, y aunque dista mucho de las enormes metrópolis orientales, su población supera en la actualidad los cuatro millones de habitantes, y su legado para la cultura universal sigue siendo imperecedero.

ANGKOR WAT, LA CIUDAD PERDIDA EN MEDIO DE LA SELVA

Las leyendas sobre ciudades perdidas en la selva son bastante frecuentes entre muchos pueblos de las zonas intertropicales. En ellas se narra cómo antiguas civilizaciones llegaron a construir complejos monumentales en los que habitaron miles de personas, pero también explican que, estas mismas ciudades, fueron posteriormente abandonadas por sus habitantes para ser luego cubiertas por la maleza y la vegetación hasta hacerlas prácticamente impenetrables para los seres humanos.

Probablemente, la más conocida de todas ellas sea la que se cuenta en una famosa obra titulada *El libro de la selva*, escrita por el novelista anglo-indio Rudyard Kipling en 1894. En ella se describe como Mowgli, un niño abandonado al poco de nacer, visita una de esas ciudades acompañado por diversos animales. Kipling se inspiró, muy probablemente, en el reciente descubrimiento que pocos años antes había tenido lugar en lo más profundo de la selva de Indochina. Allí, tres décadas antes, se habían encontrado las ruinas de una enorme ciudad a la que la selva se había tragado mucho tiempo antes, pero que en aquel momento estaba siendo dada a conocer tras varias centurias de olvido.

A finales del siglo XIX, misioneros y científicos europeos se habían adentrado en el territorio selvático de lo que es la actual Camboya, y en medio de la maleza encontraron un fascinante complejo arquitectónico en el que las raíces de los árboles y una vegetación espesa y frondosa cubrían rostros esculpidos por una antigua civilización. En medio de lagos, plantas trepadoras y lianas, aparecían templos majestuosos en los que incluso resultaba difícil adivinar cuáles eran sus verdaderas formas, dada la gran espesura que los recubría.

El mundo occidental comprobó asombrado cómo mucho tiempo antes, en el corazón de un territorio terriblemente hostil y salvaje, había florecido una de las mayores civilizaciones urbanas que ha conocido la historia, pero de la cual, se había perdido su recuerdo desde hacia bastantes siglos.

Los investigadores se preguntaron cómo era posible que se hubiese construido una ciudad de tan enormes dimensiones y con tantas obras de arte maravillosas como las que allí había en un medio tan poco favorable. Su extensión era tal que algunos de esos estudiosos llegaron a apuntar que, en su momento de máximo esplendor, todo aquel gigantesco conjunto urbano podía haber albergado a un volumen de población estimado entre un millón y un millón y medio de personas. En la actualidad resulta difícil conceder crédito a semejantes especulaciones, pero los espectaculares restos siguen ahí y alguna justificación debió tener su existencia y la magnitud que alcanzaron.

Pero si la pregunta sobre quién y cuándo levantó aquellas imponentes construcciones carecía de respuesta, todavía más inquietante resultaba el hecho de saber por qué habían sido abandonadas de una forma tan total y absoluta tiempo después.

Todavía hoy no hemos encontrado respuestas completamente satisfactorias a todas estas preguntas, pero nuestros conocimientos al respecto sí que han mejorado bastante y aún con lagunas, es posible reconstruir la historia de la ciudad «perdida en la selva» de la siguiente manera.

En el centro de Camboya se encuentra un enorme lago llamado *Tonle Sap* o ‘Lago de Agua Fresca’. Se trata de una región muy húmeda a consecuencia de las abundantes lluvias monzónicas, recorrida por numerosos ríos que evacúan sus aguas hacia el mencionado lago. Es por este motivo una zona fértil, en la que el cultivo del arroz de forma intensiva permite la subsistencia de una elevada población.

Desde hace varios miles de años ha sido un territorio habitado por agricultores que han aprovechado las ventajas que la naturaleza ofrece para explotar la tierra adecuadamente. Es el denominado país de los khmers o jemerres, que es el nombre que se dan a sí mismos sus habitantes y que nosotros conocemos como Camboya (aunque hasta hace unas décadas el país también se denominó Kampuchea).

Poco después del año 800 de nuestra era, el rey jemer Jayavarman II decidió trasladar su capital a un lugar al norte del Tonle Sap y, para garantizar el aporte de agua necesario para sus habitantes, ordenó construir un *baray* (palabra que podemos traducir por ‘estanque, embalse o lago artificial’) con unas dimensiones enormes, pues medía, y todavía mide, 25 kilómetros de largo por 10 de ancho. Ello explica porqué sus muros tienen una anchura ciclópea de 90 metros y una altura de nueve. Se trata del conocido hoy día como Gran Baray Occidental.

Unos cuarenta años después de la muerte del anterior rey subió al trono un nuevo soberano, Yasovarman. Este, a partir del año 889, decidió la construcción a gran escala de una ciudad junto al baray y la denominó *Yasodharapura*, que en el idioma sánscrito significa ‘Ciudad Sagrada’ o ‘Ciudad gloriosa’. Para aumentar el suministro de agua, el monarca hizo construir un gran canal desde Siem Reap, al sur, que conectaba con el lago Tonle Sap. La ciudad tenía unas dimensiones de 4 por 4 kilómetros, y se estima que en ella podían vivir en aquel momento entre ochenta y noventa mil personas.

Poco después del año 1000, un nuevo rey llamado Suryavaman I acabó las obras que se habían iniciado dos siglos antes en el Baray Occidental y aprovechó para planificar de forma más regular la ciudad que se estaba construyendo y a la que la que sus habitantes comenzaban a llamar *Angkor*, que en lengua jemer quiere decir ‘La Capital’.

Durante el siglo XI, y a pesar de algunas revueltas y problemas sociales, Angkor, a la que desde ahora llamaremos así, no cesó de crecer. A finales de este siglo se calcula que al menos 140.000 personas vivían en la misma, aunque en los campos de los alrededores se concentraban sin duda muchas más.

El reino jemer no dejaba de progresar y de engrandecerse, tanto demográfica como económica y territorialmente. De ahí que a comienzos del siglo XII, y con la subida al trono de un capaz gobernante, el rey Suryavaman II, este decidiera proclamarse emperador de todos los territorios conquistados por los jemerres.

Como muchos otros emperadores, Suryayaman II pensó que era necesario disponer de una gran ciudad para que de esta forma el prestigio de su imperio fuera aún mayor, y por este motivo decidió embellecer enormemente a su capital, Angkor. Entre 1113 y 1150, hizo construir un gigantesco templo que se convirtió en el mayor recinto religioso que han construido los seres humanos en todos los tiempos. Un descomunal complejo que contaba nada menos que con 200 hectáreas de superficie y en cuyo edificio principal residían habitualmente más de 20.000 monjes.

Todo el conjunto estaba rodeado por un enorme lago rectangular de cinco kilómetros y medio de lado. Se estima que para su construcción se emplearon más de cinco millones de toneladas de piedra,

es decir, más que las que se utilizaron para la famosa gran pirámide de Gizeh en Egipto.

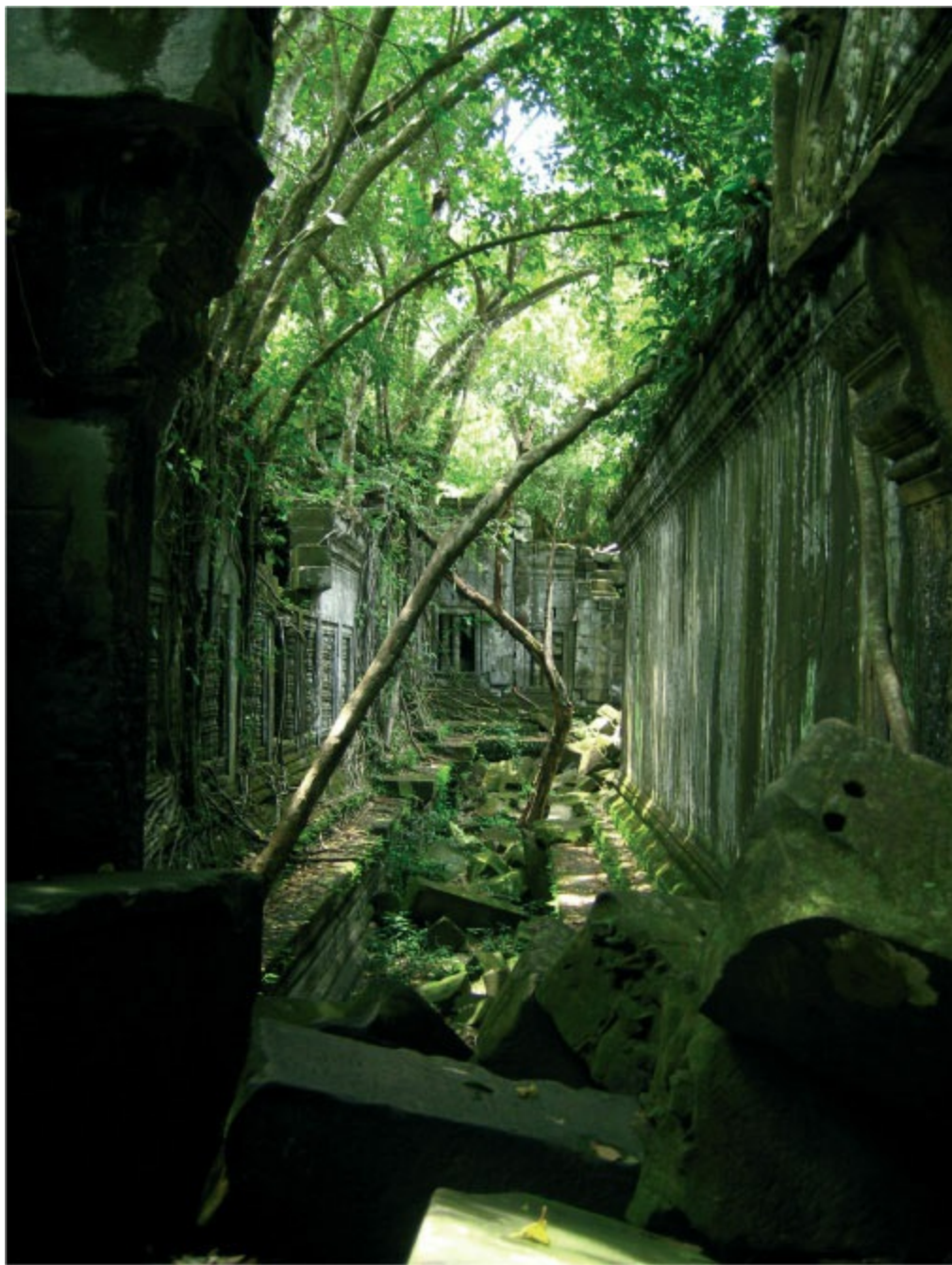
Este templo, o *wat* en lengua jemer, se hizo tan famoso, que la ciudad empezó a ser conocida con el nombre de *Angkor Wat*, es decir, ‘la capital del templo’, aunque la palabra *templo*, en este caso concreto, puede sustituirse por el nombre de *pagoda*, que es como realmente se debe denominar a esta espectacular construcción religiosa. Así pues, su traducción más correcta debería ser ‘La Capital de la Pagoda’.



El gran templo de Angkor Wat construido en el siglo XII. Se trata del mayor conjunto monumental de carácter religioso que existe en el mundo.

LA AGLOMERACIÓN URBANA MÁS POBLADA ANTES DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Durante una centuria, Angkor Wat continuó creciendo sin parar, y a principios del siglo III alcanzó su apogeo durante el reinado de Jayavarman VII (1181-1220). No es fácil estimar cuál sería la población que en aquel momento habitaba en el núcleo urbano, pero las estimaciones más fiables dan una cifra aproximada entre 200.000 y 300.000 habitantes. Es preciso aclarar que esta cantidad sólo hace referencia a la población que vivía en el recinto estrictamente urbano, pero al igual que sucede con las grandes ciudades de hoy, la aglomeración urbana que reunía en torno a su núcleo central, es decir, lo que podríamos denominar su área de influencia, era sin duda mucho mayor.



Tras su abandono, la selva tropical invadió las ruinas de Angkor creando imágenes tan espectaculares como esta.

El entorno de Angkor estaba densamente poblado. Es cierto que se trataba de viviendas de carácter palafítico (es decir, levantadas sobre palos o maderas para evitar ser inundadas durante la época de grandes lluvias), pero todos los campos de los alrededores estaban completamente cubiertos por esas viviendas, salvo, obviamente, el espacio cultivable que existía entre unas y otras.

Este territorio en torno al núcleo central del templo era muy extenso. Se calcula que existía una superficie habitada en torno a unos 3.000 km². Ciertamente la densidad disminuía conforme las edificaciones se alejaban del gran templo central, pero aun así, el volumen de población debió de ser considerable.

Algunos demógrafos han apuntado la posibilidad de que en el área de influencia de Angkor Wat pudieron llegar a vivir en el siglo III una cantidad estimada de entre un millón y un millón y medio de personas, e incluso hay quien eleva todavía más esta cantidad. No es posible saberlo con exactitud, pero de dar crédito a estas cifras, nos encontraríamos sin duda con la mayor aglomeración urbana existente antes de la Revolución Industrial del siglo XIX. Si bien es cierto que el concepto de

«ciudad» que en este caso manejamos, dista por sus características singulares de ser semejante al que nosotros empleamos para referirnos hoy día a un conjunto urbano, dado el sentido agrario que tenía su principal actividad económica.

Pero no sólo era la agricultura la que propiciaba la riqueza de Angkor, también lo era la administración del imperio (se calcula que en ella residían más de 80.000 funcionarios) y, sobre todo, su simbolismo religioso. Jayavarman VII se embarcó en un proyecto de construcciones impresionante. Erigió el palacio real, monumentos como la Terraza de los Elefantes o la Galería de los Mil Budas, vías, calzadas, nuevos *barays*, y sobre todo muchos más templos siguiendo la megalomanía de sus antecesores aunque sin llegar a la exageración desmedida del gran templo principal. Aun así, en sus casi cuarenta años de reinado se levantaron otros como Angkor Thom (un enorme palacio de 9 km² dedicado al dios Vishnu), Bayón, Preah Kahn, Banteay Kder, Phimeanakas y bastantes más.

SAQUEOS Y SEQUÍAS

Pero tal esfuerzo desmedido, como ha sucedido muchas veces, tuvo sus consecuencias negativas. Angkor debía ser una urbe impresionante, pero ni aún con toda su población y riqueza podía soportar el despilfarro al que su rey la había sometido. De esta forma, a su muerte, comenzaron a aparecer los primeros problemas económicos. Estos se agudizaron cuando hacia 1225 los siameses atacaron la ciudad y la saquearon parcialmente. Su acción sería la primera de otras muchas que después se cernirían sobre la ciudad en los siglos siguientes.

Los problemas también se intensificaron a consecuencia del estallido de una serie de controversias religiosas. En un principio los soberanos se inclinaron por las doctrinas religiosas hinduistas, pero a partir del siglo XII, el budismo se convirtió en la religión oficial de Angkor. Era un tipo de budismo denominado Mahayana, para el cual, la autoridad real era lo primordial. Sin embargo, a partir del siglo XIV, la variante que se impuso fue la llamada Theravada o monástica. La consecuencia fue que comenzó a disminuir la autoridad real, mientras que aumentó la de los monjes y los monasterios.

Este problema quizás no hubiera trascendido mucho más de no ser porque se agudizó a consecuencia de nuevos ataques exteriores. Aprovechando la situación de inestabilidad interna, los pueblos thais del oeste en la actual Tailandia, y los champas del este en el actual Vietnam, empezaron a atacar al territorio jemer y a la propia capital.

Y además se añadió un tercer problema, este mucho más grave que los dos anteriores. La explotación intensiva de la tierra para alimentar a una población excesivamente elevada y la falta de cuidados adecuados acabaron por provocar una degradación medioambiental del territorio y un progresivo deterioro de la red hidráulica mediante la que se regaba los campos.

Para colmo de males, a partir del año 1362 y hasta 1440 se iniciaron una serie de largas y acusadas sequías (aunque parece ser que hubo períodos como el que fue desde 1392 hasta 1415 en el que esto no sucedió) que acabaron arruinando por completo la economía de Angkor.

En 1430, los thais saquearon de forma brutal la ciudad y así, tanto la élite administrativa y religiosa como el campesinado, comenzaron a abandonarla y a marcharse hacia el sur. Allí, pocos años después, se fundó Phnom Penh, cuyo fácil acceso al mar le permitió convertirse en pocas décadas en la metrópolis más importante del Imperio jemer.

Esta decadencia llegó a su punto definitivo cuando en 1528 la corte y la realeza decidieron abandonar definitivamente Angkor para instalarse más al sur, en Lovek, a orillas del Tonle Sap.

Pocas décadas después los siameses conquistaron el Imperio jemer y la ciudad acabó despoblándose casi totalmente.

Tras el abandono, el conocimiento de Angkor Wat cayó prácticamente en el olvido. En verdad nunca fue abandonada por completo, pues algunos templos y edificios continuaron habitados, bien por monjes o bien por algunos campesinos de los alrededores que encontraron en sus ruinas un lugar donde refugiarse y vivir mientras cultivaban los fértiles campos cercanos, pero esto no evitó que su recuerdo se fuera poco a poco perdiendo con el tiempo.

No obstante, algunos viajeros esporádicos, tanto orientales (japoneses y chinos) como occidentales (portugueses, españoles y franceses) la visitaron durante los siglos XVI al XVIII, trayendo consigo informaciones sobre la pretérita grandeza del lugar y el estado de abandono y de decadencia en el que se encontraba cuando pasearon entre sus ruinas. Sin embargo, sus informaciones o no fueron tenidas muy en cuenta o simplemente pasaron desapercibidas y no sirvieron para darla a conocer en sus respectivos países.

Hubo que esperar hasta finales del siglo XIX, cuando algunos religiosos misioneros, naturalistas y hasta fotógrafos, la redescubrieron para el conocimiento del mundo occidental que quedó asombrado e intrigado ante el inesperado hallazgo.

Lamentablemente, Indochina ha sido una de las zonas más castigadas del mundo durante la segunda mitad del siglo XX. Años más tarde, entre 1940 y 1980, la región vivió continuas y sangrientas guerras, enfrentamientos que trajeron como consecuencia nuevas destrucciones para el magnífico complejo monumental. Fue lo que sucedió en especial entre 1975 y 1979, cuando los Jemeres Rojos del cruel régimen de Pol Pot se hicieron con su control, arrasando buena parte de lo que todavía quedaba y arrancando de su lugar numerosas estatuas que todavía se conservaban.

En la actualidad, Angkor Wat empieza a recuperarse poco a poco para que el mundo pueda contemplar su esplendor. Miles de turistas la visitan todos los años, pasean entre sus edificios y se extasían contemplando los grandes lagos artificiales que creó aquella civilización, pero aun así sólo contemplan los restos arruinados de lo que fue una gigantesca ciudad monumental.

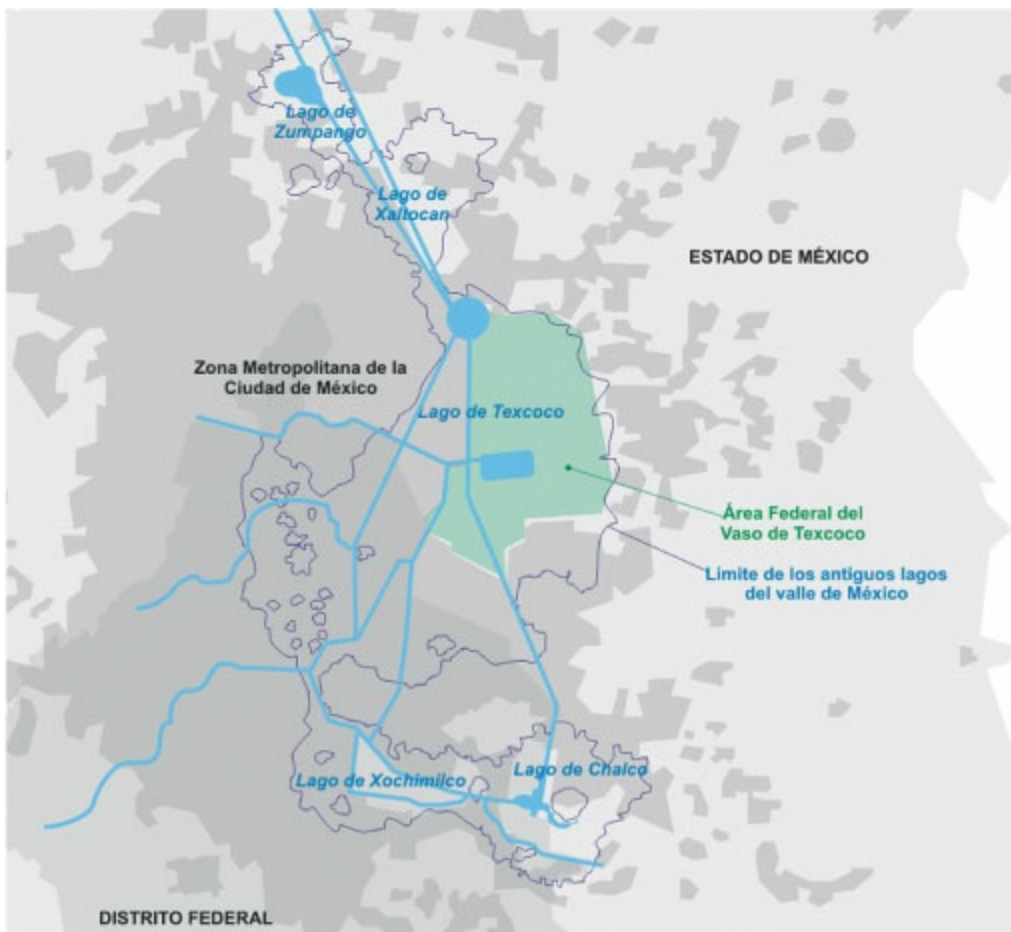
De todas las grandes ciudades que se presentan en este libro, Angkor es la única que actualmente continua prácticamente deshabitada y ha perdido definitivamente el destino de ser una ciudad activa y viva.

Las ciudades americanas: Tenochtitlán y Cuzco

EL ÁGUILA SOBRE EL NOPAL

Un águila sobre una chumbera devorando a una serpiente. Ese símbolo, que aparece actualmente en la bandera de México, procede de una curiosa leyenda relacionada con la ciudad que ahora nos ocupa: Tenochtitlán.

Hacia el año 1111, una tribu cuyos componentes se denominaban a sí mismos *mexicas*, vivía en torno a un lago llamado Atzlán (de donde se deriva el nombre de *aztecas*), que debía estar situado en algún lugar en el norte del actual territorio mexicano. Por aquellas fechas, los mexicas iniciaron un proceso migratorio hacia regiones situadas más al sur. Al parecer, su dios Huitzilopochtli había dado órdenes a los sacerdotes para que abandonasen ese lugar, que todavía los investigadores no consiguen ubicar con exactitud, y buscasen uno nuevo que los dioses les señalarían cuando llegara el momento adecuado. El sitio elegido sería aquel donde contemplaran a un águila que se había posado sobre una chumbera y estaba devorando a una serpiente.



Según la tradición, los aztecas vagaron durante más de dos siglos por el norte y el centro del actual México (aunque según otras tradiciones lo hicieron durante 165 años), se trasladaron de un asentamiento a otro, pero nunca se establecieron de forma permanente. Hacia 1325 (o en 1318, según otras fuentes) llegaron a un gran lago llamado Texcoco, existente en el altiplano mexicano. Fue allí, en medio de una isla que se encontraba en ese lugar, donde observaron al águila devorando a la serpiente, y en ese punto decidieron establecerse de forma definitiva, fundando una ciudad.

Pusieron a esa urbe el nombre de *Tenochtitlán*, que en la lengua nahuatl que hablaban quería decir algo así como ‘El lugar donde están las pencas de nopal’. Hay que aclarar que una *penca* es una rama, tallo u hoja de la planta del nopal. Este es el equivalente en castellano a chumbera, aunque ambas palabras se utilizan indistintamente.

En realidad, el valle del lago Texcoco no era un lugar deshabitado, por el contrario, en él se habían instalado anteriormente una serie de pueblos como los olmecas o los toltecas, y en su sector occidental se había desarrollado una de las grandes civilizaciones urbanas mesoamericanas, la de Teotihuacán, que había desaparecido unos cuatro siglos antes de que llegasen allí los aztecas, por motivos que todavía hoy día se desconocen con exactitud.

Era este un lugar que presentaba grandes atractivos. El lago garantizaba la abundancia de agua (aunque esta tenía un fuerte sabor salobre), propiciaba la defensa, pues se trataba de una isla de difícil acceso, y se encontraba en el centro de un territorio con un atractivo clima y un terreno fértil para la agricultura, en cuyas proximidades vivían numerosos pueblos desde varios milenios antes de Cristo.

Para establecerse allí de forma permanente era necesario llevar a cabo, previamente, grandes obras que facilitaran la construcción de una gran ciudad, como diques, canales, calzadas, etc. Pero una vez estuviese hecha esta labor, la urbe resultante ofrecería una situación privilegiada para sus habitantes.

Desde que se decidió la construcción de la misma, los aztecas se dedicaron con intensidad y aplicación a la tarea, y en pocas décadas comenzaron a recogerse los frutos de sus esfuerzos.

Como tantas veces sucede en el caso de muchas ciudades, uno de los primeros edificios que se erigió fue un templo. Este, a lo largo del tiempo, sufrió una serie de modificaciones que se llevaron a cabo en siete fases. Cuando estuvo concluido dos siglos después (aunque la última fase por motivos que luego veremos, no llegó nunca a concluirse definitivamente) se convirtió en un recinto espectacular, con unas dimensiones sobresalientes, pues se extendía por un rectángulo de 115 metros de largo por 98 de ancho, y debía tener una altura de unos 37 metros. Como era lógico, este gran recinto sagrado se dedicó al dios que ordenó al pueblo azteca dirigirse hacia su nuevo destino, Huitzilopochtli.

Los aztecas eran un pueblo con costumbres extrañas para la época en la que les tocó vivir. Mientras por ejemplo en Europa y otras partes del Viejo Mundo la higiene era algo prácticamente desconocido, ellos utilizaban el *temazcalli*, una especie de baño de vapor, que se convirtió en algo frecuente en los principales edificios de Tenochtitlán.

Desgraciadamente, no todas sus costumbres eran igual de avanzadas: practicaban los sacrificios humanos para dedicar las víctimas a sus dioses y, según se desprende, lo hacían en cantidades muy elevadas en determinadas ocasiones.

El lago Texcoco era sin duda un lugar privilegiado para fundar una ciudad, pero también presentaba graves inconvenientes. Se encuentra situado en un altiplano a más de 2.200 metros sobre el nivel del mar, al cual van a parar las aguas de diferentes ríos que nacen en las sierras de los alrededores. Su clima es tropical aunque suavizado por la altura, pero cuando las lluvias caen de forma torrencial, provocan la crecida de los ríos que nutren de agua al lago y, en ocasiones, se produce una considerable elevación del nivel de las aguas.

Esto sucedió en numerosas ocasiones. La primera de ellas, que tengamos constancia, fue en el año 1382. Al principio, las inundaciones fueron espaciadas. Los anales aztecas no anotaron otra importante hasta 67 años después, y una tercera hasta 1501, pero a partir de ese momento se intensificaron notablemente.

Esto obligó a la realización de una serie de complejas obras hidráulicas, como la construcción de diques, embalses, canales, etc. Y a la vez que se protegían de las crecidas del lago era también prioritario gestionar la provisión de agua desde los manantiales de las montañas cercanas, ya que la del lago, a consecuencia de su elevada salinidad, no garantizaba su potabilidad. Para ello fue necesario construir una serie de acueductos, el primero de los cuales se llevó a cabo en 1376, y al que le sucedieron otros tres más con el paso del tiempo.

No sólo se trataba de construir templos, diques o acueductos. Los aztecas tenían una sociedad muy estratificada en la que el *tlatoani* o emperador ocupaba la cúspide, y un personaje tan importante necesitaba a su vez una residencia acorde con su categoría, de ahí que, hacia 1400, uno de ellos llamado Huitzilihuitl, inició la construcción de un complejo palatino de unas dimensiones extraordinarias. Se encontraba situado en la zona de Nezahualcoyotl y ocupaba una superficie de 1.000 por 800 metros.

Tenochtitlán comenzó a convertirse en una gran urbe cuando subió al poder un nuevo emperador llamado Itzcoal. Su reinado se extendió desde 1426 hasta 1440 y fue durante este período cuando la capital azteca se transformó en una espectacular metrópolis que luego tanto admirarían otras civilizaciones.

Los aztecas eran un pueblo guerrero. Llevaban a cabo frecuentes luchas contra sus vecinos para someterlos, conseguir impuestos y también para obtener esclavos a los que o bien sacrificaban a sus dioses en determinadas ocasiones, o bien obligaban a trabajar de manera forzosa en sus grandes obras monumentales. A partir de 1430, la utilización de esta mano de obra abundante y barata permitió levantar uno de los complejos urbanos más bellos y de mayores dimensiones del mundo.



Vista aérea de Tenochtitlán, según una reconstrucción que muestra a la ciudad como debería ser a comienzos

En este período se completó el diseño urbano de Tenochtitlán. Tres grandes avenidas estructuraban la ciudad con un plano diseñado de forma ortogonal y racional. Itzcoal le dedicó especial importancia a los edificios religiosos, realizó una nueva ampliación del templo mayor, a la vez que construyó otros de menores dimensiones, como el de Cihuacoatl.

Su sucesor, Moctezuma I (1440-1467), continuó las obras y con él Tenochtitlán siguió embelleciéndose y engrandeciéndose. Para ello inició una nueva fase constructiva en el Templo Mayor, creó un jardín botánico en Oaxtepec y amplió el conjunto urbano con nuevos barrios y con la construcción de calzadas para facilitar el acceso de la población a través del lago.

Moctezuma I también se enfrentó con uno de los problemas habituales de Tenochtitlán, las grandes inundaciones, como la que tuvo lugar en 1449. Para evitar en el futuro situaciones semejantes llevó a cabo la construcción de un gran dique de piedra y de argamasa que protegiera a la población de la subida de las aguas, y para ello se levantó la barrera de Nezahualcoyotl, de unos 20 kilómetros de largo, que durante más de medio siglo cumplió a la perfección su cometido.

No sólo se centró el eficaz gobernante en detener las aguas, sino también en traerlas, con el objetivo de mejorar el abastecimiento hídrico a sus habitantes. Para ello ordenó construir el acueducto de Chapultepec, que las canalizaba desde una distancia de cinco kilómetros, de esa forma aliviaba la sed de la cada vez más elevada población.

Y no sólo la sed, sino también el hambre. A mediados de siglo una gran hambruna se abatió sobre los habitantes del lago. El origen del problema parece radicar en uno de los frecuentes terremotos que periódicamente asolan la parte central de México. Hacia 1453 uno de estos seísmos trajo consigo la desolación y la consecuente hambre.

Los aztecas no se arredraron ante la adversidad y pusieron en marcha un nuevo sistema de producción de alimentos. En realidad no era un invento suyo, ya que probablemente otros pueblos anteriores, como los toltecas o los mayas, lo llevaban utilizando a pequeña escala desde hacia varios siglos, pero ahora los aztecas lo intensificaron hasta darle una magnitud que hasta entonces no se había conocido. Se trataba de los cultivos en chinampas.

Las chinampas, también llamadas jardines flotantes, eran un método de cultivo intensivo basado en la acumulación artificial de tierra en los márgenes del lago Texcoco, aprovechando la poca profundidad del mismo y su fondo cenagoso lleno de lodo. Se trataba, por tanto, de una tierra muy fértil, a la que aportándole la fácil irrigación que necesitaba, generaba una enorme cantidad de alimentos. Se ha estimado que una chinampa podía producir nada menos que siete cosechas en un mismo año.

Esto permitía la posibilidad de obtener recursos abundantes con los que abastecer a una elevada población, y fue el cultivo de estas pequeñas terrazas, que flotaban entre los canales del lago, lo que facilitó que, con el tiempo, Tenochtitlán se convirtiera en una de las urbes más pobladas del mundo de su época.

UN CONJUNTO URBANO EXCEPCIONAL

Asegurado el abastecimiento de agua y el de alimento, la gran metrópolis continuó creciendo en las siguientes décadas a un ritmo cada vez mayor. Durante el reinado del siguiente *tlatoani*, Axayacatl (1467-1481), se levantó un nuevo acueducto para mejorar aún más el suministro hídrico. En este caso se trató de un doble acueducto de unos 16 kilómetros de longitud denominado de

Huitzilopochco, al que se dotó también de dos canales para su no mantenimiento.

Ante la mejora de las infraestructuras y del abastecimiento de alimentos, la población de Tenochtitlán continuó aumentando, y con ella el espacio edificado. Así, durante esta época, se urbanizó el área de Tlatelolco, ubicada al norte, en el extremo de una de las mayores islas del lago Texcoco, con lo que la ciudad se extendía ya por una considerable área que debía estar en torno a los 12,5 km². Incluso su superficie pudo llegar a casi 14 km² a principios del siglo XVI.

Y las realizaciones no se detuvieron con los siguientes gobernantes. La preocupación por el agua potable siempre siguió presente y así, poco después, se iniciaba la construcción de un nuevo acueducto, el de Coyoacán, que traía el agua desde una distancia de 8 kilómetros.

En 1487 se inició el reinado de Ahuitzol, con quien probablemente Tenochtitlán alcanzó la cumbre de su esplendor. Sin embargo, su gobierno comenzó de una forma dramática con la inauguración de una nueva fase constructiva del gran Templo Mayor de Huitzilopochtli. Según las referencias que se han conservado en determinados códices aztecas, el soberano ordenó el sacrificio de un elevado número de prisioneros a los dioses. Siguiendo diferentes estimaciones, debieron ser entre 10.000 y 84.000 personas las que perdieron la vida, pero resulta difícil aceptar semejante atrocidad sin cuestionarnos al menos la verosimilitud de esas cifras.



Reconstrucción del complejo del
Templo Mayor de Tenochtitlán y de los restantes
templos aledaños al mismo.

En cualquier caso, Ahuitzol continuó con la mejora urbana de la ciudad. Durante sus 16 años de reinado se llevaron a cabo grandes actuaciones, como la construcción del estadio deportivo destinado al juego de pelota o *tlachtli*, la reparación de los canales del lago, el embellecimiento con nuevas zonas ajardinadas, el centro ceremonial de Malinalco y la construcción de un nuevo dique. La ciudad siguió creciendo hacia el este para albergar a la incesante población que llegaba a ella.

Tenochtitlán se encontraba en la cumbre de su esplendor. Según descripciones contemporáneas, a principios del siglo XVI poseía entre 60.000 y 120.000 casas, cifras que no son fáciles de aceptar por su elevado volumen. Estaba dividida en 80 distritos, existían 50 grandes edificios monumentales, y

poseía una intrincada red de canales e incluso un embarcadero en el lago Texcoco al que accedían muchas de las 60.000 totoras o canoas que se dice que navegaban por el gran lago y por el vecino de Xochimilco.

Se ha calculado que el gran mercado situado en Tlatelolco recibía diariamente la visita de más de 20.000 personas, incluso hay fuentes que señalan una cifra asombrosa de hasta 60.000, pero no es fácil de creer semejante cantidad.

Siendo esto así, no es de extrañar que se haya estimado una extensión de más de 1.000 hectáreas urbanizadas. Se desconoce cuál podría ser su población aproximada, pero hacia 1500 debía ser una de las ciudades más habitadas del mundo. Aunque los cálculos fluctúan entre una amplia horquilla que va desde los 80.000 hasta los 250.000 habitantes (quizás incluso pudo llegar a los 300.000 en su momento de máximo esplendor, aunque es dudoso), y hay quien estima en más del doble el total de población que residía en las orillas de lago y que aunque no viviese en el interior de Tenochtitlán, trabajaba para el abastecimiento o realizaba parte de sus tareas en la misma. Algunos autores elevan hasta 700.000 el número de pobladores que podían existir en el conjunto de su área de influencia hacia 1520, pero es una cifra imposible de comprobar y, probablemente, exagerada.

El reinado de Ahuitzol se vio también empañado por otro hecho de carácter muy distinto al de los sacrificios humanos. En 1501 se estaba llevando a cabo la construcción del acueducto de Coyoacán, pero al parecer algo fue mal y la conducción se rompió con la mala fortuna de que el agua se escapó del control de los ingenieros que llevaban a cabo la obra y amenazó con inundar de nuevo todo el valle. Las órdenes de Ahuitzol fueron muy duras pero eficaces, castigó severamente a los responsables y ordenó que quince buceadores tuvieran que trabajar incansablemente para sellar la fuga de agua, lo que consiguieron tras grandes esfuerzos.



El dibujo muestra el carácter radial o en forma de estrella de la red de calzadas mediante las que se accedía a Tenochtitlán a través del lago Texcoco.

EL FINAL DE TENOCHTITLÁN

A Ahuitzol le sucedió en 1502 Moctezuma II, el cual, durante la mayor parte de sus 18 años de reinado, se dedicó a continuar la obra de su antecesor. Nuevas avenidas, canales, templos, barrios e

incluso acueductos completaron las actuaciones anteriores, pero aun así no parece que sus realizaciones modificaran de forma importante lo que anteriormente se había llevado a cabo.

Moctezuma se encontró con un problema mucho más grave que todos sus antecesores. Las inundaciones, terremotos, sublevaciones de otros pueblos y demás desgracias continuaron, pero en 1519 apareció en su reino algo con lo que no contaba. Algo que aunque las leyendas aztecas habían señalado, no se había producido hasta aquel entonces.

Llegaron unos hombres barbudos procedentes del Este.

Existían diversos mitos que contaban que cuando se produjesen una serie de acontecimientos extraordinarios (un volcán entraría en erupción, nacerían niños con unas extrañas malformaciones, etc.) llegarían dioses de tez blanca procedentes de Oriente. Moctezuma, hombre supersticioso, parece ser que tomó al jefe de los recién llegados por Quetzalcoatl, uno de sus dioses.

Por ese motivo, al principio Moctezuma los trató con deferencia e incluso los alojó en uno de sus mejores palacios. Los hombres procedían de una lejana tierra, de la Corona de Castilla, en la península ibérica. Al principio las relaciones fueron tensas, pero cordiales, dentro de lo que cabe. A los visitantes les asombraba la ciudad que según sus propios cronistas, no tenía comparación con ninguna de las del reino del que procedían.

Pero los forasteros también tenían sus problemas. Al parecer habían alcanzado el corazón del imperio azteca sin permiso de sus superiores, y cuando estos mandaron una nueva expedición para detenerlos estalló la lucha entre sus dos facciones.

Una parte de los recién llegados se había quedado sin embargo dentro de Tenochtitlán a la espera de noticias. Y en un momento determinado, y sin que se conozcan bien las causas, robaron el oro de los templos y procedieron a una matanza indiscriminada de aztecas en mayo de 1520. Posteriormente se justificó este hecho con la excusa de que, al parecer, temían que los asesinasen, pero sea cual fuere el motivo, el caso es que esta acción determinó el fin de la ciudad y de la cultura que la creó.

Inmediatamente comenzaron a producirse enfrentamientos entre los guerreros aztecas y los castellanos. Estos, con mejor armamento y muy apoyados por otros pueblos que habían sido sojuzgados por los aztecas, se impusieron con relativa facilidad a pesar de que numéricamente eran claramente inferiores.

En Tenochtitlán, el pueblo se rebeló contra Moctezuma II, y en una de las protestas acabaron con su vida, apedreándolo. Un nuevo tlatoani, Cuitlahuac, resultó elegido para la defensa de la ciudad. Los castellanos, a quienes podríamos denominar más genéricamente como españoles, pusieron sitio a la misma y después de varios meses de asedio, la capital azteca se acabó rindiendo el 13 de agosto de 1521 ante la catástrofe que el hambre y la sed estaba provocando entre sus habitantes.

Para acabar lo antes posible con la resistencia, las tropas del caudillo español Hernán Cortés decidieron destruir la red de acueductos que abastecían a la ciudad y esta quedó inerte y sin capacidad de defensa. Muchos miles de habitantes murieron en esta lucha y a causa de las privaciones. Cuando en aquel agosto de 1521 Tenochtitlán fue tomada, tras la lucha, la ciudad quedó completamente destruida.

Un gran incendio consumió a la mayor parte de sus edificios, entre los que se encontraba la biblioteca Amoxcalli de Texcoco. De los miles de códices que allí se conservaban, sólo sobrevivieron cuatro, de ahí el escaso conocimiento que tenemos de la cultura azteca, además de las destrucciones de otros códices que tuvieron lugar posteriormente.

Cuando las tropas de Cortés entraron en la ciudad se procedió a la demolición sistemática del Templo Mayor. Los canales se rellenaron con los escombros de las casas, lo que provocó la

modificación del equilibrio hidráulico del valle. Lo peor, aun así, estaba por llegar. Uno de los hombres que venía en la hueste de Cortés era un negro africano que era portador de la viruela. Los aztecas desconocían esta enfermedad y sus organismos no poseían anticuerpos con los que combatirla. En los años posteriores murieron cientos de miles y el altiplano se despobló en buena medida con esa y con otras enfermedades traídas del continente europeo.

La situación de degradación fue tal que ni siquiera Cortés pudo ubicar su residencia posterior en Tenochtitlán ante el estado de destrucción en el que se encontraba el que fuera un asombroso conjunto urbano. Tuvo que buscar un lugar adecuado en las ciudades vecinas y desde ahí controlar el territorio.

A mediados del siglo XVI, de Tenochtitlán ya sólo quedaban ruinas y prácticamente no se podía reconocer en aquel lugar que sólo tres décadas antes existía allí una floreciente metrópolis. El lago estaba casi seco, ya que los españoles no dominaban igual que los aztecas el manejo hídrico del mismo. Sobre los terrenos resecos empezaban a crecer campos de maíz. El Templo Mayor ya sólo era un amasijo de escombros con un espesor de cinco metros de altura sobre el que se estaban construyendo algunas casas.

Pero pronto se inició la reconstrucción a gran escala. Los españoles diseñaron un plano ortogonal, cuadriculado, como era el propio de las ciudades que fundaban en América. Sobre la antigua Tenochtitlán surgió la nueva *México*, nombre derivado de la verdadera pronunciación que los propios habitantes de la antigua ciudad se daban a sí mismos, los mexicas. El nombre de aztecas que habitualmente se les da es impropio, parece ser que fue el geógrafo alemán Humboldt quien lo propuso a principios del siglo XIX por el hecho de ser provenientes del lago de Aztlán.

México comenzó a recuperarse bajo terribles problemas. En 1563 se iniciaban las obras de la nueva catedral, pero poco después, hacia 1570, el tifus acabó con una buena parte de su población. Por otro lado, las inundaciones se hicieron todavía mucho más intensas. Al destruir todo el sistema de control de las aguas, estas invadieron periódicamente el valle cada veinte años por término medio. No fue hasta 1629 cuando el virrey Juan de Mendoza y Lona, marqués de Montesclaros, decidió construir diques sólidos como el albarradón de san Lorenzo, un muro hecho de piedra construido con el objeto de contener las aguas, para evitar estos problemas en el futuro. Con ello, el lago desapareció por completo y sólo se mantuvieron ciertas pequeñas lagunas como la de Xochimilco, que hoy día no deja de ser un lejano recuerdo de aquel gran conjunto lacustre junto al que se asentó la ciudad.

En la actualidad, Ciudad de México (nombre que la distingue del estado al que pertenece, a su vez enclavado en la república federal homónima) es una de las mayores aglomeraciones urbanas que hay en el mundo. Según las estimaciones, su área metropolitana alberga a más de veinte millones de personas, lo que la convierte en una de las diez más pobladas de las que existen en el mundo. No deja de resultar curioso que, en los últimos dos mil años, una de las ciudades más pobladas del planeta, sea Teotihuacan, Tenochtitlan o la actual México, se haya ubicado en el lugar que antiguamente ocupaba el lago Texcoco.

CUZCO, LA CAPITAL DEL IMPERIO DE LOS INCAS

En el sur del continente americano el fenómeno urbano no se desarrolló con la misma intensidad que en el altiplano mexicano. Las condiciones geográficas no favorecieron de igual modo la creación de grandes asentamientos de población. Pero, no obstante, aparecieron grandes ciudades que, aunque

no alcanzaron la majestuosidad de las del norte, también llegaron a albergar en ellas a una población relativamente elevada.

Un milenio y medio antes de nuestra era comenzó a desarrollarse una de estas aglomeraciones en el área andina de lo que hoy es Bolivia. Durante casi tres mil años, esta ciudad, a la que conocemos como Tiahuanaco o Tiwanaku, fue probablemente la mayor del continente sudamericano.

Pero hacia el año mil de nuestra era, Tiahuanaco entró en crisis. Sus grandes monumentos fueron desplomándose o resultaron destruidos como consecuencia de la acción de las personas que llegaron posteriormente al lugar, con el objetivo de saquear sus ruinas.

Se desconoce cuál fue realmente la población que llegó a alcanzar este conjunto, las cifras más conservadoras hablan de veinte o treinta mil personas, aunque hay quien opina que pudo superar las cien mil o, de manera mucho más improbable, las 200.000. Sea como sea, Tiahuanaco desapareció a lo largo del siglo XIII. Justo en ese momento comenzaba a surgir el que sin duda fue el mayor imperio sudamericano antes de la llegada de los españoles en el siglo XVI, el del Tahuantisuyo quechua, comúnmente conocido como Imperio inca.

El Imperio inca se extendió básicamente por un territorio de más de cuatro mil kilómetros de longitud de norte a sur, desde lo que hoy día es el sur de Colombia hasta la parte central de los Andes en Chile y en Argentina. La mayor parte del mismo coincidía con el altiplano andino, aunque también las zonas costeras de esos países quedaron bajo su poder.

En el siglo XII comenzaron a crearse asentamientos incas en el denominado Valle Sagrado, entre los ríos Tullumayo y Huatanay. Parece ser que, un siglo después, 500 personas procedentes de Tiahuanaco se establecieron en la zona. La tradición señala al inca Manco Capac como el fundador de la ciudad, hacia 1280, a la que puso por nombre *Cuzco*, que en lengua quechua significa ‘el Ombligo del mundo’, ya que se encontraba en el punto central de las posesiones del que, con el tiempo, se convertiría en el Imperio inca, del cual, Cuzco fue su capital.

Manco Capac instaló la ciudad en una zona pantanosa que existía entre ambos ríos, en la base de la meseta de Sacsayhuamán. Para drenar el pantano, utilizó numerosa mano de obra, con la que se trajeron piedras y materiales desde las montañas, y arena desde las costas del litoral para cubrir el pantano y, sobre el mismo, construir la ciudad.

Cuzco se encuentra a unos 3.400 metros de altitud, en la zona situada más al este de la cordillera andina, al sur de lo que hoy día es Perú. Su situación central para el control del Imperio inca era excelente y, con el tiempo, fue apareciendo una red de calzadas que permitió el control del mismo gracias a un avanzado sistema de comunicaciones a pie, los chasquis.

Fue probablemente a finales de ese siglo o principios del XIV, cuando se levantó el templo de Inticancha y se dio inicio al camino real, que se dirigía hacia el norte. Durante la primera mitad de ese mismo siglo se erigió el templo de Cora Cora, que sería la residencia de los soberanos incas.

A mediados del siglo XIV, el inca Llonque Yupanqui creaba el templo de Inca Roca, donde se encuentra la famosa piedra de los Doce ángulos. Esta piedra está tan perfectamente integrada en el conjunto en el que se inscribe, que es una muestra del alto nivel de especialización tecnológica y de la habilidad constructiva que poseían los incas.

Yupanqui también construyó canales para el abastecimiento de agua y se preocupó por la enseñanza, creando un centro educativo para los hijos de los nobles llamado el Yachay Wasi. Se dice que la riqueza del reino inca era tal que incluso se llegó a fabricar una cadena hecha con láminas de oro puro de 274 metros de largo.

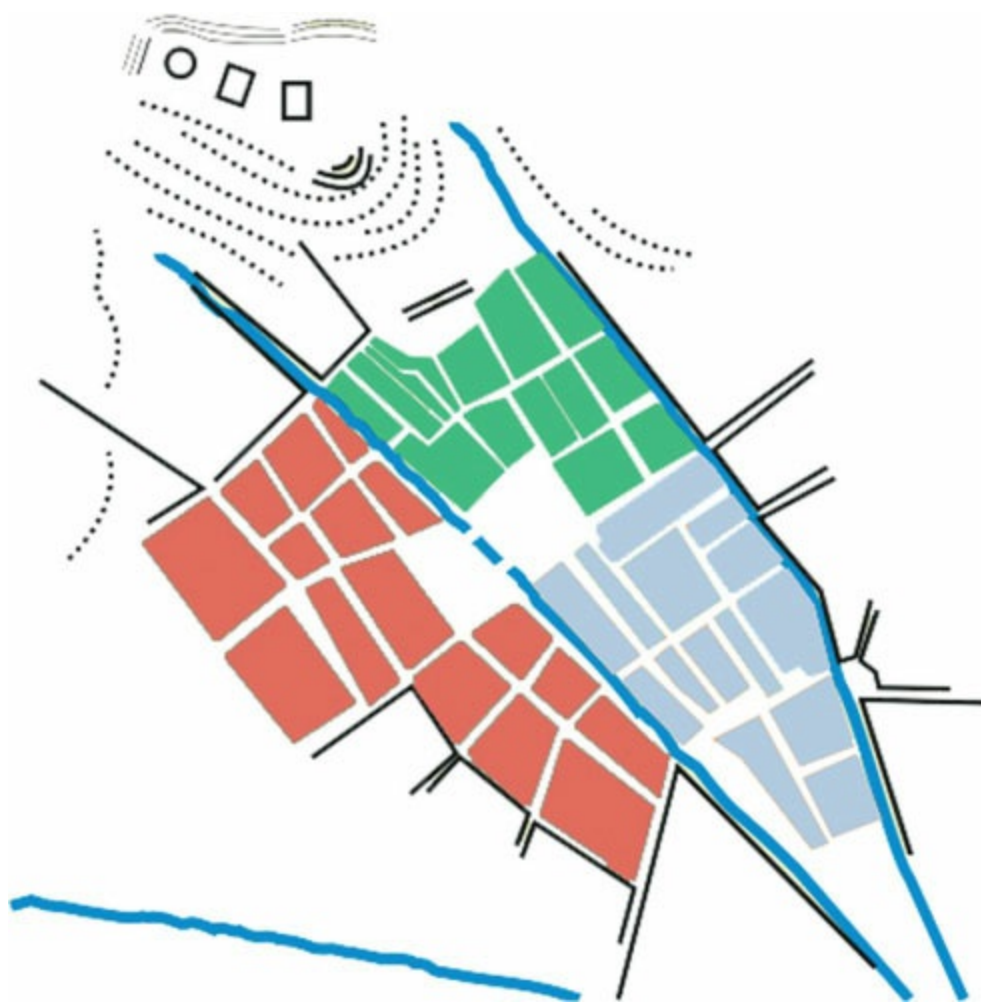


La piedra de los Doce ángulos es uno de los ejemplos más conocidos de la habilidad constructiva que poseían los incas.

Entre 1400 y 1438 aproximadamente se edificó el palacio denominado del Inca Viracocha, erigido en la plaza principal de Cuzco, hoy día conocida como la plaza de Armas. Desde este momento, ese lugar se convirtió en el núcleo principal de la ciudad y en él los sucesivos reyes incas fueron levantando también sus propios palacios hasta crear un conjunto que debió ser verdaderamente majestuoso. Para ello fue preciso canalizar los cauces de agua que atravesaban este lugar, y que permanecían allí desde el momento en el que se fundó Cuzco.

LA CIUDAD CON FORMA DE FELINO

Pero el verdadero fundador de la capital imperial fue el inca Pachacuti o Pachacutec, que reinó entre 1438 y 1471. Durante esta época se inició la construcción de la fortaleza de Sacsayhuamán, que no debió finalizar hasta medio siglo después. Se encontraba situada a unos dos kilómetros de la población, y en ella tenían cabida hasta cinco mil guerreros con el objetivo de defender la ciudad. También se llevó a cabo la construcción del *Coricancha* (que en lengua quechua significa ‘Sitio de oro’ o ‘Recinto dorado’) o Templo del Sol. Pachacutec amplió asimismo la red de calzadas inca que había comenzado casi un siglo antes.



Plano de Cuzco que muestra la forma de felino que se supone que se le pretendió dar a la ciudad cuando se planificó su construcción.

Si bien, su logro más importante fue crear una metrópolis bien estructurada, organizando su plano con una forma verdaderamente curiosa, ya que por la disposición de las calles y de las manzanas es posible apreciar que el conjunto urbano tiene forma de felino, o más concretamente de jaguar (o puma) con las patas encogidas. En la parte que corresponde a su cabeza (que según otras versiones parece tener más bien forma de ave que de felino) se situaba la fortaleza de Sacsayhuamán, mientras que en la zona central del mismo quedaba ubicado el palacio del Inca Viracocha. No es fácil interpretar si el diseño del plano obedeció claramente al deseo de levantarlo desde su origen con semejante parecido, o si la forma resultante solamente se puede apreciar así entre el parcelario actual, pero parece evidente que la intención fue más bien la primera y no que el resultado final fuera fruto del azar, como algunos autores pretenden interpretar.



La ciudad de Machu Picchu fue construida por los soberanos incas como complejo religioso y palatino a una distancia no muy lejana de Cuzco. Su ubicación en una zona de difícil acceso hizo que no fuera prácticamente conocida para el resto del mundo hasta principios del siglo XX.

Durante su reinado, Pachacutec decidió construir la ciudad de Machu Picchu, unos 70 kilómetros al noroeste de Cuzco. En principio estaba previsto que sirviera como residencia de descanso al Inca, pero pronto, el complejo palatino se acabó convirtiendo en un santuario religioso con una significación mucho mayor. Debido a que se encontraba en un lugar prácticamente inaccesible, la ciudad permaneció semiolvidada tras la conquista española hasta que hace un siglo, exploradores norteamericanos la descubrieron de nuevo al mundo.

El siguiente inca, Tupac Yupanqui, que reinó entre 1471 y 1493, continuó con la obra iniciada por su predecesor y remodeló ampliamente la ciudad, ampliándola con nuevos barrios como el de Hunan y el de Urín (o Hurín). También mejoró sus dotaciones urbanas mediante la construcción de canales, depósitos de agua y nuevos e importantes edificios públicos.

El último reinado importante, en lo referido a actuaciones urbanas sobre la capital inca, fue el de Huayna Capac, que se desarrolló entre 1493 y 1525. En esta época finalizó la construcción del camino real entre Cuzco y Quito, que se extendía por más de 2.000 kilómetros de recorrido. Gracias al eficaz sistema de correos de chasquis, se decía que una noticia podía llegar de una ciudad a otra en un plazo menor de cinco días, ya que los chasquis se iban turnando en el recorrido mediante relevos y la información viajaba de esta forma con gran rapidez sin detenerse en ningún momento.

Huayna Capac construyó también un gran palacio real que le sirviera de residencia oficial, a la vez que finalizó las obras de la gran fortaleza de Sacsayhuamán. Con él, Cuzco llegó a su momento de máximo apogeo. Por esta época la ciudad debía albergar entre diez mil y veinte mil pobladores en su zona central, pero es bastante posible que otras cuarenta o cincuenta mil personas habitasen en sus

alrededores. Se sabe que en la fortaleza de Sacsayhuamán había una guarnición de cinco mil soldados, con lo que las cifras anteriores no parecen demasiado elevadas.

Y este número se vio incrementado cuando Huayna dio la orden de que 14.000 habitantes de la vecina Cochabamba fuesen desplazadas hasta la capital incaica para realizar diferentes tareas en la misma.

DE CAPITAL IMPERIALA CIUDAD RELIGIOSA

En 1525 murió el inca, y según las fuentes de la época, unas cuatro mil personas fueron inmoladas durante su entierro. A partir de ese momento la catástrofe se abatió sobre la ciudad y el imperio. Por una parte, se desencadenaron una serie de violentas epidemias de sarampión y viruelas que habían traído los españoles y que contaminaron a los habitantes de las regiones del norte que fueron los primeros en sufrirlas. Con el tiempo el contagio se extendió por el imperio afectando dramáticamente a todas sus partes y en especial a la capital.

Para colmo de males, una guerra civil entre dos aspirantes al trono, Huascar y Atahualpa, debilitó enormemente al imperio. En este contexto de crisis, apareció el conquistador español Francisco Pizarro quien, con una hueste escasísima, consiguió atrapar a Atahualpa (que había vencido en la guerra por el trono) en la ciudad de Cajamarca el 16 de noviembre de 1532, convirtiéndolo en su prisionero.

Atahualpa prometió un gran tesoro a Pizarro, a cambio de su libertad. Levantó su brazo y dijo que si lo liberaba llenaría de oro hasta esa altura dos habitaciones como en la que se encontraba. Pizarro aceptó el trato y tras las órdenes pertinentes del inca, comenzaron a fluir ríos de oro desde todos los rincones del imperio. Fue probablemente en este momento cuando se desmanteló la cobertura de oro que poseía el Coricancha.

Pero Pizarro no cumplió su parte en el trato y, a pesar de las casi veinte toneladas de oro recibidas, ejecutó al inca. Una vez muerto este, su imperio se derrumbó con gran rapidez. A finales de 1533 conquistó la capital incaica y en marzo de 1534 decidió refundar allí una nueva ciudad y desmanteló los edificios originales que habían levantado allí los incas por espacio de casi tres siglos.

Debido a esta decisión, Cuzco sufrió una gran decadencia, pues inmediatamente comenzó el expolio de los monumentos incas que sufrieron grandes destrucciones, y fueron sustituidos por otros contruidos por los españoles y que generalmente tenían carácter religioso.

La construcción de la ciudad de Lima , en la costa del océano Pacífico, a partir de 1535, a la que se le confirió el grado de capital del virreinato, fue decisiva para que Cuzco entrase en decadencia. Si a esto se le añade que la ciudad fue campo de batalla en las posteriores guerras, que tuvieron lugar entre 1537 y 1541 entre las diversas facciones de los conquistadores, se entenderá más claramente el por qué de esta destrucción, ya que en ese corto período la ciudad fue tomada y perdida hasta tres veces por parte de uno y otro bando, con las consecuencias negativas que esos hechos acarrearón.

Así, en 1538 se construyó el convento de Santo Domingo sobre el Coricancha, del que aún se conservan parte de sus cimientos. Al año siguiente se inició la iglesia del Triunfo, que se erigió sobre el palacio del Inca Viracocha y que a partir de 1560 se transformaría en la catedral de Cuzco. En 1563 le tocó el turno al palacio del Inca Roca que fue demolido en su mayor parte para dar paso al palacio Arzobispal. Afortunadamente, la piedra de los Doce ángulos no resultó dañada en esta obra. En 1576 fue derribado el palacio del Inca Huayna Capac para construir sobre él la iglesia de la

Compañía de Jesús..., y así podríamos continuar con una larga lista de destrucciones y de reedificaciones.

Para realizar todos estos edificios se desmantelaron buena parte de los materiales con los que estaba construida la fortaleza de Sacsayhuamán, que fueron empleados en las iglesias que se estaban levantando.

A la destrucción monumental siguió la despoblación de sus habitantes. Los más de 50.000 habitantes que había a principios del siglo XVI se habían reducido a menos de cinco mil un siglo después. Y por si esta cadena de desastres fuera poca, en 1650 un fortísimo terremoto destruyó la mayor parte de los edificios que quedaban en pie en la ciudad, tanto los incas, como los coloniales, aunque algunos de estos sí que fueron reconstruidos posteriormente.

Cuzco empezó a recuperarse mucho tiempo después. Probablemente no fue hasta mediados del siglo XX cuando alcanzó el nivel de población que tuvo a comienzos del XVI. Hoy día es probable que el conjunto urbano supere el medio millón de habitantes, según se estima en función del crecimiento demográfico durante las últimas décadas.



A modo de ejemplo de las transformaciones de Cuzco tras la conquista por los españoles en el siglo XVI, puede observarse cómo el antiguo palacio incaico del Coricancha se transformó en la iglesia de Santo Domingo construida sobre el mismo.

La ciudad tampoco se llamó oficialmente así, sino *Cusco*, aunque más recientemente se le ha vuelto a cambiar el nombre para adaptarlo al que se supone que fue el que realmente tuvo en época incaica y se la denomina *Qosqo*, ya que según parece era de esta forma como se debe de interpretar la grafía original en lengua quechua. En cualquier caso, e independientemente de su denominación, la antigua capital inca es hoy uno de los principales atractivos turísticos que permanecen en los Andes

como recuerdo de la grandeza del antiguo imperio.

Bibliografía

- ABDOU-HAGGAR, S. El Cairo, fundación de los fatimíes. En: CÓRDOBA SALMERÓN, Miguel (dir.). *El esplendor de los omeyas cordobeses. La civilización musulmana de Europa Occidental*. Granada: El legado andalusí, 2001.
- ALMAGRO GORBEA, Antonio. *Planimetría de las ciudades hispano-musulmanas. Al Qantara*, VIII. *Revista de Estudios Árabes*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.
- ASIMOV, Isaac. *Constantinopla. El imperio olvidado*. Historia Universal Asimov. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- , *La formación de Francia*. Historia Universal Asimov. Madrid: Alianza Editorial. 2000.
- ASTON, Mick y TAYLOR, Tim. *Atlas de arqueología*. Madrid: Acento, 1999.
- BARDET, Jean Pierre y DUPAQUIER, Jacques. *Historia de las poblaciones de Europa*. Vol. 1. De los orígenes a las premisas de la revolución demográfica. Madrid: Síntesis, 2001.
- BARRACLOUGH, Geoffrey. *El mundo: gran atlas de historia*. Vol. 3. Barcelona: Ebrisa, 1985.
- BARRERAS, David y DURÁN, Cristina. *Breve historia del Imperio bizantino*. Madrid: Nowtilus, 2010.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo. Cuzco: la piedra donde se posó la lechuza. Historia de un nombre. En: *Revista Andina*, 2007; 44.
- CERVERA, Marco. *Breve historia de los aztecas*. Madrid: Nowtilus, 2008.
- CHANDLER, Tertius. *Four thousands years of urban growth. An historical census*. Saint Davis University, Lewiston, New York: Mellon Press, 1989.
- CHUECA GOITIA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- DE CUENCA, Luis Alberto; FERNÁNDEZ, Gonzalo; ELVIRA, Miguel Ángel Y BÁDENAS,

Pedro. *El Bizancio de Justiniano*. En: *Cuadernos de Historia* 16, 1985; 282.

- DUPRÉ RAVENTÓS, Xavier. *Las capitales provinciales de Hispania. Colonia Patricia Corduba*. L'Erma. Córdoba: Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones, 2004.
- DUTOUR, Thierry. *La ciudad medieval. Orígenes y triunfo de la Europa urbana*. Buenos Aires: Paidós, 2005.
- ECO, Umberto. *Baudolino*. Barcelona: Destino, 2002.
- ESCALANTE GONZALBO, Pablo (coord.). *Historia de la vida cotidiana en México*. Vol. I. El período prehispánico. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- ESCOBAR CAMACHO, José Manuel. *Córdoba en la Baja Edad Media. Evolución urbana de la ciudad de Córdoba*. Córdoba: Caja Provincial de Ahorros, 1989.
- FUENTES, María del Camino e HIDALGO PRIETO, Rafael. *Cercadilla. Guía del yacimiento arqueológico*. Sevilla: Dirección General de Bienes Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2005.
- GARCÍA BELLIDO, Antonio; TORRES BALBÁS, Leopoldo; CERVERA VERA, Luis; CHUECA GOITIA, Fernando y BIDAGOR LASARTE, Pedro. *Resumen histórico del urbanismo en España*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local, 1968.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar; LUNA, Lola G., GUSSINYER, Jordi y LUCENA SALMORAL, Manuel. *Crónica de América*. Barcelona: Plaza y Janés, 1990.
- HESSLER, Peter. *Tumbas de China. Descubrimiento asombroso en las tumbas imperiales*. En: *National Geographic*, octubre 2001.
- JEHEL, Georges y RACINET, Philip. *La ciudad medieval. Del occidente cristiano al oriente musulmán (siglos V-XV)*. Barcelona: Omega, 1999.
- JULIÁ, José Ramón. *Atlas de historia universal*. Tomo I. De los orígenes a la crisis del siglo XVIII. Barcelona: Planeta, 2000.
- JULIUS, John. *Breve historia de Bizancio*. Madrid: Cátedra, 2000.
- LORENZ, Albert y SCHLEH, Joy (eds.). *Metrópolis. Diez siglos, diez ciudades*. Madrid: Celeste, 1996.

- MAALOUF, Amin. *León el Africano*. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- MACKAY, Angus y DITCHBURN, David. *Atlas de Europa medieval*. Madrid: Cátedra, 1999.
- MARÍN, José. *Los últimos siglos de Bizancio*. En: *Byzantion Nea-Hellás*, 2003; n.º 22.
- MASSIGNON, Luis. *Ciudad de los Muertos en El Cairo*. En: *Al-Ándalus: revista de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada*, 1958.
- MAZZOLI-GUINTARD, Cristina. *Ciudades de al-Ándalus. España y Portugal en la época musulmana*. Granada: Editorial Almed, al-Ándalus y el Mediterráneo, 2000.
- MODELSKI, George. *World cities -3000 to 2000*. Seattle: Faros 2000–2003.
- MORRIS, Anthony Edwin James. *Historia de la forma urbana, desde sus orígenes, hasta la Revolución Industrial*. Barcelona: Gustavo Gili, 1992.
- MUMFORD, Lewis. *La ciudad en la Historia*. Buenos Aires: Infinito, 1979.
- NAVARRO PALAZÓN, Julio y JIMÉNEZ CASTILLO, Pedro. *Sobre la ciudad islámica y su evolución*. Murcia: Universidad de Murcia, 2003.
- , *Las ciudades de al-Ándalus, nuevas perspectivas*. Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.
- OGG, Luis (coord.). *Crónica de la humanidad*. Barcelona: Plaza y Janés, 1987.
- OVERY, Richard. *Historia del mundo. The Times*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.
- PAVÓN MALDONADO, Basilio. *Entre la arqueología y la Historia. El enigma de la Córdoba califal desaparecida*. En: *Al-Qantara, IX. Revista de Estudios Árabes*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988.
- PÉREZ ORDOÑEZ, Alejandro. *Arquitectura y urbanismo islámicos en la frontera occidental del reino de Granada: la sierra de Cádiz*. Granada: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.
- , *Arquitectura doméstica tardoandalusí y morisca (siglos XIII-XVI)*. Granada: Lulú, 2009.
- PINOL, Jean Luc (coord.). *Atlas histórico de ciudades europeas: Francia*. Centre de Cultura Contemporània de Barcelona. Barcelona: Salvat, 1996.

- PIRENNE, Henry. *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- PLATT, Richard. *Ciudades en el tiempo: Beijing. Grandes dinastías, enormes conflictos y la Ciudad Prohibida*. Barcelona: Blume, 2008.
- DÍAZ QUIDIELLO, José; OLMEDO GRANADOS, Fernando y CLAVERO SALVADOR, Manuel. *Atlas de la historia del territorio de Andalucía*. Sevilla: Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Instituto de Cartografía de Andalucía. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 2009.
- RICO GALINDO, Rosario. *La conquista de Tenochtitlán. Historia de México*. Madrid: Colección Ateneo, Santillana, 2009.
- SCARRE, Chris. *Las setenta maravillas del mundo antiguo. Los grandes monumentos y cómo se construyeron*. Barcelona: Blume, 2001.
- , (dir.). *Mundos del pasado. Atlas de arqueología. The Times*. Barcelona: Plaza y Janés, 1990.
- SICA, Paolo. *La historia de la ciudad. De Esparta a Las Vegas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1997.
- STONE, Richard. *Imperio Jemer. Angkor. El colapso de una civilización milenaria*. En: *National Geographic*, 2009; vol. 25(1): 2–27.
- SWERDLOW, Joel L. *Alejandro, Córdoba y Nueva York. Historia de tres ciudades*. En: *National Geographic*, 1999; vol. 5(2): 34–61.
- TEMOCHE, Patricia. *Breve historia de los incas*. Madrid: Nowtilus, 2010.
- TORRES BALBÁS, Leopoldo. *Ciudades hispano-musulmanas*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales e Instituto HispanoÁrabe de Cultura, 1985.
- VALDEÓN, Julio. *El califato de Córdoba. Cuadernos de Historia 16, número 102*. Madrid: Información y Revistas, 1985.
- VV. AA. *Córdoba. Ayer y hoy. Reconstrucciones monumentales*. Madrid: Ediciones Ilustres, 1997.
- WOOD, Bárbara. *La mujer de los mil secretos*. Barcelona: Grijalbo, 2008.

BREVE HISTORIA de las...

CIUDADES DEL MUNDO MEDIEVAL

Ángel Luis Vera Aranda

La apasionante historia de las grandes ciudades del medievo: Constantinopla, Córdoba, París, Tenochtitlán... su importancia, evolución y monumentos más destacados.

En esta obra se abordan con sencillez los conceptos de urbanismo en el mundo medieval para entender los cambios y transformaciones que experimentaron las ciudades más importantes del mundo medieval, su evolución, su auge, su decadencia y la herencia que hemos recibido de ellas.

Muchas de las grandes ciudades del mundo medieval son, por lo general, poco conocidas, como Angkor,

Chang An..., pero su historia es verdaderamente fascinante y está llena de numerosos detalles.

El autor no olvida tampoco otros aspectos como la evolución política, los conflictos urbanos, los personajes más destacados de las ciudades y los acontecimientos históricos en los que se vieron implicadas estas, además de un anecdotario y diversas curiosidades poco conocidas por el público.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook